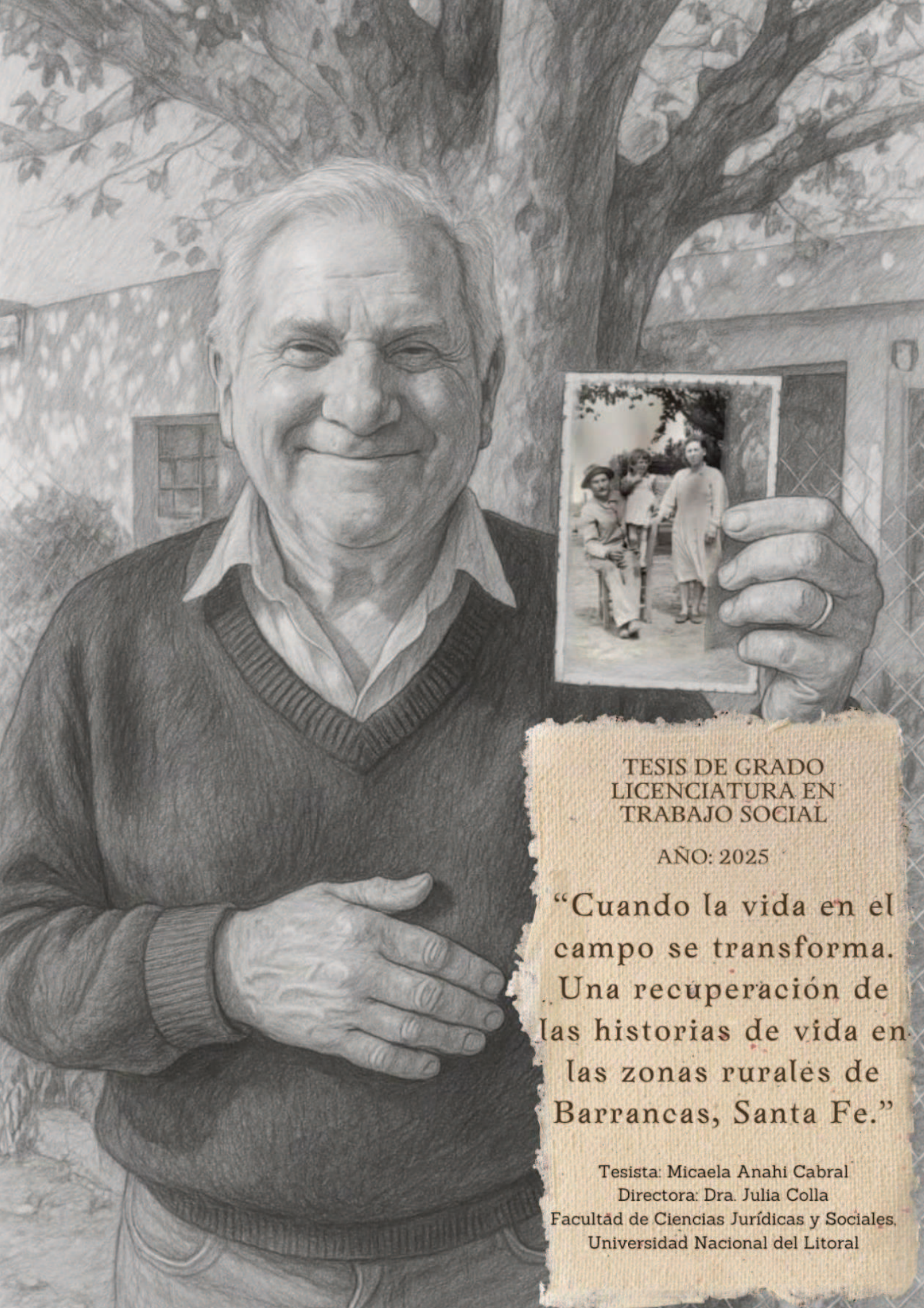




TESIS DE GRADO
LICENCIATURA EN
TRABAJO SOCIAL

AÑO: 2025

“Cuando la vida en el
campo se transforma.
Una recuperación de
las historias de vida en
las zonas rurales de
Barrancas, Santa Fe.”

Tesista: Micaela Anahí Cabral
Directora: Dra. Julia Colla
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales,
Universidad Nacional del Litoral



“Cuando la vida en el campo se transforma. Una recuperación de las historias de vida en las zonas rurales de Barrancas, Santa Fe.”

Micaela Anahi Cabral

Dra. Julia Colla

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral

Licenciatura en Trabajo Social

Seminario de Tesina

Año: 2025



Agradecimientos

*A mis papás, por darme los materiales, la libertad y el impulso para tejer mis sueños
(aunque fueran lejos de casa);*

*a mi familia rural, mis raíces, quienes nunca dejaron de creer que podía lograrlo y que
me lo merecía.*

*A mí misma, por confiar en mi capacidad de llegar hasta acá y por no bajar los brazos;
a la niña que vivía arriba de los árboles, soñando con construir y planificar una vida
que amaría;*

*y a la adolescente que llegó a la ciudad con un mapa en la mano para encontrar la
Facultad.*

Tuve miedo, pero fui valiente. Mantuve la esperanza y lo logré:

la Mica del campo pudo.

*A mis compañeras de la carrera y a mis amigas de toda la vida, porque con ellas todo
pesaba menos. Sin su escucha, aliento y acompañamiento, hubiese sido imposible
atravesar este proceso.*

*A la Universidad Pública, sin la cual no hubiese tenido la oportunidad de estudiar lo
que me apasiona;*

*al Trabajo Social, y a los/as profesores/as que acompañaron mi recorrido: gracias a
ustedes abrí los ojos y la mente, y llené el corazón de compromiso con la
transformación de la realidad social.*

*Vine a este mundo por un instante, y mientras esté acá, voy a luchar y cuestionar(me)
todo.*

*A mi directora, por su paciencia, sus palabras de aliento y su disposición para
ayudarme a construir -de manera ordenada y coherente- lo que yo no podía poner en
palabras. Gracias por creer en este proyecto y por creer en mí.*

*A los/as entrevistados/as, por ser el pilar fundamental de esta investigación, por
abrirme las puertas de sus casas y animarse a compartir sus historias. Esta tesina es
para ustedes. Espero haber transmitido sus memorias con respeto y admiración.*

*Esta tesina (me) demuestra que **investigar se aprende investigando.***



Resumen

Esta tesina es producto del recorrido formativo de la Licenciatura en Trabajo Social, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales perteneciente a la Universidad Nacional del Litoral. Surge del trabajo realizado en el año 2022 en el Seminario de Diseño de Tesina y en el año 2023 en el Seminario de Tesina.

Se aborda las transformaciones de las ruralidades y se enfoca en las configuraciones de las familias rurales de la localidad de Barrancas, Provincia de Santa Fe. Se recuperan las historias de vida, en las que se evidencian experiencias y estrategias (económicas y domésticas) que llevaron adelante estos sujetos sociales para resistir frente a los procesos de modernización agropecuaria. Estos procesos, enmarcados en un contexto macroeconómico de exclusión y creciente incertidumbre, desafiaron las formas tradicionales de vida, generando tanto rupturas como continuidades. En medio de estas condiciones adversas, las familias desplegaron recursos sociales y culturales que les permitieron su persistencia territorial, moldeando nuevas formas de habitar lo rural y, a la vez, de construir una identidad en torno a la familia y el trabajo.

Se lograrán los objetivos de investigación por medio de una metodología cualitativa con un diseño flexible, utilizando un método biográfico, con la técnica de entrevistas de historias de vida, observaciones participantes de prácticas cotidianas rurales y registros de campo. Esto permite una aproximación situada y reflexiva desde el Trabajo Social, que promueve la construcción de conocimiento anclado en la experiencia y la memoria de los actores sociales.

Palabras claves: familia rural - estrategias - capital social y cultural



Abstract

This thesis is the result of the academic journey pursued during the Bachelor's Degree in Social Work at the Faculty of Legal and Social Sciences of the National University of the Littoral. It stems from the work carried out in the Thesis Design Seminar (2022) and the Thesis Seminar (2023).

The research focuses on the transformations of ruralities and specifically on the configurations of rural families in the locality of Barrancas, Santa Fe Province. It draws on life histories that reveal the experiences and strategies — both economic and domestic— developed by these social actors in response to the processes of agricultural modernization. These transformations, framed within a broader macroeconomic context of exclusion and growing uncertainty, have challenged traditional ways of life, generating both ruptures and continuities. Despite adverse conditions, families have mobilized social and cultural resources that allowed them to persist in their territories, shaping new ways of inhabiting the rural and building identities rooted in family and work.

The research objectives were achieved through a qualitative methodology with a flexible design, using a biographical approach based on life history interviews, participant observations of everyday rural practices, and field notes. This allowed for a situated and reflective perspective from Social Work, fostering knowledge construction grounded in the experience and memory of rural actors.

Keywords: *rural family – strategies – social and cultural capital*



Índice

Introducción	8
1.1 Decisiones Metodológicas	11
1.2. Definición Conceptual de la Unidad de Análisis	15
1.3 Estado del Arte	18
1.4 Marco Teórico y Conceptos Fundamentales	23
Capítulo 1: La Construcción Social de la Familia Rural en Etapas: una Lectura Histórica y Territorial en Barrancas	28
2.1 Colonización y Orígenes de la Familia Rural en Barrancas	30
2.2 Agroexportación, Inmigración y Expansión: la Consolidación del Hogar Rural	32
2.3 Industrialización y Estado Presente: Transformaciones en la Familia Rural Tradicional	37
2.4 Desregulación y Resistencia: Rupturas Familiares en Tiempos del Agro Neoliberal	44
<i>2.4.1 Modernización del Agro y Nuevas Ruralidades: las Familias Rurales entre el Éxodo y la Resistencia</i>	47
Capítulo 2: Reconfiguraciones de la Ruralidad: entre el Pasado Compartido y el Presente Fragmentado de las Familias Rurales	53
3.1 La Familia Rural como Unidad Productiva y Afectiva: Relatos Fundacionales	54
3.2 La Metamorfosis del Lazo Social Rural: Memorias de una Sociabilidad en Transformación	66
3.3 La Reestructuración del Trabajo y la Identidad Rural Frente a la Capitalización Agraria	71
Capítulo 3: Transformaciones Actuales en las Familias Rurales: Estrategias, Rupturas y Sostenimientos Comunitarios	83
4.1 Reconfiguraciones en las Familias Rurales de Barrancas: Pluriactividad y Género	84
4.2 La “Generación del Quiebre”: Del Campo Heredado al Futuro Elegido	88
4.3 Facilitadores Sociales e Institucionales Frente a los Desafíos de la Vida Rural Contemporánea	93
<i>4.3.1 Donde no Llega el Estado, Llega el/la Vecino/a: la Trama Social del Mundo Rural</i>	95



4.3.2 Estado, Comunidad y Territorio: Tensiones Institucionales en la Ruralidad Contemporánea	99
Reflexiones finales.....	106
Referencias bibliográficas	109
Anexo	116
Figuras	116
Leyes.....	123



Introducción

En esta tesis, titulada “Cuando la vida en el campo se transforma. Una recuperación de las historias de vida de las familias rurales de Barrancas, Santa Fe”, se presentan los resultados del primer trabajo de investigación realizado por una estudiante de la Carrera de Trabajo Social. Este fue realizado entre 2023 y 2024 en la localidad de Barrancas, departamento San Jerónimo. El área temática de este estudio fueron las ruralidades y el sentido de este fue aportar un nuevo análisis sobre los cambios que han venido experimentando las familias rurales del sur de la provincia de Santa Fe. Cambios ocurridos desde hace más de cuatro décadas en el marco de la modernización y del desarrollo del capitalismo en el agro. Es así como se indagaron las estrategias que tuvieron que adoptar para continuar con su reproducción social frente a los procesos de individuación y expulsión del sistema capitalista. Se buscó contribuir, a su vez, al conocimiento de la pluriactividad en la constitución de las “nuevas familias rurales”, teniendo en cuenta que estas se verifican dentro de una dinámica de resistencias.

Es pertinente señalar que la portada de esta tesina representa mucho más que una ilustración visual: es una síntesis simbólica del objeto de estudio que se aborda. En ella se retrata a un hombre mayor, que sostiene una fotografía antigua en la que aparecen sus padres, inmigrantes italianos que llegaron al sur santafesino. Detrás de él, la misma casa rural que sus padres fundaron y en la que hoy viven sus descendientes, marcando la continuidad generacional del trabajo rural. La elección de esta imagen refleja visualmente la persistencia identitaria y territorial a lo largo del tiempo. La misma subraya una línea de herencia rural que resiste y se transforma. En consecuencia, esta se convierte en una metáfora visual de los hilos que tejen la vida rural: la memoria, la identidad territorial, la transmisión generacional y las estrategias que los grupos sociales implementan para permanecer en el agro moderno.

Esta investigación se orientó, desde la mirada del Trabajo Social, hacia las rupturas y continuidades en el desarrollo de las vidas de los sujetos en los espacios rurales, considerando que las transformaciones agropecuarias impactaron en la noción de las ruralidades en los últimos tiempos. Por lo tanto, El objetivo general



fue analizar las rupturas y continuidades en la reproducción social de la vida cotidiana de las familias rurales de la localidad de Barrancas, en el contexto de transformaciones causadas por la modernidad agropecuaria. Para ello se plantearon objetivos específicos: (a) examinar, a partir de las historias de vida de las familias rurales, como reconstruyen su pasado y dimensionan su presente inmerso en las “nuevas ruralidades”; (b) indagar, en las biografías de las familias rurales, las estrategias económicas y domésticas que se desprenden a partir de los cambios agropecuarios; y (c) estudiar el capital social y cultural en las vidas familiares desarrolladas en espacios rurales.

Por consiguiente, las preguntas que se procuraron responder fueron las siguientes: ¿cómo se ha constituido Barrancas y qué relación tiene con las familias rurales asentadas allí?, ¿qué características socioeconómicas tuvo históricamente la ruralidad de Barrancas como parte de la zona núcleo pampeana?, ¿cuáles fueron y son las estrategias de persistencia frente a la modernización agropecuaria?, ¿cómo se manifiestan en las biografías familiares las tensiones entre herencia, permanencia y cambio?, ¿qué formas de capital social y cultural emergen y cómo sostienen la reproducción social? y ¿qué sentidos le asignan hoy las familias a “lo rural” y cómo estos entran en puja al pasar por las siguientes generaciones?. Para resolver estos interrogantes se tomaron las decisiones metodológicas correspondientes, incluso para plantear el problema se decidió ponerlo en contexto. Puesto en contexto, se observaron diversos aspectos de la vida cotidiana: la rutina laboral, la organización de tareas y responsabilidades, la niñez y adolescencia en el ámbito rural, la existencia de mandatos familiares heredados entre generaciones, la división sexual del trabajo, la identidad territorial y los facilitadores institucionales y comunitarios.

Cabe mencionar que se partió de una hipótesis, la misma fue que hubo un cambio en las ruralidades que hicieron que las familias encuentren cada vez más dificultades económicas y sociales para vivir en los espacios rurales ya sea por diferentes variables como: los servicios básicos, la movilidad, las crisis económicas que atravesó el agro con situaciones de endeudamiento y/o los empleos y las ganancias. Lo que desencadenó que, frente a la dinámica social y



laboral que plantea la modernidad capitalista, las familias rurales opten por combinar otras actividades no agrícolas e incluso migren hacia espacios urbanos. Esta situación provocó que las siguientes generaciones realicen estudios terciarios o universitarios de profesiones completamente desvinculadas del trabajo agrícola o con alguna vinculación, como veterinarios e ingenieros agrónomos, pero sin la intención de continuar trabajando el campo heredado o dándoselo a trabajar a terceros. De manera que se ha generado un abandono de la vida rural y de las actividades tradicionales que por generaciones distinguieron a este grupo social.

En efecto, en esta investigación se construyó conocimiento acerca de la familia rural desde la disciplina del Trabajo Social, utilizando los saberes que fueron aportados por las asignaturas correspondientes a la carrera. Pues estos mismos fueron los que permitieron investigar la complejidad social con una perspectiva situada y una actitud crítica, para lograr aportar a la comprensión y visibilización de la relación que hubo, históricamente y hasta la actualidad, entre lo rural, la familia y Barrancas. En resumidas cuentas, se estudió la vida cotidiana de estos actores para problematizar desde una mirada social cómo impactaron en ellos las diferentes coyunturas históricas en el agro y qué estrategias de resistencia desplegaron ante las exigencias de los nuevos tiempos, afectados continuamente por los mandatos familiares y los imaginarios sociales. El camino para lograr esto fue entender la conformación histórica de la familia rural, los obstáculos y sus demandas actuales.

Metodológicamente, la investigación adoptó un diseño cualitativo y biográfico. Se combinaron entrevistas de historias de vida, observación participante y registros de campo. La elección de este método facilitó el acceso a narrativas intergeneracionales y a sentidos compartidos. La presente tesina procura, además, situar el problema en una perspectiva histórica y territorial, a partir del reconocimiento de las condiciones estructurales que configuran la ruralidad pampeana. De igual modo, se hizo uso de un enfoque interdisciplinario, se combinaron marcos teóricos de otras disciplinas para abordar y comprender este problema de investigación y el contexto histórico en el que ocurrieron. Simultáneamente este estudio buscó cubrir un área de vacancia, pues es innovador



desde esta profesión construir una caracterización de este grupo social en especial. Asimismo, fue impulsada por el aliento que se da desde el colectivo profesional a la investigación y a la construcción de teoría y conocimiento empírico. Esto podrá servir de instructor para intervenir profesionalmente desde nuevos horizontes con las familias rurales del sur santafesino. De manera que se formulen políticas públicas que contrarresten los procesos de éxodo rural, los sentimientos de invisibilización, la desaparición de la agricultura familiar, tal como se expresa en otros estudios.

En fin, en el primer capítulo se estudió y reconstruyó sucesiones de hitos históricos vinculados al nacimiento y despliegue del agro en Argentina, inclinándose hacia la Zona Pampeana. Esta periodización invita al lector a considerar los aspectos históricos de los cambios que se vislumbran en las características familias rurales. En el segundo capítulo, se reconstruyeron las experiencias de la vida de las familias rurales. Analizando relatos en los que reflexionan y resignifican el recorrido vivido en vinculación con Barrancas. Se reconocieron las organizaciones familiares, los estilos de vida tradicionales y los distintos procesos de transformación frente a nuevas tendencias e influencias externas. Y el tercer y último capítulo trata sobre las estrategias económicas y domésticas que desplegaron las familias rurales. Se examinó cómo se propulsó la pluriactividad y la “generación del quiebre” como resultado de las rupturas y continuidades. Además, se cuestiona la influencia de un capital social y cultural que actúa como una red de apoyo para la supervivencia y reproducción de la familia rural frente a los desafíos de la actualidad. Dejando como pregunta final, que merecería una siguiente investigación, si aún se puede modificar este destino que hace algunos años está definido -por estudios similares en el campo temático y por el mismo sistema económico- como inevitable.

1.1 Decisiones Metodológicas

La elección metodológica para cumplir con los objetivos de esta tesina fue cualitativa. Se consideró como datos a las interacciones de los sujetos entre sí, teniendo en cuenta los contextos en que tuvieron lugar (Schettini y Cortazzo, 2015). Para esto se empleó como herramienta de conocimiento la recuperación de



historias de vida, acompañada por un enfoque biográfico y una perspectiva territorial (Scribano, 2008). Por ello la información fue proporcionada por las descripciones de los y las entrevistados/as de lo vivido históricamente. Del mismo modo, la investigación tuvo un diseño flexible¹, a causa de que se presentaron desafíos y se abrieron nuevos caminos al momento de llevar adelante el trabajo de campo e incluso se modificaron objetivos de conocimiento y conceptos claves, tras las particularidades que se fueron recuperando y algunos obstáculos que se presentaron para conseguir informantes claves.

Se eligió como objeto de estudio a grupos familiares residentes, en la actualidad o en el pasado reciente, del espacio rural. El escenario social de estas es la localidad de Barrancas, entendiéndose como una localidad agraria. Para abordar esta unidad de análisis se utilizó el método biográfico. El cual, para la producción de datos empíricos, se apoya en el conocimiento y la comprensión subjetiva e intersubjetiva de las experiencias de vida de los individuos (Meccia, 2020). Por lo tanto, las respuestas a las preguntas de investigación se obtuvieron a partir de relatos biográficos de los miembros de las familias rurales que, tomando los aportes de Scribano (2008), implica una conjunción entre su individualidad, su lugar de relaciones interpersonales y sociales y el contexto estructural condicionante.

En las historias de vida se recuperó y analizó cómo impactó en la vida cotidiana de las familias las nuevas dinámicas que se instalaron, producto de las transformaciones de la modernidad agro, en el entorno laboral, en la lógica de producción y en las expectativas personales. Se describieron sus conductas, creencias, valores, concepciones acerca de las instituciones por las que pasaron, representaciones sobre el trabajo, procesos de definición y de construcción de su identidad, entre otras aristas. A su vez, esto llevó a estudiar las tácticas para persistir en la vida rural, y cómo, por medio de ellas, se fue construyendo una nueva caracterización de la familia habitante de este espacio. Fue en estas experiencias, aprendizajes e interpretaciones en las que se reconocieron los

¹Tal como afirma Mendizábal (2007) “el concepto de flexibilidad alude a la posibilidad de advertir durante el proceso de investigación situaciones nuevas e inesperadas vinculadas con el tema de estudio, que puedan implicar cambios” (p. 67)



distintos procesos de rupturas y continuidades en las trayectorias de vida de las familias rurales frente a las nuevas tendencias, influencias y contradicciones externas de la estructura económica, política y social.

El proceso de análisis se hizo con una modalidad hermenéutica (Kornblit, 2007). Un procedimiento en el que se entró en la vida emocional de las personas y se captaron los significados de las experiencias, teniendo en cuenta las interpretaciones que los/as propios/as entrevistados/as hacían de sus vidas. De acuerdo con los aportes de Bertaux, “los relatos de vida constituyen una herramienta incomparable de acceso a lo vivido subjetivamente” (1999, como se citó en Schettini y Cortazzo, 2015, p.81). Al fin de cuentas la recuperación de la biografía respondió al interés por las fuentes orales y a la revalorización de los actores sociales particulares en el marco del grupo social que conforman. Este estuvo acompañado de un análisis comprensivo, considerando el contexto sociohistórico en el que se desenvuelven y, por último, se vinculó esto a los marcos teóricos de los que partió este estudio (Sautu, 2007).

En este estilo de exploración, como aspecto ético, se debió generar una distancia crítica que permita ejercer la reflexividad metodológica y objetiva en torno al desenlace de la investigación (Meccia, 2020). De modo que la vigilancia epistemológica fue crucial para el autocuestionamiento al problematizar lo que expresaron los/as entrevistados/as. En el caso de este trabajo fue mayor el esfuerzo intelectual para sostener una posición neutral, por estar inmersa la investigadora en la situación problemática que se desarrolló y ser parte de una familia entrevistada. Por esa razón la elección de la temática surge en un primer momento por su historia familiar personal, siendo alguna información tomada de su propia trayectoria en la vida cotidiana rural por 25 años. Esto le dio la factibilidad necesaria a este estudio y el conocimiento de algunos sujetos que serían estudiados. Vale decir que fue una experiencia que impactó en la sensibilidad, creatividad y expresividad de la tesista, poniendo a prueba las propias concepciones para buscar una conclusión objetiva y general.

De modo que la muestra se construyó intencionalmente luego de la difusión del estudio y con el aporte de quienes desearon participar de forma



voluntaria. Igualmente se utilizó como estrategia de búsqueda la denominada técnica “bola de nieve”, a fin de reconstruir la historia desde una mirada representativa del sector social seleccionado. Esta técnica de muestreo, según Scribano (2008), genera una selección de acuerdo con la temática y es realizada por los propios participantes en función de que son los conocedores de los rasgos de los otros posibles informantes. Es decir, parte de una selección arbitraria y luego a estos se les pide que ubiquen a otros miembros de la población estudiada, generando la muestra de forma progresiva, que fue lo que sucedió en esta tesis.

La producción del conocimiento presentado se logró por intermedio de la técnica de entrevistas individuales y también grupales, sobre la base de una guía de preguntas flexible, acompañadas de fotografías ilustrativas de los cambios en el agro que impulsaron reflexiones. Las mismas implicaron un encuentro personal en el domicilio del/de la entrevistado/a con una duración de aproximadamente una hora, en la que los sujetos pudieron sentirse cómodos y desarrollar sus historias personales y sumar temáticas que estaban interesados en contar. El propio narrador fue quien incorporó determinados hechos mientras que otros fueron dejados afuera, con acentuaciones y atenuaciones, con una propia construcción de evaluaciones sobre lo bien o mal que vivió, todos estos fueron signos de su identidad y es en base a esas deducciones que se orientó e interactuó en el mundo social. Finalmente se realizaron 5 entrevistas individuales y 2 entrevistas grupales a “parejas rurales”, que fueron sistematizadas poniéndolas en relación con los conceptos fundamentales.

En resumen, este proceso final se hizo con la Teoría Fundamentada, que inició con la obtención de las notas de campo, producto de observaciones y las entrevistas realizadas. A partir de los cuales se comenzó la tarea de comparación, codificación, selección, síntesis, categorización e integración de la información, a la par de un muestreo teórico previamente realizado y actualizado en pos de las nuevas temáticas surgidas. Todo ello para continuar con el análisis, interpretación y problematización del resultado y proceder a generar una explicación de las relaciones encontradas entre las categorías y lo recuperado en los relatos de vida de los miembros de familias rurales (Schettini y Cortazo 2015). Estos últimos,



junto a las decisiones metodológicas llevaron a reforzar y complejizar la hipótesis inicial, son los que respaldan los argumentos contruïdos y las reflexiones finales de esta tesis.

1.2. Definición Conceptual de la Unidad de Análisis

Es conveniente aclarar que se hizo un recorte metodológico para tener como resultado la unidad de análisis de esta investigación: la familia rural. Se buscó reconstruir secuencias históricas y estudiar procesos sociales que transformaron el comportamiento social, por lo que se ubicó a los actores sociales espacial y temporalmente. También, se decidió construir el objeto de estudio a partir del concepto de “tipo ideal”, produciendo artificialmente una imagen de la familia rural, en atención a la noción Weber (1964/1922). Se procuró captar el impacto de los cambios estructurales en estas, como cada época histórica fomenta regularidades en las conductas, enfocado en un territorio en específico de la pampa húmeda como núcleo de concentración del capitalismo agrario.

En virtud del análisis de la acción social de este grupo se resolvió seleccionar y estudiar generaciones. Debido a que se advierte que estos actores están enlazados por una relación familiar compleja. Por ende, reflexionar desde cada perspectiva individual permite ver cómo se diversifican y se determinan patrones en las trayectorias y las estrategias según la edad y el género. Por lo tanto, esta Tesina se funda en historias de vida de generaciones, por la potencialidad que tiene examinar las dinámicas y subjetividades de cada miembro para así comprender las prácticas internas en las familias. En cuanto a la exposición del material empírico, se optó por presentar fragmentos seleccionados de las entrevistas en formato de testimonios entrecomillados, acompañados por las iniciales de los/as entrevistados/as y una referencia generacional que permite identificar su ubicación dentro de la estructura familiar. Esta decisión responde tanto a la necesidad ética de preservar la confidencialidad de los/as participantes, como al objetivo de resaltar el enfoque generacional del análisis, que permite comprender las continuidades y rupturas en las formas de vida rural. Esta forma de presentación busca facilitar una lectura comprensiva de los relatos y situando



cada voz en su marco histórico-familiar. Por consiguiente, las tres generaciones se caracterizan de la siguiente manera:

La primera generación entrevistada es de origen migrante, un común denominador en estas historias rurales, vinculada a una agricultura tradicional de autoabastecimiento. Es un grupo etario de adultos mayores ya jubilados, que desarrollaron su infancia, adolescencia y adultez en los espacios rurales, fueron los primeros “chacareros” en el territorio, dueños de los medios de producción y de las nacientes tierras barranqueñas delimitadas. Algunos de ellos actualmente viven en el pueblo y otros continúan en sus hogares rurales, pero sin realizar tareas de agricultura o ganadería. Otros mantienen tareas de administración y gestión de la empresa rural familiar, participando también de las reuniones de las cooperativas agrarias. Estos son los que hoy pasan algunas (o todas las) responsabilidades a la siguiente generación. Dentro de esta están las mujeres, compañeras del chacarero, que vieron su vida determinada por la crianza rural, notable en “mandatos” propios del hecho de ser mujer en los espacios rurales, estas se dedicaban al trabajo doméstico y también a trabajos agrarios no remunerados directamente.

La segunda generación trabajó en el ámbito rural desde una edad muy temprana tomando como ejemplo a sus padres, pero la trayectoria de esta misma se divide en dos. Por un lado, los herederos que continúan con el “mando” del campo, los denominados “nuevos chacareros”, que su ganancia es lo que obtiene por trabajar sus propias tierras y por los servicios de tercerización que brindan. Estos emplean mano de obra familiar, continúan innovando sus medios de producción (conformando una sociedad con sus padres o tíos) y en algunas ocasiones son los primeros en contratar mano de obra temporal-no familiar. Se denota que ponen en blanco a sus empleados por miedo a un daño moral, esto es parte de los valores tradicionales característicos de las localidades agrarias con una comunidad pequeña. Estos conforman y viven con sus familias en el pueblo, con parejas que tienen profesiones o trabajos en los espacios urbanos.

Por otro lado, está la mano de obra familiar, los trabajadores rurales, con una relación asalariada y una relación familiar con los propietarios del campo.



Estos viven con su familia en los hogares rurales, en los que tienen a la vez permiso para tener sus propios animales y quintas para autoabastecerse. Las mujeres, compañeras de este, se ocupan en las tareas del hogar, pero sumando estrategias económicas como: la venta de estos productos que cultivan y los animales que crían, asimismo algunas de ellas consiguen trabajos en los pueblos. Ambos agentes sociales son típicos del capitalismo agrario y se conectan por lazos de reciprocidad, confianza y solidaridad, que en ocasiones cumplen el rol de facilitadores para su continuidad en el tiempo.

La tercera generación está conformada por infancias, adolescencias en edad escolar, y jóvenes que están atravesados por la decisión de tomar otro rumbo en sus vidas o continuar con la herencia rural. La denominada “generación del quiebre” es la que llegó para bifurcar los caminos que toman los/as hijos/as de trabajadores rurales y de los chacareros, ya sea para dedicarse a proyectos personales como son los estudios profesionales como para trabajar sus “herencias” desde perspectivas innovadoras. Pero destacando ciertas rupturas en los mandatos tradicionales que venían sosteniendo las anteriores generaciones y que hoy se ven impactados por las desigualdades, adversidades y exigencias que condicionan su persistencia en esta actividad económica y en los espacios rurales.

En definitiva, con el material se conceptualizó a la familia rural barranqueña como: habitantes de los espacios rurales, en relación asalariada con sus propios familiares; conformadas por generaciones, en las que se distinguen experiencias según la edad y el género; y en la que se hallan diferentes categorías sociales (trabajadores rurales y chacareros) en la misma unidad social. Estos se mantienen unidos en el tiempo por medio de lazos de solidaridad, por devenir de una historia en común y a partir de esto generan pertenencias y límites identitarios en los territorios. Cada uno de ellos lleva adelante estrategias para resistir frente a la modernidad agro, modificando sus prácticas cotidianas e incorporando técnicas para generar ingresos extras a los relacionados a las tareas agrícolas. Por ello, se desdibuja la familia tradicional y aparece el desafío de encuadrar las características de las “nuevas familias rurales” presentes en los territorios, en este caso, del sur de la Provincia de Santa Fe.



1.3 Estado del Arte

Los antecedentes seleccionados brindaron un marco de conocimiento académico y profesional previo, fundamental para el desarrollo de esta tesina por su relación con el problema de investigación. A partir de ellos se tomaron conclusiones, concepciones y herramientas metodológicas claves para delimitar el objeto de estudio, estructurar el diseño y orientar el desarrollo de la investigación. Si bien algunos son de larga data, su elección respondió a una decisión metodológica consciente: se trata de estudios que explican, desde distintas perspectivas, las transformaciones estructurales y simbólicas del mundo rural, contexto en el cual enmarca el desarrollo histórico del objeto de estudio y en el que se inscriben las historias de vida recuperadas.

El primer autor de referencia es el sociólogo Villulla (2015), pionero en el estudio de los asalariados rurales invisibilizados en la Pampa Húmeda, con su libro denominado “Las cosechas son ajenas. Historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio”. Su trabajo fue clave para identificar y diferenciar la figura del trabajador rural del chacarero en Barrancas, destacando la precariedad de sus condiciones laborales y sus resistencias por ser el “sujeto oculto del ámbito rural pampeano”. Esto por ser el personaje menos visible a lo largo del desarrollo histórico de la agricultura pampeana argentina. Concluye que estas condiciones laborales los dispersa y los fragmenta por múltiples vías, aunque atraviesen globalmente una situación común. Agrega la experiencia de los que heredan las propiedades o eligen progresar por su cuenta, y el hecho de que la necesidad de especializarse expulsó mano de obra.

A través de entrevistas en profundidad e historias de vida, con cuestionarios semi estructurados, bajo una lógica interpretativa y el valor de la historia oral, este investigador reconstruyó trayectorias laborales en el marco del cultivo de soja, maíz y trigo, en un territorio particular, identificando empleados con regímenes diferenciados en las empresas rurales, formas de resistencia, fragmentación y construcción de identidades colectivas. Estos aportes metodológicos y teóricos sirvieron como guía para recuperar la historia y el resultado de esa experiencia de lucha, las estrategias de resistencia y los lazos



solidarios en las familias entrevistadas en esta tesis, así como para analizar el modo en que los trabajadores desarrollan identidades comunes pese a las jerarquías internas y la dispersión que impone el modelo productivo, producto de espacios de convivencia que continúan en el tiempo, que diluyen la individualidad y la competencia que impulsa la lógica de acumulación neoliberal (Villulla, 2015).

En segundo lugar, el trabajo de Castro Ríos (2012), “Familias rurales y sus procesos de transformación: estudio de casos en un escenario de ruralidad en tensión”, resultó significativo por su enfoque en los procesos de transformación de las familias rurales ante los cambios sociales, económicos y políticos derivados de la modernización. Su estudio cualitativo recupera, mediante entrevistas intergeneracionales en profundidad, las representaciones y prácticas cotidianas de estas familias, evidenciando tensiones entre la mantención de las tradiciones arraigadas y las nuevas exigencias del mercado en un período de cambios acelerados. Ella sostiene que estos cambios son de diversa índole, según regiones, en términos demográficos. Estos dos ejes resultaron fundamentales para construir la perspectiva generacional y el análisis histórico anclado espacialmente en Barrancas. Lo que hizo la autora fue una descripción, una comprensión experiencial y una demostración de múltiples realidades en la cotidianeidad, enfatizando la potencialidad de la familia rural como unidad de análisis integral.

Este trabajo fue un referente para esta investigación debido a que su objetivo era, a partir de observar las dinámicas familiares habituales y desde una matriz interpretativa, rescatar de estos sujetos su propia lectura y las representaciones sociales de lo que significan los complejos procesos históricos que enfrentan en su cotidiano a partir de la modernización de la agricultura. Para dar cuenta de esa complejidad de la realidad familiar rural. Además, incluye al Estado que, por su parte, aunque hoy está disminuido su accionar, no alcanza muchas veces a actuar como mediador eficaz en estas tensiones y demandas que tienen estos actores sociales. Su metodología y hallazgos permitieron diseñar el enfoque de esta investigación, orientado a comprender los significados que las familias atribuyen a su trayectoria en el mundo rural (Castro Ríos, 2012).



El tercer antecedente es el trabajo de De Carli y Raffaelli (2008), “Éxodo rural, cambios demográficos e identidad territorial: patricios un caso de estudio”, quienes analizaron el impacto del nuevo modelo agropecuario en la localidad de Patricios. Desde una perspectiva antropológica, abordaron los efectos de la modernización y capitalización del agro, la mecanización, las nuevas formas de organización de la producción y la reconfiguración del territorio por la migración a las áreas urbanas, a partir de la recuperación de las experiencias de los sujetos a través de entrevistas de historias de vida. Así abordan las interpretaciones de los agentes, con el objetivo de analizar cómo los procesos históricos y territoriales hacen de marco de las experiencias individuales y grupales. Examinan cómo frente a la adopción de tecnologías de última generación, con alto requerimiento de capital, se fue limitando la elección de estrategias diversificadas, y, en paralelo, se estrechó la flexibilidad, que tradicionalmente proveía el trabajo familiar y permitía llevar adelante actividades que aportaban financiación para la realización de otras.

Su estudio de la identidad territorial en contextos de transformación demográfica aportó elementos centrales para esta investigación. Adicionalmente, estudiaron la accesibilidad, ya sea en términos materiales y de infraestructura como de información y comunicación, que se retomaron en este estudio a la hora de desarrollar los motivos del éxodo rural. Este trabajo dio una reflexión esencial para conducir este escrito: que el trabajo no sólo es importante para obtener los recursos necesarios para satisfacer necesidades del trabajador y su familia, sino que tiene un “componente social” que genera relaciones sociales especiales, lazos de solidaridad y les atribuyen una identidad (De Carli y Raffaelli, 2008).

En cuarta instancia, se incorporó la tesis doctoral de López Castro (2012), titulada “Persistencia en los márgenes. La agricultura familiar en el sudoeste bonaerense”, que analiza un territorio alejado del núcleo productivo de la “pampa rica” que, en palabras de esta, es la zona menos favorable y, a su vez, menos explorada desde su punto de vista académico. Su objetivo fue contribuir a la construcción de una mirada más compleja de la realidad agraria pampeana, que contemple la diversidad de formas sociales y territoriales que conviven en ella. La



autora reconstruye, con entrevistas en profundidad individuales y grupales, las trayectorias de familias productoras durante dos décadas, evidenciando cómo logran sostenerse frente al avance del modelo neoliberal, los modos en el que delinearon las alternativas, permitiendo que subsistan e incluso crezcan en un contexto en el que otros desaparecen. Esto con el fin de visibilizar la agricultura familiar como un sector social que parecía condenado a desaparecer –misma meta que se tomó en esta tesina-. A causa de la aplicación de políticas de corte neoliberal (medidas de desregulación, apertura y liberación económica) se instaló en la sociedad un discurso que identificaba a las explotaciones familiares como poco eficientes, inviables, una tendencia expulsora.

Su investigación destaca la relevancia de las relaciones sociales, los factores culturales y las decisiones familiares en la continuidad de las explotaciones. Los aspectos culturales y subjetivos fueron centrales para explicar las trayectorias de persistencia. Pero en algunos casos las presiones y las mayores exigencias del modelo capitalista (como equipamientos e insumos, requisitos burocráticos, estilo de vida deseable, etc.) determinó el abandono definitivo, una salida temporaria o una posterior reinserción bajo nuevas formas diversificadas de producción. Estos aportes fueron fundamentales para comprender la persistencia de la familia rural barranqueña e identificar en el territorio las particularidades en sus formas de resistencia (López Castro, 2012).

Finalmente, como quinto antecedente, se incorporó el libro "Adaptación² y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI" (Croquell, Gasselin y Mosciaro, 2013). Este estudio ofrece una mirada histórica y territorial sobre los procesos de modernización agraria, subrayando la importancia de las trayectorias familiares y las estrategias de reproducción social de las mismas. Estos expresan que los actores sociales del entramado rural a la hora de desarrollar su vida y tomar decisiones están inmersos en un contexto de incertidumbre y expulsión permanente, debido a la lógica vertical de la agroexportación, las nuevas reglas, las relaciones de poder y de desigualdad, y las

² Aunque esta tesis se distancia de su noción de "adaptación" por su sesgo biologicista y su tendencia a categorizar en "ganadores y perdedores", utilizando en cambio términos de persistencia y resistencia frente a las exigencias del agro.



crisis de diversa índole (económicas, sociales, ambientales, etc.). Se utilizó de este trabajo su conceptualización del capital social, la acción colectiva y/o institucional, la cooperación territorial, la mutación en el trabajo, la pluriactividad, la flexibilidad, en búsqueda de un equilibrio y una sustentabilidad de lo heredado, los modelos de identidad y de diferenciación dentro del entramado rural, ejes fundamentales en la sostenibilidad de las agriculturas familiares.

Estos presentan las estrategias que llevan adelante los productores familiares en el sur santafesino, evidentemente mediante la complementación del ingreso y mediante la dispersión del riesgo permitida por la combinación de actividades. Fue el precursor para pensar una caracterización de la “estructura social agraria” (una “mutación agraria”) con diversas categorías sociales en cada territorio, apareciendo nuevas figuras profesionales y nuevas relaciones sociales de producción. En esta línea se enfocan en la comprensión de los procesos en una escala local, con una lectura territorial. En pos de esto, sostienen que se mantienen las agriculturas familiares, manifestando que cuentan con mano de obra mayoritariamente familiar, con una producción diversificada en pequeña escala, con un nivel de equipamiento bajo, pero que afrontan dificultades ante la transformación de las ruralidades y la poca capacidad de acción de los gobiernos locales. Además, su abordaje interdisciplinario -que articula sociología, antropología y geografía- alentó una mirada integral sobre el fenómeno estudiado (Croquell et al., 2013).

Por ende, en la línea de los objetivos de investigación, el campo de discusión de esta temática se agrupa en tres ejes principales: (i) estudios sobre la invisibilización del trabajador rural asalariado, en contraste con la figura históricamente destacada del chacarero; (ii) investigaciones sobre estrategias familiares frente a la modernización agraria; y (iii) trabajos que vinculan cambios demográficos/poblacionales con identidad territorial. Estas obras resultaron ejemplares y constituyen el soporte teórico-metodológico de esta investigación. Demostrando que un abordaje cualitativo-biográfico es especialmente pertinente para recuperar las voces de los sujetos y las múltiples versiones de la experiencia rural. En síntesis, los antecedentes seleccionados guiaron la construcción del



objeto de estudio desde una perspectiva histórica, territorial y situada en el campo del Trabajo Social.

1.4 Marco Teórico y Conceptos Fundamentales

En este apartado se articularán las herramientas conceptuales que acompañan esta investigación, con los que se observó a los sujetos de estudio y los que se pusieron en diálogo con la realidad. Para ello, se parte del contexto histórico en el que se producen transformaciones significativas en la estructura agraria, en el trabajo rural y, en consecuencia, en las familias rurales, marcada por procesos de cambios productivos, a la par de lineamientos capitalistas y neoliberales.

En otras palabras, el contexto histórico que enmarca las categorías teóricas es el de la *modernización agropecuaria*, caracterizado por el pasaje de una producción agrícola-ganadera diversificada hacia una especialización agrícola intensiva, con una mecanización casi total de las labores. Esto implicó una creciente demanda de mano de obra calificada, a la vez que redujo el número de trabajadores necesarios en el espacio rural (Albanesi y Propersi, como se citó en Muzlera y Salomón, 2022). Según Rosas-Baños (2013), las causas de este cambio estructural están ligadas a la globalización económica, que ha reconfigurado la estructura productiva, agravado la crisis económica y social en los territorios rurales, desarticulado relaciones comunitarias debido a la profundización del individualismo, y ha promovido la industrialización de la agricultura y la urbanización de las comunidades rurales, que “acabó” con la versión tradicional de la ruralidad y afectó de manera directa a la vida familiar rural pero no logro que estas desaparezcan.

De este escenario deriva el primer concepto central: el de *localidad agraria*, que permite caracterizar al territorio en el que se desarrolla la investigación. Esta es entendida como un espacio donde lo rural y lo urbano se entrelazan históricamente, conformando un entorno productivo en el que conviven actividades agrícolas, industriales y de servicios (Muzlera y Salomón, 2022). En el caso de Barrancas, este entramado se manifiesta en la coexistencia de infraestructura agraria (como silos, galpones con maquinaria y lotes cultivables



y/o para la cría de animales), instituciones locales con prestigio (como la Cooperativa Agrícola) y una economía centrada en la agricultura -por ser la segunda fuente de trabajo después de la industria metalúrgica- que se han transformado a la par de los ciclos económicos nacionales. Para esta localidad las políticas estatales de colonización y de infraestructura como el trazado ferroviario fueron claves para su desarrollo, y permitieron ampliar el acceso a servicios sociales, educativos y culturales para la población tradicionalmente vinculada al agro.

El segundo concepto crucial es la *familia rural*, ya descrita en el apartado metodológico, entendida como una construcción social e histórica compleja, atravesada por dimensiones productivas y reproductivas, múltiples dimensiones de la persona (cognitiva, comunicativa, afectiva, física, estética, espiritual y ético-política), simultáneamente convergen procesos y funciones tanto instituidas como instituyentes (Páez Martínez et al., 2016; Castro Ríos, 2012). Estas familias se caracterizan por su heterogeneidad, por su arraigo territorial, sus redes de parentesco, y su articulación entre trabajo y vida doméstica. La relación con la tierra, antes centrada en la producción agrícola, hoy se extiende a actividades de servicios y a estrategias múltiples para sostener la reproducción familiar. Castro Ríos (2012) las caracteriza “por vivir en territorios con densidad poblacional relativamente baja, con importantes relaciones de parentesco asentadas en el lugar, con identidades ligadas al trabajo y relación con la tierra” (p.185).

El eje de análisis de estas es su *vida cotidiana*, entendida como el ámbito microsocial donde se materializan los sentidos, saberes y prácticas de los sujetos rurales. Según Rozas Pagaza (2002), esta permite comprender la “metamorfosis de lo social”, ya que en ella se construyen identidades en torno a la vida rural, se transmiten saberes instrumentales y se resignifican tradiciones a través de generaciones y de la experiencia vivida, saturada de historias personales y colectivas, dándole una direccionalidad a las prácticas. Aunque la cotidianidad, que parece naturalizada y un proceso que se reproduce de manera práctica, está sujeta a rupturas, reconfiguraciones y adaptaciones, pues se resignifica y actualiza



permanentemente a través de sus socializaciones, lo que posibilita el surgimiento y construcción de nuevos sujetos.

En una tercera línea de análisis, se incorporan dos figuras claves para caracterizar a la familia rural en la región pampeana: el *trabajador rural* y el *chacarero*. El primero representa al sujeto asalariado típico en la pampa gringa producto del capitalismo agrario, sin propiedad de los medios de producción por lo que vende su fuerza de trabajo para subsistir. Es considerado un “obrero agrícola”, vinculado a cultivos extensivos como la soja, el maíz o el trigo (Villulla, 2010). Su figura ha atravesado diversas formas contractuales y condiciones laborales, muchas veces precarias. Por su parte, el *chacarero* es definido como un productor familiar capitalizado, una figura socio productiva que se caracteriza por tener la propiedad (frecuentemente heredada) de la tierra y los medios de producción. Obtiene su rédito monetario por su capacidad de acumulación de capital o mantención de lo heredado, emplea fuerza de trabajo familiar o por fuera de ella, y organiza su producción orientada al mercado y la exportación, aunque en pequeña escala. Su historia se remonta a los inmigrantes europeos que se asentaron en la provincia de Santa Fe desde mediados del siglo XIX (Muzlera, 2008).

No obstante, desde mediados del siglo XX, este sector ha sido afectado por procesos de concentración agraria, expansión de la frontera sojera, proletarianización del campesinado y migración hacia centros urbanos, lo que ha llevado a una reducción de su presencia en los espacios rurales (Albadalejo y Bustos Cara, 2008; Balsa, 2006). Lo que hizo que abandonen prácticas vinculadas a una economía de subsistencia. Frente a la aparente armonía y homogeneidad social, propuesta por el discurso del agronegocio, existe un descontento proletario, en el que se identifican intereses diferentes y hasta contrapuestos a los de sus empleadores, hasta llegar a ser un sector en vías de extinción (Villulla, 2017; Fairstein, 2013). Así es que las trayectorias de las familias rurales son heterogéneas: frente a esto se hallan experiencias en las que han logrado reconvertirse y resistir.



A partir de esto, se introduce el cuarto concepto: las *estrategias familiares*. Las familias rurales han desarrollado diversas estrategias -económicas; educativas, una inversión a largo plazo en sus hijos/as; sucesorias para garantizar la transmisión del patrimonio material entre las generaciones- para continuar ante los cambios estructurales del agro. En base a estas, se originaron rupturas y continuidades en la reproducción de la vida rural. Estas acciones, tomando los aportes de Duek e Inda (2006) y Bourdieu (2011/1970), deben ser comprendidas como conductas humanas a las que se les enlaza un sentido subjetivo, resultado de experiencias pasadas y expectativas futuras. El fenómeno del éxodo rural, por ejemplo, es una expresión predominante de estas estrategias, donde las innovaciones tecnológicas permitieron mantener la producción sin necesidad de residir en el campo, lo que llevó a migraciones hacia centros urbanos y de las ocupaciones agrícolas hacia las ocupaciones urbanas, este fenómeno no es algo transitorio, sino que tiende a crecer y a consolidarse (Neiman y Bardomás, 2001). Esto se dio de forma simultánea a un abandono y escaso desarrollo de caminos, el cierre de escuelas rurales, la pérdida de la producción para el autoconsumo de las familias, las dificultades para acceder a la salud y a bienes culturales.

Entre estas estrategias, adquiere centralidad la *pluriactividad*, séptimo concepto clave, definida como la diversificación de ingresos y actividades económicas al interior de las unidades familiares campesinas y las comunidades rurales (Rosas-Baños, 2013). Es la principal técnica de reconversión económica de las familias rurales, en un contexto de modernización permanente. Esta práctica permite a los hogares compensar la inestabilidad y los riesgos del trabajo agrario y sobrevivir en la vida rural, generando oportunidades que ayudan a los productores familiares para que se mantengan como dueños de sus medios de producción y salvaguarden sus estilos de vida.

La quinta categoría relevante es la de *representaciones sociales* de lo rural, las cuales permiten comprender los sentidos que se asignan al territorio rural como espacio de vida, trabajo y reproducción cotidiana (Gómez, 2001; Páez Martínez et al., 2016). Estas han sido atravesadas por una lógica dicotómica que contrapone lo rural a lo urbano, lo tradicional a lo moderno, lo atrasado a lo desarrollado. A



partir de esta tensión, se concibe el *territorio*, no como un espacio abstracto o un receptáculo de actividades, sino como una construcción social y una matriz de relaciones organizadas. En las experiencias individuales y colectivas pueden observarse discontinuidades y reconfiguraciones, producto de los cambios históricos, en estas identidades que se construyen en los territorios (Frainstein, 2013). Desde esta perspectiva, se plantea que hay un largo trecho histórico que antecede a lo que se denomina como “lo rural” y al nacimiento de la *nueva ruralidad*. Esta última da cuenta de la coexistencia de prácticas o métodos tradicionales con innovaciones técnicas, generando formas híbridas de producción y una mejora en los niveles de vida.

Finalmente, se aborda el *capital social y cultural* como sexta línea teórica. Es un complemento al capital humano que potencializa la producción, se aparta de un capital económico del que se proveen al trabajar en este sector. Este, según Bourdieu (2011/1970), se compone de los recursos disponibles a través de redes duraderas de relaciones, en otros términos, es la pertenencia a un grupo, con agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes, sino que también están unidos por vínculos permanentes y útiles. En el contexto rural, este capital deviene de una organización social interna en el territorio y se expresa en relaciones de confianza, reciprocidad y cooperación, muchas veces ancladas en instituciones comunitarias o locales y/o en vínculos intergeneracionales (Gómez, 2001; Rosas-Baños, 2013).

De este se desprende el hecho de que la población de las comunidades rurales tiende -o tendía- a ser más homogénea en sus características psico-sociales (lenguaje, creencias, opiniones, tradiciones, etc.) que la población de comunidades urbanas, esto es porque la base de la población rural son personas de este sector, hijos de agricultores y de trabajadores agrícolas. Además, las relaciones cara a cara son más frecuentes en habitantes rurales, esto tiene una fuerte base en las relaciones vecinales, con una prolongada presencia y de parentesco entre una parte significativa de los habitantes (Gómez, 2001). Estas redes constituyen una base para sostener la reproducción social y para enfrentar colectivamente los desafíos del presente. La *identidad rural*, en este sentido, no es estática, sino que se



construye en tensión con otras identidades posibles (Fairstein, 2013). Se organiza como un “universo de significaciones colectivas”, donde los sujetos interpretan su historia, sus relaciones y su futuro con relación a sí misma y en diferencia u oposición con otras identidades posibles. Es decir, la noción está formulada bajo el supuesto de la existencia de un "nosotros" que es diferente de "otros".

En conclusión, la modernización del agro no implicó necesariamente la desaparición de las familias rurales en las localidades agrarias, sino que habilitó estrategias de resistencia, procesos de reconversión y resignificación de prácticas tradicionales. Existe una tensión cotidiana persistente entre la continuidad de modos de vida rurales tradicionales y las exigencias del nuevo modelo productivo, donde las familias rurales intentan mantener su identidad territorial mientras resisten ante los cambios estructurales, laborales y culturales.

Capítulo 1: La Construcción Social de la Familia Rural en Etapas: una Lectura Histórica y Territorial en Barrancas

Este primer capítulo plantea un objetivo específico en esta investigación previo a los ya mencionados. Este fue identificar y describir brevemente acontecimientos históricos que fueron modelando la economía argentina y que reconfiguraron los espacios rurales, impactando directa e indirectamente en las formas de vida de las familias rurales. Al igual que otros estudios acerca de esta temática -utilizados como antecedentes de esta tesina- se expone una periodización del desarrollo de la agricultura pampeana. Desde una perspectiva territorial, se analizan los fenómenos sociales en cada etapa para así comprender los procesos de transformación y las características que emergen de los actores en su territorio. Siendo este último, según Gasselin, Croquell y Mosciaro (2013), una “construcción social e histórica donde se encuentran materializadas las actividades que los actores desarrollan” (p.19). Igualmente, al final de cada apartado, se presenta un “tipo ideal” de familia rural -siguiendo lo planteado en el marco teórico- que resume las características predominantes de cada etapa histórica.



En cada etapa histórica las localidades agrarias del sur santafesino, como Barrancas, atravesaron ciclos relacionados a las estrategias de acumulación y a los cambios en el patrón productivo agrícola a nivel nacional (Albanesi, Nogueira y Propersi, 2013). En este contexto y en las localidades tradicionalmente vinculadas a la agricultura, la ruralidad se manifiesta como una forma particular de apropiación del territorio por parte de los grupos sociales, que implica la construcción de una identidad y una valorización de los recursos que le brinda este. Como bien lo dice Ferrer (2021), es necesario rastrear en el ayer las raíces de los problemas contemporáneos para lograr una comprensión adecuada del presente y sus desafíos. Por esta razón, la historia de la economía argentina permite interpretar tanto el pasado como la configuración actual de las relaciones sociales y del trabajo en los espacios rurales.

De forma introductoria, se contextualiza brevemente a Barrancas³: localidad del departamento San Jerónimo, ubicada en el Centro Sur de la provincia de Santa Fe, Argentina. Se encuentra sobre la Ruta Nacional N°11 construida en 1931; próxima a la Autopista “Brigadier Estanislao López” en el Km 78, construida en 1972; la surcan las vías de la Compañía Francesa de Ferrocarriles de Santa Fe, que se construyó en el 1895; y se encuentra en la orilla occidental del Río Paraná. Está a 75 km al sur de la ciudad de Santa Fe y a 80 km de Rosario. Su origen fundacional se remonta aproximadamente a 1889. Según los datos censales de 2010⁴ la población es de 5387 habitantes. Sus actividades económicas principales son: la agricultura (soja, trigo y maíz); la industria automotriz (bombas y cilindros hidráulicos para frenos para automotores principalmente, entre otras); y posee un atractivo turístico en sus costas, destacándose el Puerto Aragón.

En fin, este apartado está ordenado por distintas etapas del desarrollo económico argentino que incidieron en la dinámica social de las familias rurales

³Es preciso mencionar que este capítulo cuenta con información obtenida por pioneros que estudiaron la historia fundacional de Barrancas como: Ragni (s.f.) con su libro “Historias y vivencias del pueblo que fundó Lisandro de la Torre” y Del Popolo (1969) con su trabajo sobre “Apuntes para la historia de mi pueblo. Edición de la Comisión permanente del Museo Público de Barrancas”. Ambos trabajos se encuentran en el Museo y en la Biblioteca Popular de Barrancas.

⁴Para más información acceder a los Datos censales de 2010 del INDEC ingresar en <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-CensoProvincia-3-6-82-999-2010>



barranqueñas. Estas son: la colonización junto a las “campañas de desierto”; las economías de autosubsistencia, el denominado “modelo agroexportador”; pasan al período de la llegada de capitales externos, la “industrialización por sustitución de importaciones”; hasta llegar a la situación de inestabilidad económica que caracterizó a gran parte del proceso de dictadura cívico-militar (1976-1983), provocando una “desindustrialización” y, finalmente al modelo actual, con el proceso de “modernización del agro”, acompañado por la apertura externa bajo el neoliberalismo (Albanesi, Nogueira y Propersi, 2013; Bonfanti, 2015).

2.1 Colonización y Orígenes de la Familia Rural en Barrancas

La configuración territorial de Barrancas, en el sur de la provincia de Santa Fe, tiene antecedentes que se remontan al período colonial, cuando la expansión del dominio español en América del Sur impulsó la apropiación, ocupación y explotación de nuevos territorios. Desde el siglo XVI, las expediciones que navegaban por el río Coronda dieron nombre al lugar como “Las Barrancas de los Chanás”, en alusión a la presencia originaria del pueblo Chaná y a la particular altura de su costa. Esto combinó la colonización de la Pampa Húmeda -acompañado de un modelo civilizatorio europeo y una adhesión incondicional a su cultura e intereses- con la apropiación de tierras indígenas y el asentamiento de las primeras familias migrantes, dando origen a formas tempranas de organización económica y social, ligadas al trabajo directo sobre la tierra.

Durante los siglos XVII y XVIII, la región pampeana –hasta entonces marginal en el esquema colonial- comenzó a adquirir relevancia económica debido a sus condiciones naturales favorables para la agricultura y la ganadería, al ser una pradera templada excepcionalmente apta para producir materias primas. A medida que el cuero se convirtió en un bien demandado por el mercado mundial, se produjo un cambio notable en las actividades económicas, configurando lo que Ferrer (2021) definió como las primeras unidades económicas rurales organizadas -las estancias- y las llevó a integrarse al circuito comercial del Río de la Plata. Estas experiencias productivas, de carácter familiar y artesanal, destinadas al autoconsumo, anticiparon una forma inicial de familia rural y las transformaciones que más tarde estructurarían el modelo agrario nacional.



En este contexto, las transformaciones políticas y económicas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX -la creación del Virreinato del Río de la Plata, la apertura comercial, los avances técnicos y nuevas lógicas de producción provenientes de la Revolución Industrial, junto con la Revolución Francesa, los movimientos independentistas y los conflictos interprovinciales⁵- aceleraron un proceso de modernización y expansión territorial. Paralelamente, las políticas de ampliación de la frontera productiva, la sanción de la Ley de Enfiteusis (1826), durante el gobierno de Rivadavia, y las denominadas Campañas del Desierto (1833–1834), bajo el gobierno de Juan Ramón Balcarce, encabezadas por Juan Manuel de Rosas, hacia el sur configuraron un proceso de expansión territorial, desplazamiento y sometimiento de poblaciones originarias, y concentración de la tierra que sentó las bases del futuro modelo agroexportador. Así fue como se consolidó al puerto de Buenos Aires como centro de intercambio y se insertó el país en el comercio internacional como proveedor de cuero y lana, y comprador de productos manufacturados, aunque muchas economías regionales continuaron sujetas a viejos modelos coloniales.

De esta manera, el período colonial y las primeras décadas del siglo XIX resultan fundamentales para comprender los orígenes de un tipo ideal de familia rural en los territorios de Barrancas: familias migrantes, asentadas recientemente en el territorio, con una economía de subsistencia, producciones para el consumo interno, baja productividad y escasa articulación con los mercados. Estas constituían un grupo social en formación, en una etapa de apropiación del territorio y con vínculos comunitarios incipientes. Si bien se trata de una etapa previa al foco de análisis de esta investigación, su mención permite reconocer cómo se sentaron las bases materiales y sociales sobre las que se consolidaría, hacia fines del siglo XIX, el modelo agroexportador. Estas son las raíces históricas de un proceso que, a partir de 1880, encontrará en la consolidación del Estado moderno, la inmigración y la expansión agroexportadora los ejes que estructurarán definitivamente la vida rural en la región.

⁵ Asimismo, se recurrió a préstamos extranjeros, como el de “Baring Brothers” (1823), para organizar las provincias, fundar pueblos y construir el puerto para el comercio exterior.



2.2 Agroexportación, Inmigración y Expansión: la Consolidación del Hogar Rural

La etapa de producción ganadera extensiva y de distribución de tierras por parte del Estado constituyó el punto de partida del modelo agroexportador argentino. Como lo dice Ferrer (2021) se trató de una transición hacia una economía crecientemente integrada al mercado mundial, cuya base fue, en un primer momento, la producción y exportación de productos ganaderos, especialmente desde la región del Litoral. Esto habilitó la incorporación de Argentina al comercio internacional en expansión y al sistema capitalista global, en un contexto global de reorganización de los flujos económicos, tecnológicos y geopolíticos. Con la formación del Estado Nacional, un proceso histórico que se extendió desde 1860 o hasta 1880 aproximadamente, se estructuró un proyecto común que sentó las bases institucionales de la República Federal: la unificación monetaria, la creación de un poder judicial, la conformación del ejército, la delimitación del territorio y la implementación de sistemas educativos y sanitarios.

Esta fase trajo consigo una profunda concentración de la tierra y la apropiación de grandes extensiones por parte de un reducido grupo social. Mientras tanto, las economías del interior, para sobrevivir, debían competir con productos extranjeros y adaptar sus modos de producción a la lógica del mercado internacional. Entre 1860 y 1867, la caída de los precios internacionales provocó una fuerte crisis del sector lanar y una incertidumbre económica. La demanda no pudo sostener el volumen de producción, generando pérdidas y dificultades financieras para los ganaderos. Dando lugar a la fundación de la Sociedad Rural Argentina en 1866, institución clave para defender los intereses de los grandes productores y promover la modernización del agro, el desarrollo de las riquezas y el patrimonio agropecuario. Implementando políticas públicas que protegían la industria láctea, luchaban contra las plagas y las enfermedades de animales, y promocionaban la innovación tecnológica en el sector.

Por otra parte, un aspecto central para la economía agroexportadora fue la necesidad de mano de obra. Lo que incentivó al Estado a implementar políticas



que activen la inmigración, La Ley de Inmigración y Colonización de 1876, impulsada por el presidente Avellaneda, promovió el ingreso de europeos considerados “honorables y laboriosos”, fomentando y facilitando la internación de estos en el interior del país. Es así como todo inmigrante que acreditase su buena conducta y su aptitud para cualquier industria, arte u oficio útil, tenía derecho de entrar en el territorio (Ley N°817). Estos nuevos pobladores fueron incorporándose como colonos agrícolas, trabajadores rurales o en las incipientes industrias urbanas. Entre 1880 y 1920 ingresaron al país, tomando los datos de Ferrer (2021), cerca de 4.500.000 inmigrantes, de los cuales aproximadamente 2.346.000 se asentaron de forma definitiva.

En el territorio estudiado, este proceso tuvo efectos concretos. Se conformó Puerto Aragón, un antiguo fuerte español denominado Nuestra Señora de la Buena Esperanza, que años más tarde se configuró como el paraje conocido como Pago de las Barrancas -ubicado entre el Camino Real y el camino a Puerto Aragón, hoy renombrado como “Barrancas Viejo”-, que surgió como un apeadero, es decir, un sitio de postas y recambio de cabalgaduras. En 1896, a través de las Leyes Orgánicas Municipales N° 3367 y N° 1079, se reconoció oficialmente la conformación del Distrito Barrancas y se decretó la creación de una Comisión de Fomento, iniciando así el camino hacia su autonomía comunal. Estas leyes resultaron fundamentales en el proceso de urbanización y modernización, ya que buscaban descentralizar el poder político y dotar a las municipalidades de mayor autonomía y capacidad de gestión. Esta decisión fue impulsada por el Partido Conservador Reformista, con el apoyo de Hipólito Yrigoyen y figuras clave como el Jefe Político del Departamento San Jerónimo, Waldino Maradona.

Por lo tanto, el auge del modelo agroexportador se sustentó en tres pilares: comercio exterior, inmigración y capitales extranjeros. La adopción del “patrón oro”, desde la década de 1870 hasta 1914 con el estallido de la primera guerra mundial, hizo que el oro pase a ser la moneda de pago internacional, fijando su valor en relación con esta, así de manera directa recibían la influencia del comercio exterior. De ahí que esta etapa haya sido la que sentó las bases de una “división internacional del trabajo” en la cual el intercambio era entre: países



vendedores de productos primarios e importadores de manufacturas, y países mayoristas de manufacturas e importadores de productos primarios. Los segundos eran exportadores de capitales hacia los primeros y éstos, en concepto de retribución por esos capitales, pagaban utilidades e intereses que volvían a reinvertir en ellos.

El resultado de estas transformaciones de la realidad económica y social se reflejó en los capitalismos nacionales emergentes, las instituciones y el sistema político, ampliando las posibilidades de participación y representatividad. Dado el papel clave que el sector agropecuario representó en el desarrollo económico de algunos sectores del país, durante este período de economía primaria exportadora, el sector rural fue un grupo social que con su fuerza representativa ejerció, consecuentemente, una poderosa influencia en la vida nacional. Aunque el orden conservador resultó incapaz de contener las tensiones sociales emergentes por la ampliación de la ciudadanía, la concentración de la riqueza y la inestabilidad de los niveles de empleo y salarios. A la luz de esto el Estado debía consolidar la paz interior y organizar el país, centralizando los resortes del poder político y de la política económica en un gobierno nacional. Por ello, para la resolución de los conflictos provinciales, en 1880 se federaliza la provincia de Buenos Aires, con la presidencia de Roca, como la capital de la república. Esto consolidó el poder central del Estado Nacional, fue un proceso de afianzamiento de una economía unificada y centralizada en Buenos Aires.

En tanto el establecimiento del presupuesto nacional y la nacionalización de la aduana permitieron aumentar los gastos totales del sector público y apelar al crédito externo. Esto consolidó la estabilidad monetaria e incentivó las inversiones extranjeras, principalmente británicas, en infraestructura como ferrocarriles, puertos y frigoríficos. De una posición marginal, el país pasó a convertirse en una promesa destinada a ocupar un lugar central en la economía mundial (Dolcera, Nigro y Wechsler, 2015). El trazado ferroviario -se inició en 1857 y continuó hasta 1940, con el periodo de mayor construcción entre 1870 y 1914- integró el interior con los puertos, redujo los costos de transporte y habilitó nuevas tierras para la producción. La mayor densidad de la red se localizó en la región pampeana donde



radicaba gran parte de la población y el origen de casi la totalidad de la producción exportable, y todas las cabeceras de las líneas de ferrocarriles confluían en el puerto de Buenos Aires. Además, favorecía el poblamiento de regiones desocupadas, esto activó el nacimiento de varios centros poblacionales y la ocupación de los espacios rurales. Según Ferrer (2021), este fue decisivo para convertir a la Argentina en un exportador agropecuario a gran escala.

Aun así, este crecimiento no estuvo exento de dificultades, en 1890 durante la presidencia de Miguel Juárez Celman se endeudó para expandir su economía. Por lo cual se enfrentó a la llamada “Crisis de Baring”, una crisis económica, cambiaria y bancaria, un default que puso en evidencia la vulnerabilidad estructural del modelo frente a los vaivenes del mercado internacional. No obstante, el desarrollo económico pasó a depender cada vez más de la capacidad de cada sociedad de asimilar, generar e incorporar esta tecnología en el conjunto de su actividad económica. En las actividades rurales esto permitió emplear cada vez menos mano de obra para obtener un determinado volumen de producción.

Para 1912 en medio de las presidencias de los conservadores Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, a causa de las condiciones productivas de las tierras, la evolución del mercado y del ferrocarril, se terminó por reafirmar la estructura latifundista⁶. Por estos años, con la Primera Guerra Mundial (1914), aconteció otro proceso de endeudamiento, que generó un desabastecimiento a nivel internacional, no se podían importar bienes y equipos, se cortaron los flujos de capitales extranjeros y cayeron las exportaciones. Asimismo, se comenzaron a notar las fallas en las metas de la Ley de Avellaneda, con un elevado grado de concentración de la propiedad territorial⁷ en pocas manos, reflejada en la transformación de estructura social del sector agropecuario.

⁶ Este modelo tenía como principal limitación la excesiva dependencia de la economía respecto al mercado mundial. Lo que hacía que, frente a una crisis internacional los productores agropecuarios tengan problemas para vender las materias primas y para importar los bienes que necesitaba.

⁷ Conviene señalar que en un inicio estas tierras eran relativamente baratas, pero, en palabras de Ferrer (2021), a partir del avance de la frontera productiva su valor se multiplicó por diez entre 1880 y 1913.



Paralelamente, reanudando la historia de Barrancas en 1905, sucedieron dos fenómenos naturales en la localidad que causaron importantes consecuencias en su configuración: una gran creciente y vientos huracanados que destruyeron instalaciones y viviendas, provocando el desplazamiento y la migración de los pobladores de Puerto Aragón a Barrancas Viejo y al “Nuevo Barrancas”. Para este último, los pobladores Juan Protto y Lisandro Paganini diagramaron los solares y los espacios públicos en las tierras que eran propiedad de Lisandro de la Torre. La construcción del ferrocarril fue un acontecimiento trascendental, ya que la población fue emigrando a sus alrededores, incluso instalando negocios cerca a la estación. Finalmente, en este mismo año se vendieron los primeros terrenos a ambos lados de la estación ferroviaria, siendo esta etapa fundamental para el desarrollo del pueblo.

En la misma línea de la conformación del territorio, en los 90’ las familias rurales comenzaron a organizarse colectivamente. En 1920 los trabajadores rurales impulsaron, por medio del Partido Socialista, la conformación del Sindicato de Obreros Rurales, reflejando las luchas gremiales por mejores condiciones laborales. También emergieron experiencias de economía solidaria: en 1921, Waldino Maradona fundó la primera cooperativa local, la “Cooperativa Agraria Federal”, seguida por otras como “El Fénix” (1926) y “La Unión” -esta última aún en funcionamiento. Estas organizaciones reflejan, como indica Lattuada (2013), estrategias de reproducción social y resistencia del mundo rural, ya sea en su dimensión reivindicativa (gremial) o económica (cooperativa).

En este mismo período, surgieron también espacios educativos rurales. La Escuela Rural N°201 se originó con clases dadas voluntariamente en un galpón de Juan Bacca, a pedido de los mismos habitantes, y los primeros maestros fueron Magallanes y Budog. Empero en 1925 fue volado por un ciclón y fue reconstruida y reabierta dos años después gracias –otra vez- al esfuerzo conjunto de vecinos y la donación de una hectárea de campo de Julian Maguín. Esta fue reconocida como la "Escuela Gordillo" y se encontraba sobre la Ruta 495 camino a Casalegno, a 8 km al suroeste de Barrancas. Conjuntamente en aquel entonces se realizaron mejoras estructurales, desde las autoridades comunales, como el arreglo de



caminos rurales. Todo esto permitió una mejoría en el desarrollo de la vida cotidiana de los habitantes, con acciones que demostraban que las comunidades rurales lograban agruparse y participar activamente para conquistar mejoras en sus territorios, por parte de las demandas escuchadas por las autoridades comunales nacientes.

Finalmente, hacia fines del período, en la localidad de Barrancas la organización familiar rural respondía a una lógica de trabajo colectivo. En estas “familias numerosas” de origen inmigrante, habían roles definidos para las tareas rurales y domésticas, los/as hijos/as realizan a temprana edad tareas en el ámbito rural, trabajan tierras heredadas y usan mano de obra familiar. Como señala Cloquell (2013), se trataba de unidades de producción familiar tradicional o “pura”, con un gran asentamiento que conformó una cercanía entre vecinos y propició fuertes vínculos de solidaridad y reciprocidad entre ellos, elementos constitutivos de la identidad rural que germinaba. Todo ello conformó una dinámica y una sociabilidad particular en el territorio y la gestación de los primeros lineamientos de las que sería la visión propia de la ruralidad tradicional.

2.3 Industrialización y Estado Presente: Transformaciones en la Familia Rural Tradicional

La década de 1930 marcó un punto de inflexión histórico, político y económico en Argentina. A pesar del crecimiento generado por el modelo agroexportador previo, siguiendo la postura de Ferrer (2021), este presentaba una estructura profundamente desigual, caracterizada por la concentración de tierras y recursos en manos de las elites dominantes, y oportunidades limitadas para los sectores subalternos. La crisis internacional de 1929 expuso la vulnerabilidad de este sistema y la necesidad de construir un nuevo modelo económico basado en la diversificación productiva. En este contexto, el país adoptó un enfoque desarrollista⁸, para formar esta economía moderna, influenciado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Esta proponía dejar de depender exclusivamente del agro y fomentar una industria nacional capaz de

⁸ Este proceso Ferrer lo denomina como “industrialización inconclusa” (1930-1976), ya que concluyó con el Golpe de Estado de 1976, momento en que se impuso el paradigma neoliberal (2021).



abastecer al mercado interno y al país de los bienes industriales que necesitaban, reduciendo la dependencia externa.

La crisis del modelo agroexportador se precipitó con el Golpe de Estado de 1930 y con la Crisis Financiera Mundial, por el colapso de la bolsa de New York “Wall Street” (1929). Esto provocó una caída abrupta de los precios de los productos primarios -por la disminución de la demanda mundial- debido al cierre del comercio mundial. Para un país como Argentina, cuya economía dependía en gran medida de la exportación de trigo, maíz y carne y de la importación de manufacturas, esta situación resultó crítica: las importaciones cayeron un 30% (Ferrer, 2021). Frente a este panorama, los sectores de mayor poder (ganaderos y empresarios) decidieron sustituir este modelo por otro que pudiera enfrentar esta situación económica. Así fue como impulsaron un cambio de rumbo hacia la sustitución de importaciones, que sería acompañada por medidas proteccionistas del Estado.

La Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI), como explica Bonfanti, fue una estrategia de desarrollo centrada en reemplazar bienes importados por producción nacional, se propuso fomentar el desarrollo de industrias locales, modernizando además el sector agropecuario para integrarlo al nuevo esquema económico (2015). Según Tsakoumagkos (2013), esta etapa estuvo atravesada por políticas públicas de corte estructuralista, enmarcadas en una estrategia de desarrollo “hacia adentro”. Esto fue propiciado por la adopción de la Teoría Económica Keynesiana, que incentivaba una mayor participación del Estado en la economía, a través de políticas fiscales, cambiarias y de regulación del comercio. Lo que aumentó el gasto público y estimuló la demanda, aunque ello implicó un incremento del déficit fiscal -que aparece cuando el monto recaudado de ingresos con los impuestos no es suficiente para hacer frente a los compromisos de pago.

Durante el gobierno de Agustín P. Justo (1932–1938), se crearon las primeras juntas reguladoras -la Junta Nacional de Granos y la de Carnes- que fijaban precios, controlaban la producción y comercialización. En 1935 se fundó el Banco Central con una política fiscal que incluyó nuevos impuestos a las



importaciones (para la reactivación y el desarrollo económico). Mientras se llevaron adelante estrategias para asegurar la compra de la producción: como el Pacto Roca-Runciman (1933), que buscó asegurar exportaciones de carne a Inglaterra; y Federico Pinedo, como Ministro de Hacienda del presidente Ramon Castillo (1942-1943), propuso un Plan de Reactivación (1940), este contemplaba la intervención estatal en la compra de cosechas. Unos años después, bajo el gobierno de Edelmiro Farrell (1944–1946), se creó el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), que manejaba las exportaciones e importaciones del país, y monopolizó el comercio exterior.

Posteriormente, con la llegada de Juan Domingo Perón a la presidencia en 1946, se profundizó la participación estatal, con políticas de redistribución del ingreso, nacionalización de servicios públicos y creación de empresas estatales. Estas medidas ampliaron el poder adquisitivo, el empleo y el consumo, favoreciendo la expansión del sector manufacturero y del mercado interno. Junto a un Estado que estaba adquiriendo mayor participación, regulando la economía con políticas que ampliaron el poder adquisitivo de varios sectores de la sociedad, e impulsando políticas salariales favorables para los trabajadores. En un contexto social en el que diversos sectores postergados reclamaban mayor equidad y justicia. Sin embargo, el trabajador rural, actor social pilar de este modelo, hasta este momento había sido excluido de los beneficios que alcanzaron los trabajadores urbanos. Como se demuestra en el dictado de la Ley 11.729 que reguló el trabajo comercial e industrial, donde precisamente quedó excluido el trabajo agrario. Recién en 1942 se sancionó la Ley 12.789, "Estatuto de los cosechadores", que establecía derechos básicos para quienes trabajaban en actividades agrícolas, ganaderas y mineras (Ferrer, 2021).

La regulación del trabajo rural permanente llegó con el “Estatuto del Peón de Campo”⁹ (Decreto 28.169/44), que fijó derechos laborales fundamentales como: el salario digno y su correspondiente, indemnización en caso de despido, vacaciones, aguinaldo, descanso dominical y asistencia médica. A parte de esto fijaba que en el lugar de trabajo se debía dar alimentación y alojamiento adecuado,

⁹Por su recuerdo se estableció el 8 de octubre como “Día del Trabajador Rural”



tanto a ellos como a su familia, reforzando la identidad laboral de este sector. En 1946 se sancionó la Ley 13.020¹⁰ para el trabajo transitorio de cosechas y se creó la Comisión Nacional Trabajo Rural como organismo intersectorial para la representación de los sindicatos y los trabajadores. En la misma línea, en 1947 se conformó la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (futura UATRE).

Hacia fines de los años cuarenta, surgieron nuevos desequilibrios económicos, con una fuerte inflación, lo que llevó al “estrangulamiento externo” por la insuficiencia de exportaciones. Esto reveló que faltaban algunas condiciones básicas para que se consolide a largo plazo en Argentina una economía industrial competitiva, de base agropecuaria, pero con un desarrollado sector industrial. Estas condiciones eran: la cohesión social; un consenso básico para responder a la transformación; un orden macroeconómico, con equilibrio monetario; estabilidad institucional y reglas para los conflictos sociales; elementos para una la identidad nacional; y, una visión propia del desarrollo nacional, integrado al mundo, pero en base a los propios recursos y a la propia capacidad de los argentinos (Bonfanti, 2015).

Frente a esto, el gobierno implementó un Plan de Emergencia Económica y de Estabilización liderado por Alfredo Gómez Morales, como presidente del Banco Central de la República Argentina y Ministro de Finanzas (entre 1949 y 1952). Este plan de ajuste implicaba una “vuelta al campo”, una moderación del consumo, aumento de salarios, congelamiento de precios y reducción de importaciones. Tenía como objetivo principal reducir la brecha existente entre el consumo y la disponibilidad de bienes (Belini y Korol, 2012). Todos estos procesos económicos culminaron con el Golpe de Estado de 1955 y la “Revolución Libertadora”, dando paso a un nuevo ciclo político, con la proscripción del peronismo y la intervención de los sindicatos.

En 1956 se creó el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), por la Ley 21.680/56, que dependía del Ministerio de Agricultura, Ganadería y

¹⁰Estas conquistas fueron desmanteladas en 1980, durante la dictadura militar, por el ministro Martínez de Hoz (Ministro de Economía de la Nación entre 1976 y 1981).



Pesca de la Nación. Este tenía por objetivo modernizar el agro, fomentando prácticas sostenibles y la articulación interinstitucional. Se orientaban a la “innovación” como motor del desarrollo y generaban conocimientos poniéndolos al servicio del sector a través de sistemas de extensión, información y comunicación. Esto propició que la agricultura familiar, campesina e indígena despliegue su potencial y contribuya al desarrollo territorial, el abastecimiento de bienes y servicios, y al arraigo rural, la mejora de la calidad de vida, atendiendo las particularidades de los territorios y de los grupos sociales. Sin embargo, esta modernización generó una fuerte expulsión de trabajadores rurales¹¹, en parte debido a la mecanización. El proceso fue visible en localidades como Barrancas, donde predominaban la ganadería y el tambo, con estrategias de autoabastecimiento, pero desaparecieron con la inclinación hacia la agricultura. Para los 60’ el tambo estaba en su mayor esplendor, había varias cremerías en los espacios rurales y esto provocó también un mayor asentamiento.

En otro aspecto, durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958–1962), se promovió la inversión extranjera para el desarrollo de sectores estratégicos (automotriz, metalúrgico, petrolero), en función de una política de expansión e inversión en el sector industrial, y se logró el autoabastecimiento de petróleo. Y, con el gobierno de Juan Carlos Onganía (1966-1970), se abrieron importaciones con la idea de no producir bienes para sustituir importaciones a cualquier costo sino sólo los que resulten convenientes, y se aplicaron retenciones al agro, trasladando esos ingresos a otros sectores para el desarrollo de la infraestructura e industria. Aunque poco después se produjo una “Crisis Ganadera”, con un aumento de precios y la devaluación de la moneda. Onganía para ayudar a estos disminuyó los impuestos a las importaciones y a las empresas que exportaban sus productos (compensación). Inclusive, se cerraron algunas empresas para rescatar otras, como respuesta a esta crisis, algunos productores combinaron agricultura y ganadería para reducir riesgos.

¹¹ Entre 1947 y 1960, el número de obreros rurales en la región pampeana cayó un 52% (y casi 80% en el caso de los temporarios). Así, los peones rurales, que habían sido 560 mil en 1914 (y en todo el país, 630 mil) pasan en 1960 a ser 232 y 300 mil, respectivamente. (Barsky y Gelman, 2001, como se cita en Muzlera y Salomón, 2022)



A su vez, las innovaciones agrícolas transformaron radicalmente las prácticas y relaciones laborales. Este modelo productivo, junto a la capitalización, introdujeron nuevas formas de organización de la producción, que incidieron directamente sobre la expulsión de población hacia las áreas urbanas (Cloquell, 2013; De Carli y Raffaelli, 2008). En los testimonios de productores familiares de Barrancas se registra la transición desde la labranza convencional (Ver anexo, figura 1) hacia la siembra directa que generó nuevas necesidades técnicas. Ya que en los 80' se araba, disqueaba, rabasteaba, y se esperaba que llueva, para que nazca el yuyo y entonces volver a arar, disquear, rabastear y recién sembrar. Después se pasaba la reja al cultivo sembrado y, en algunas ocasiones, se contrataba personas que iban con una asada cortando los yuyos que quedaban (Entrevista con R.C., segunda generación, octubre, 2023).

A finales de esta década se inició la labranza conservacionista o cero, también conocida como siembra directa, una técnica de cultivo que consiste en sembrar directamente en el suelo sin ararlo. Se trata de una práctica de conservación del suelo que busca reducir o eliminar la manipulación mecánica. Con el cincele, el cultivador y el susulador, reemplazando el arado y usando cada vez menos el disco. Esto vino acompañado de una mayor necesidad de fumigación y en consecuencia se propagó la compra de venenos. A pesar de que, en sus experiencias empleando estos, los trabajadores evidencian que cada vez se nota menos la efectividad en los cultivos, ya que los “yuyos” se vuelven resistentes (Ver anexo, figura 2). Por ello los productores expresan que hacen falta más conocimientos y apoyos profesionales para llevar adelante la siembra en comparación a las anteriores etapas de la agricultura.

También con la llegada de las nuevas tecnologías se transformó la cosecha. Las primeras máquinas que llegaron a la localidad, conforme al recuerdo de los agricultores, fueron las “Vasalli 316 de 5 surcos” en los 70' y desde ahí fueron fabricándose otras más grandes, adecuándose a las exigencias de “mayor producción en menos tiempo” de la modernidad agro. En aquel entonces aparecieron diferentes fábricas de cosechadoras nacionales (Bermardín, Araux, Senor), que desaparecieron con el tiempo porque la trilla se fue actualizando muy



rápido, entonces quedaron como métodos viejos de cosecha (Ver anexo, figura 3). Aunque lo más relevante para los/as entrevistados/as no fueron ellas en sí sino la confortabilidad de trabajar con estas y el nivel de productividad al que llegaban en comparación a las anteriores herramientas: “antes las máquinas no tenían cabina, no tenían nada, uno iba al aire libre, agarrando todo el polvillo. Hacíamos 10-12 hectáreas y era un campañaón en el día.” (Entrevista con R.C., segunda generación, octubre, 2023)

En efecto, la ISI, como proceso histórico, fortaleció el mercado interno, impulsando el sector industrial nacional como principal motor de crecimiento productivo. Esto redujo la dependencia externa y dio lugar a políticas sociales e industriales. La aplicación de este modelo llevó a un aumento del empleo, a que la distribución del ingreso sea igualitaria y se reduzca la heterogeneidad estructural, a políticas sociales dirigidas hacia la educación y la salud. Incluso dejaron huellas concretas en Barrancas, como la creación de fábricas metalúrgicas, que hasta hoy se mantienen y caracterizan a la localidad, pues son las que dan mayor oportunidad de empleo a la población; y la fundación de la Escuela Técnica N° 280 “Corbeta Uruguay”, que le da al pueblo una distinción en la zona y se vincula al impulso de formar a los futuros técnicos disponibles para las ofertas laborales de este lugar. A pesar de sus límites estructurales, la ISI constituyó una “etapa dorada” (1964–1974), donde las exportaciones industriales acompañaron a las tradicionales. Sin embargo, el modelo no logró generar ventajas competitivas sostenidas a nivel internacional (Ferrer, 2021).

Esto transformó no sólo las formas de producción sino todo el paisaje social del agro. Se manifiesta una unidad familiar en transición, en la que se mantiene el trabajo familiar, pero comienzan a percibirse rupturas por la migración, producto en algunos casos de escolarización. Esto provocó una redefinición de las unidades productivas tal como eran concebidas tradicionalmente: algunos se convirtieron en contratistas, propietarios de grandes máquinas que se encargan de las distintas etapas del ciclo agrícola; otros, liberados de la necesidad de su presencia cotidiana en los establecimientos, migraron hacia



la comodidad de los pueblos cercanos, provocando un despoblamiento del campo (Muzlera y Salomón, 2022).

Si bien las familias rurales cada vez son menos visibles en el territorio, aún hoy emergen y persisten las que siguen identificándose por contar con mano de obra mayoritariamente familiar, con una producción diversificada y en pequeña escala, auto-consumida o comercializada al nivel local o regional, con un nivel de equipamiento bajo. Simultáneamente, surge la contratación de mano de obra asalariada por fuera de la familia, y la familia de los empleadores (chacareros), que está en el pueblo, se dedican a otras profesiones y sus hijos/as comienzan a inclinarse por proyectos individuales. por fuera de la herencia rural (Cloquell, Gasselin y Mosciaro, 2013). Estos cambios impactaron en las características del mundo rural y las ruralidades, revelando una tensión en la estructura social agraria, en la que existían posturas establecidas e instituidas que daban como fruto una determinada organización familiar junto con roles asignados por género dentro de este “hogar rural”, que en esta etapa empiezan a quebrarse.

2.4 Desregulación y Resistencia: Rupturas Familiares en Tiempos del Agro Neoliberal

La década de 1970 marcó el cierre de una etapa de transformación progresiva iniciada en 1930, caracterizada por la intervención estatal, la protección del mercado interno y la Industrialización por Sustitución de Importaciones. A partir del Golpe de Estado de 1976, se instauró un nuevo modelo económico y político de orientación neoliberal, que significó el abandono del Estado de Bienestar y la ruptura con el paradigma keynesiano que había sostenido el desarrollo nacional durante décadas. Fue un regreso a los principios del liberalismo, la marginación del Estado y de las políticas públicas. Este giro implicó una drástica reducción del rol del Estado en la economía, la liberalización de los mercados, la desregulación financiera y la apertura comercial. La producción nacional perdió centralidad frente al capital transnacional, priorizándose la lógica del mercado por sobre los intereses colectivos. Uno de los efectos inmediatos fue la escalada inflacionaria, impulsada por el alza de los



precios internacionales, que llevó a que la estabilidad económica se convirtiera en el objetivo principal de las nuevas políticas en los siguientes años.

Durante la dictadura cívico-militar encabezada por Jorge Rafael Videla (1976-1981), el entonces Ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, implementó políticas monetaristas funcionales a la especulación financiera. Llevó adelante un plan económico que profundizó el endeudamiento externo y desmanteló la industria nacional. Estas políticas provocaron la pérdida de competitividad de la producción local, la quiebra de numerosas empresas industriales, el incremento del desempleo y una creciente precarización del trabajo, todo en un contexto de represión sistemática a los movimientos sociales y sindicales. A partir de 1980, se inauguró una “segunda etapa de modernización”, basada en la apertura económica, la eliminación de aranceles y subsidios, y la privatización de empresas públicas. Esta reestructuración acentuó la desigualdad y debilitó el tejido industrial y social construido en las décadas anteriores (Bonfanti, 2015).

Con la recuperación democrática en 1983, el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) intentó revertir el legado económico de la dictadura, aunque debió enfrentar una compleja coyuntura caracterizada por el endeudamiento, el déficit fiscal y una hiperinflación que socavó la estabilidad social. Ya que se excedió el nivel de la deuda en comparación a la capacidad de pago y Argentina¹² quedó “esclavizada” a los criterios de los mercados, con pagos internacionales cada vez más grandes. En 1989 con la Crisis Hiperinflacionaria las ideas neoliberales¹³ se profundizaron, pues los países desarrollados implementaron este tipo de políticas y se las imponían a los países deudores. Las políticas de privatización adquieren un rol importante, para el achicamiento del Estado, y los capitales extranjeros se invirtieron en las empresas públicas privatizadas (aerolíneas argentinas, bancos, servicios públicos, empresas militares, empresa petrolera, etc.). En efecto el

¹²En este marco, se implementaron políticas de corte heterodoxo, como el “Plan Austral” (1985) por el Decreto Nacional 1.096, que consistió en un cambio de moneda, una medida salarial, apareciendo el austral que reemplazó al peso argentino -en circulación desde el 83’, un conjunto de medidas antiinflacionarias.

¹³ Precisamente se aplicaron los principios económicos del “Consenso de Washington” en los países emergentes.



Banco Central incrementó sus reservas, el crédito y la demanda, era un nuevo escenario de recuperación de la economía.

En la década de 1990, bajo el mandato de Carlos Menem (1989-1999), se aplicaron políticas de ajuste estructural, liberalización total de la economía y flexibilización laboral. El “Plan de Convertibilidad” de 1991, impulsado por el Ministro Domingo Cavallo, estableció la paridad cambiaria de un peso por un dólar, el reconocido “1 a 1”, lo que, si bien detuvo la hiperinflación, eliminó la soberanía monetaria y profundizó la dependencia financiera externa, de este modo, la economía quedaba sujeta al movimiento de capitales especulativos. A pesar de un crecimiento inicial y una aparente estabilidad, hacia fines de la década, el desempleo superaba el 30% y más de la mitad de la población se encontraba por debajo de la línea de pobreza. La crisis del modelo explotó en 2001 con la caída de la convertibilidad, el colapso del sistema financiero -representado por el “corralito” en el cual el gobierno para impedir la fuga de capitales paralizó el sistema bancario para evitar que se retiren los dólares- y una movilización social masiva que derivó en la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, frente a lo cual se decreta Estado de Sitio en el territorio nacional. Este hito marcó el agotamiento del proyecto neoliberal y la necesidad de un nuevo paradigma de desarrollo.

En este contexto de profunda vulnerabilidad e inestabilidad se implementaron algunas políticas públicas orientadas al sector rural. Entre ellas, el Programa ProHuerta (1990), desarrollado por el INTA, una política pública de Promoción de la Autoproducción de Alimentos, que promueve la seguridad y soberanía alimentaria, a través del apoyo a la producción agroecológica y el acceso a productos saludables para una alimentación adecuada. En Barrancas, este programa fomentó la creación de huertas familiares como estrategia de subsistencia. Asimismo, a través de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), bajo la conducción del dirigente Gerónimo “Momo” Venegas, se logró la creación del Registro Nacional de Trabajadores Rurales y



Empleadores (RENATRE¹⁴), en 1999 por la Ley 25.191. Lo que permitió formalizar las condiciones laborales del sector mediante la libreta de trabajo.

Las familias rurales enfrentan importantes transformaciones estructurales en este período. Por un lado, la mecanización del agro redujo drásticamente la necesidad de mano de obra, expulsando trabajadores del campo y provocando un proceso de despoblamiento rural. Por otro lado, muchas familias debieron asumir deudas, afrontar procesos de reconversión productiva o incluso abandonar la actividad ante la imposibilidad de sostener su reproducción social por la necesidad de una inversión constante de capitales. Otras, en cambio, desarrollaron nuevas estrategias combinando actividades agrícolas con otras formas de ingreso, como el empleo urbano o el trabajo asalariado temporal. Desde un enfoque laboral, se evidencia una creciente precarización y fragmentación del trabajo en el agro. Tal como señala Neiman (2010), esto implicó una flexibilización de las relaciones laborales, con trabajadores que desempeñan tareas en regímenes diferenciados. En línea con Villulla (2010), esta dinámica dio lugar a una heterogeneización creciente de los sujetos del agro.

Estas estrategias revelan un proceso de transformación en las lógicas familiares, con nuevas relaciones intergeneracionales y redefiniciones del proyecto de vida rural, especialmente entre las generaciones más jóvenes. En definitiva, el modelo neoliberal reconfiguró profundamente el espacio rural, alterando no sólo las formas de producción, sino también las relaciones sociales, familiares y laborales. Algunas familias resistieron, otras se desintegraron o migraron, pero en todos los casos dejaron huella las consecuencias de una etapa que colocó a estas ante desafíos inéditos en su historia reciente.

2.4.1 Modernización del Agro y Nuevas Ruralidades: las Familias Rurales entre el Éxodo y la Resistencia

Tras la crisis económica y social, que estalló en 2001, la democracia argentina logró resistir y con la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia en

¹⁴Este luego pasó a llamarse RENATEA, entidad autárquica en jurisdicción del Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social



2003, se produjo un giro significativo en la relación entre Estado y mercado. Se impulsó un modelo nacional, popular e inclusivo, con fuerte orientación hacia la justicia social, la redistribución e igualdad de inclusión. El nuevo paradigma fortaleció el rol del Estado como regulador de la economía y promotor de políticas públicas orientadas a combatir el desempleo y la pobreza. En este contexto, el sector agropecuario se consolidó como motor clave de la recuperación económica (Tsakoumagkos, 2013). Durante este período, las relaciones de solidaridad, los trueques y el intercambio directo de bienes se instalaron como estrategias frente a la falta de dinero, poniendo en evidencia que se puede prescindir del dinero, pero no del mercado.

En 2002 con la gestión de Roberto Lavagna, como Ministro de Economía hasta 2005, se declaró el default y se abandonó la convertibilidad. Esto dio pie a recuperar la autoridad monetaria y se restableció el equilibrio fiscal. La reestructuración de la deuda externa permitió implementar políticas de crecimiento con inclusión, se desarrollaron herramientas para fortalecer el sector agropecuario y la industria nacional, destacándose la expansión del crédito, aplicando incentivos y beneficios a la inversión y producción local. Esto generó condiciones de competitividad para la producción local, incentivando exportaciones, sustitución de importaciones y acumulación de reservas. El objetivo económico era dejar de recurrir a la ayuda internacional, como se hacía en las anteriores décadas, lo que hubiera encajado al país en el neoliberalismo otra vez.

Sin embargo, el modelo agropecuario dominante provocó la expulsión de muchos productores familiares. Según el Censo Nacional Agropecuario de 2002¹⁵, casi un cuarto de los productores no logró mantenerse: algunos perdieron sus tierras al endeudarse, otros las arrendaron para subsistir en zonas urbanas con empleos precarios. En el sur de Santa Fe se evidencia cómo el éxodo de agricultores y el cierre de industrias transformaron la fisonomía de los pueblos

¹⁵Para más información acceder a los datos del INDEC en https://sitioanterior.indec.gob.ar/cna_index.asp



rurales, mientras que la pluriactividad familiar emergió como una estrategia de permanencia (Cloquell, 2013; Giarracca y Teubal, 2006).

La creación en 2003 de la Subsecretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar -elevada en 2009 a Secretaría- marcó un reconocimiento institucional hacia los pequeños y medianos productores. Para promover su empoderamiento y participación en la construcción de soluciones colectivas. Con esto se quiere decir que estos pueden cambiar su situación, pasando de un estado pasivo a uno activo, basándose en sus fortalezas, competencias y sistemas de apoyo social para promover un cambio, y así reducir el poder ejercido por los grupos dominantes y las relaciones de poder en la sociedad toda. Así se impulsaron nuevas formas organizativas, circuitos de comercialización local y propuestas ligadas a la economía social, incluyendo el protagonismo creciente de las mujeres rurales (Lattuada, 2013).

En 2008, un año después de asumir Cristina Fernández, surgió uno de los momentos más críticos e importantes de la política argentina: el conflicto entre el gobierno y el sector rural. Este fue a raíz del intento de modificar el sistema de retenciones a las exportaciones agropecuarias (Resolución 125), por parte del Ministro de Economía Martín Lousteau. Esto generó una profunda polarización social y evidenció el descontento de pequeños y medianos productores, porque sostenían que este aumento de la carga impositiva produciría una baja en la rentabilidad o la inviabilidad de dedicarse a la producción agrícola y ganadera; acrecentando la concentración de tierras por parte de los pools de siembra y profundizando la competencia desigual lo que llevaría a la quiebra a pequeños productores (Barsky y Dávila, 2008).

El sector agrario del interior argentino, específicamente de la provincia de Santa Fe y Entre Ríos, se unió y luchó por visibilizar esta opinión. En Barrancas, bajo la experiencia de R.R. que estuvo en las protestas masivas con su familia rural, recuerda que todos los productores locales participaron activamente de estas, organizándose a través de las cooperativas y realizando cortes de ruta para visibilizar sus demandas, sin interrumpir servicios esenciales. Por lo que se turnaban para ir a la Ruta 11, a la Autopista principal y a los puertos, para dar



folletos y explicar por qué protestaban. El objetivo era desabastecer Buenos Aires para demostrarles que estaban en contra de esa regulación y que “necesitaban del campo y de los productores para abastecerse”. Ante esto algunas empresas vieron la oportunidad de no adherirse y vender animales y cereales a los que le sacaban un mejor precio debido a este contexto de conflicto. Se trató de más de 100 días de confrontación y negociación¹⁶ entre los productores de la región pampeana y el gobierno nacional. El proyecto fue finalmente rechazado en el Senado gracias al voto en contra del vicepresidente Julio Cobos. A pesar de ello, el conflicto dejó como saldo una mayor politización del sector rural, con más productores organizados y participando activamente en espacios gremiales y políticos, aunque los problemas estructurales persisten hasta el día de hoy.

Análogamente, se avanzó en la mejora de los derechos laborales del sector. En 2011, bajo la presidencia de Cristina Fernández, se sancionó la Ley 26.727, que creó el Régimen Nacional de Trabajo Agrario, reconfigurando el viejo “Estatuto del Peón Rural”, marcando un hito en materia de derechos sociales y laborales en el ámbito rural. Esta norma garantizó condiciones de trabajo dignas y tiene como piso la Ley de Contrato de Trabajo, para regular las remuneraciones, jornadas laborales, prohibiendo el trabajo infantil (Artículo 54) y reglamentando el trabajo adolescente (Artículo 55), también contempló la creación de espacios de cuidado infantil en explotaciones agrarias. Otros derechos individuales que adquirieron los trabajadores rurales fueron: las remuneraciones mínimas fijadas en la Comisión Nacional de Trabajo Agrario, que no podrán ser inferiores al salario mínimo vital y móvil vigente; el trabajo agrario debe realizarse en adecuadas condiciones de higiene y seguridad a fin de evitar enfermedades o accidentes de trabajo; los trabajadores tendrán derecho a capacitarse, para un mayor desarrollo de sus aptitudes y conocimientos; tendrán derecho a la jubilación ordinaria con cincuenta y siete años de edad, entre otros.

¹⁶Desde el inicio de la confrontación los medios de comunicación jugaron un destacado papel en la “nacionalización del conflicto” y en la instalación pública de una dirigencia rural, hasta ese momento casi desconocida para la sociedad. Lo que inició como un conflicto sectorial se transformó en un conflicto social nacional.



Inmerso en estas conquistas sociales y laborales, la capitalización agraria continua, se instala la soja y las formas de trabajar la tierra representan un antónimo a los procedimientos tradicionales, provocando que, en ciertas áreas que se han especializado demasiado, los saberes rurales transmitidos generacionalmente ya no alcancen. La agricultura intensiva hizo que los productores familiares que no hacían una producción a escala, en consonancia con Cloquell (2013), tengan una persistencia cada vez más vulnerable. Provocando procesos de resistencia ante las “nuevas reglas de juego” que se impusieron desde el Estado y el Mercado. Esto contribuyó a la percepción del escenario económico argentino con situaciones, clasificadas por Lattuada (2013) como: de mayor inestabilidad y riesgo para el mundo rural, en las que deben buscar alternativas de supervivencia.

Con ello se consolidó una nueva configuración social en el territorio rural, caracterizada por: el chacarero capitalizado, propietario de tierras y medios de producción, que suele prestar servicios de siembra, fumigación y/o cosecha a terceros, administra su explotación y contrata mano de obra registrada y transitoria, familiar o no. El trabajador rural asalariado, cuya única opción es vender su fuerza de trabajo, en algunos casos reside en el campo como casero o guarda; en otros, vive en pueblos cercanos y se traslada diariamente. Las mujeres rurales, que en algunos casos combinan el trabajo doméstico con empleos asalariados o profesiones en pueblos cercanos. Los/as hijos/as, quienes oscilan entre continuar con la actividad agropecuaria familiar o iniciar un proyecto de vida propio a partir de la formación terciaria o universitaria, en lo que se reconocerá en esta investigación como la “generación de quiebre”.

Esta generación representa una ruptura con la continuidad intergeneracional del trabajo rural tradicional. Las nuevas trayectorias juveniles, impulsadas por mayores niveles de escolarización y acceso a estudios superiores, evidencian una redefinición de identidades y expectativas familiares frente al agro. En suma, el proceso de modernización agropecuaria generó condiciones de expulsión o resistencia en las experiencias de las familias rurales, profundizando las desigualdades, pero también abrió paso a nuevos escenarios de lucha y



reorganización social en el territorio, visibilizando a este sector tradicionalmente excluido, invisible y postergado.

En síntesis

Este capítulo permitió comprender cómo los distintos modelos económicos, políticos y productivos impactan directamente en la configuración histórica de la familia rural barranqueña. A lo largo de las etapas analizadas se observó una constante tensión entre continuidad y transformación. Al encontrarse en el centro productivo de la pampa húmeda, Barrancas fue progresivamente modificando sus objetivos económicos y sociales, en consonancia con los cambios del modelo nacional. A la par, las familias pasaron de economías de subsistencia con fuerte anclaje territorial a unidades cada vez más condicionadas por la lógica del mercado, la tecnificación y las desigualdades estructurales del agro. En cada periodo histórico se configuró un tipo ideal distinto de familia rural, con sus propias formas de trabajo, organización y transmisión intergeneracional.

Esta lectura histórica permitió contextualizar las trayectorias familiares actuales dentro de procesos más amplios de acumulación, exclusión y resistencia. A todo ello se le suma los imaginarios sociales y los propios mandatos familiares que inciden en las trayectorias individuales y grupales. En simples palabras, el sistema familiar es una causa y una consecuencia de los procesos económicos y políticos, los cuales afectaron la dinámica interna y los patrones de la vida familiar, así como el bienestar económico de estas, provocando alteraciones en los roles domésticos y sociales de los miembros (Elder y Caspi, 1988, citados en Meccia, 2020). Es en este marco que se configura una “nueva ruralidad”, que exige superar la dicotomía entre lo rural y lo urbano, y repensar las dinámicas del trabajo, la familia y el territorio en tiempos de modernización.

El avance del capitalismo agrario -profundizado durante el neoliberalismo- generó la expulsión de trabajadores rurales, el despoblamiento del campo y de pequeñas localidades (D’ Angelo y Peretti, 2011). La tecnificación del agro reemplazó los sistemas productivos extensivos por modelos intensivos, para que las características de la producción agropecuaria se adecuen a los



estándares de calidad y esta se integre en el intercambio a escala internacional. Por todo lo dicho, ya no se encuentra fácilmente una familia rural tradicional, en su lugar predominan tierras privatizadas o alquiladas por chacareros de las ciudades más grandes del sur santafecino, lo que intensifica la concentración de las tierras en pocas manos. Este escenario plantea una complejidad para la reproducción generacional y la transmisión de la herencia rural -a diferencia de las primeras etapas- pues estamos transitando un modelo cada vez más excluyente, lo que genera más obstáculos que facilitadores para quienes intentan persistir en los espacios rurales.

Capítulo 2: Reconfiguraciones de la Ruralidad: entre el Pasado Compartido y el Presente Fragmentado de las Familias Rurales

Este capítulo tiene por objetivo describir las experiencias de las familias rurales frente a los procesos económicos y políticos más recientes de la historia argentina, tal como se expuso en el capítulo anterior. En línea con uno de los objetivos de esta investigación se buscó examinar, a partir de las historias de vida, cómo las familias rurales reconstruyen su pasado y comprenden su presente, en el marco de lo que se denomina la “nueva ruralidad”. Para su elaboración, conforme a Meccia (2020), se valoraron las memorias de los/as entrevistados/as, entendiendo que quien cuenta su vida hace una interpretación subjetiva de su propia historia. Estas narrativas, en las que se buscó revelar “el peso del pasado vivido”, reflejan una conexión entre los hechos históricos y las transformaciones en la vida cotidiana, que influyeron en las experiencias y presionaron sobre la direccionalidad de las conductas de estas familias. En otras palabras, la intención es presentar el lado interno de los procesos históricos -desarrollados en el apartado previo- desde el punto de vista del “yo rural”, resaltando los testimonios “desde abajo”.

Puesto que hay potencialidades en las historias de vida para explorar la interrelación entre condiciones estructurales, contextos cambiantes y estrategias personales. Estas permiten indagar cómo las personas construyen respuestas ante



situaciones adversas para sostener su reproducción social y generacional. Estos relatos revelan también formas específicas de organización del trabajo y de la vida familiar, roles asignados por género y edad, así como modos de sociabilidad que configuran límites identitarios dentro del espacio rural. A partir de estas experiencias se confirma que hay una diversidad de configuraciones en las prácticas familiares, atravesadas por diversas expectativas individuales, dentro de un mismo grupo doméstico y productivo. Todo esto ocurre en un contexto marcado por una “nueva ruralidad”, la actual modernización del agro, que impone exigencias nuevas, alentando el éxodo rural y profundizando el desempleo y la exclusión.

Con el fin de organizar el análisis, este capítulo se estructura en tres apartados: el primero referido a cómo interpretan las familias rurales su pasado con relación a la organización del mundo del trabajo y el ámbito doméstico. El segundo se centra en las rupturas y continuidades en los modos de socialización en los territorios rurales. El tercero analiza cómo los sujetos dimensionan los cambios estructurales desde su presente y qué límites identitarios emergen a partir de las propias categorizaciones sociales de los/as entrevistados/as.

3.1 La Familia Rural como Unidad Productiva y Afectiva: Relatos

Fundacionales

En los relatos de las familias rurales, desde los recuerdos de la infancia temprana hasta su adultez, se observa una progresión por etapas marcada por distintas “crisis” que abrieron paso a transformaciones tanto en el ámbito productivo como en el doméstico. La llegada a Barrancas estuvo motivada por el acceso a tierras propias a precios “accesibles”, en donde podrían construir sus hogares. La primera generación recuerda con nostalgia el esfuerzo de los familiares que arribaron a esta localidad, alrededor de 1920, “sin nada” más que su fuerza de trabajo. Dejaron atrás lo conocido, impulsados por políticas estatales que promovían la producción agropecuaria y alentaban la migración hacia los territorios del Litoral Argentino aún despoblado. Además, los precios de los alquileres eran bajos y si tenían entre 70 u 80 hectáreas te daban 10 hectáreas para tener ganadería (Entrevista a R.R., primera generación, octubre, 2023). En



palabras de un entrevistado este fenómeno de migración se produjo por diversos motivos:

“Mi abuelo vino de Italia, era chico cuando vino con los padres. Venían porque allá pasaban hambre. Yo no sé en qué forma lo habían comprado porque vinieron muy pobres de Italia, eran otras épocas y cada uno se pudo hacer de su pedacito de tierra, que era el objetivo que traían ellos. Mis padres siguieron con el campo y bueno hasta ahora sigo yo. Así que ya van tres generaciones que estamos en el mismo campo.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

Para estos pioneros, el progreso se medía por la adquisición de más hectáreas o por el aumento del ganado. Un hito en la consolidación del territorio fue la delineación de los límites entre campos, fruto del avance de la propiedad privada, mediante alambrados contruidos con postes de árboles desmontados, como paraísos y quebrachos. También se levantaban corrales diferenciados por especie de animales y eran acompañados por boyeros que inicialmente eran a batería, se cargaban con un molinillo de viento llamado “dínamo” (que servía también para los elementos del hogar como el televisor o la radio), era una máquina que transformaba la energía mecánica en energía eléctrica. Se construían galpones para el almacenamiento de cereales o maquinaria, los que en las últimas décadas necesitaron ser más grandes por el aumento en los tamaños de los equipos utilizados para la agricultura. Posteriormente, se utilizaron los silos para alimentar a los animales o para almacenar cereales y después se venderlos en el puerto y así evitar depender exclusivamente de las cooperativas.

Así, la estructuración del territorio y del paisaje rural de Barrancas fue producto del trabajo y sacrificio de quienes llegaron sin infraestructura y construyeron incluso sus viviendas habitación por habitación, utilizando saberes de albañilería y recursos naturales que le proveían el propio territorio (Ver anexo, figura 4). J.M., con ya 75 años para el momento de la entrevista, conmemora con mucho orgullo que sus abuelos al llegar al terreno lo primero que hicieron fue construir hornos de barro para fabricar ladrillos (Primera generación, agosto, 2024). Por su parte, los revoques se hacían con barro, los pisos eran de tierra. Más



adelante R.R. explica que agregaban “tosquillas” -piedras con arena que traían de la costa con su padre- al porlán y hacían los pisos (Primera generación, octubre, 2023). En algunos casos, ya existía una casa pequeña a la que se le añadían habitaciones, baños (inicialmente externos), se instalaban cocinas a leña, depósitos para las carneadas, entre otros espacios.

Los “hogares rurales” eran espaciosos a causa de que eran habitados por familias numerosas, en los que convivían varias generaciones. Además, se reunían en ellas también los peones temporarios que muchas veces pasaban a ser considerados parte de la familia. Esto generaba dinámicas de convivencia igualitarias, en las que se compartía una identidad rural común. De igual forma, la producción de alimentos entraba en un “círculo de solidaridad”, accesible para todos: familiares, peones y vecinos. En estas dinámicas sociales no se evidenciaban desigualdades en las jerarquías, puesto que la división del trabajo en el interior de las chacras era incipiente y prácticamente todos/as realizaban todo tipo de tareas. “Todo era de todos”, expresa R.C. (Segunda generación, octubre 2023) que a lo largo de su vida vivió con su familia en espacios rurales de Entre Ríos, migrando a la provincia de Santa Fe en el año 1978, en el que fue experimentando desde su niñez lo que era ser trabajador rural con diferentes patrones, asumiendo tareas y responsabilidades progresivamente, hasta llegar a ser hoy empleado de su suegro y viviendo con su propia familia en el espacio rural. La necesidad de mano de obra para la producción tradicional agrícola ganadera implicó que todos/as aprendieran el oficio rural desde temprana edad: “todos teníamos un rol en la casa que cumplir, ahí no había quien tenía más, quien tenía menos, o por un apellido, o por un nombre, todos comíamos y tomábamos por igual” (Entrevista con R.C., segunda generación, octubre 2023).

Por otro lado, la construcción producto de un gran esfuerzo se extendía también a la obtención de servicios básicos. La electricidad rural, por ejemplo, fue una conquista colectiva lograda en 1997 por medio de la organización vecinal y aportes económicos de estos. De hecho, aún en muchos hogares aún se utilizan faroles a gas en cortes prolongados de energía, por tormentas o falta de mantenimiento de las líneas. Otros elementos que conforman la vida cotidiana



rural son: el gas en garrafas, los calefones eléctricos o a gas, y el molino para el abastecimiento de agua, aunque primero se empleaban pozos, aljibes y bombas manuales. Estos ejemplos demuestran la historicidad de los elementos que funcionan como facilitadores para el cotidiano de los habitantes rurales, y, por otra parte, se puede afirmar que con la ayuda de inversiones y la organización vecinal rural se conquistaron varias “comodidades”. G.R es parte de la segunda generación y él fue testigo de estos avances en las casas rurales y lo describe de la siguiente manera:

“Eran casas en las que vivían siempre muchas familias y era todo a pulmón, no eran las comodidades que hay hoy. La luz en principio, cuando estaban los abuelos, estaban los faroles de kerosene y bueno, después mi papá compró un grupo con un motor que había que ponerlo en marcha todos los días. La luz igual se cuidaba porque las baterías se gastaban, pero bueno, ya era una comodidad al lado de lo otro.” (Segunda generación, mayo, 2024)

En este contexto también cobraba fuerza el trueque. Se intercambiaban alimentos por telas, ropa o mercadería con vendedores ambulantes o entre las mismas personas de la comunidad rural, formando redes solidarias y lazos de apoyo dentro del territorio rural, que garantizaban el abastecimiento sin necesidad de ir al pueblo. Lo que a uno le sobraba le servía a otro y viceversa, para abastecerse de lo necesario y todos “ganaban”. Una pareja rural, que vive en el mismo campo hace más de 30 años, cuenta cómo se fue perdiendo esta dinámica:

“Vos le vendías los huevos y alguna gallina vieja y un pollo ya para comer, entonces con esa platita comprabas si precisabas alguna cosa. Se usaba mucho el trueque en ese tiempo. Y el que ganaba de un lado, ganaba del otro.” (Entrevista con J.M. y A.R., primera generación, agosto, 2024)

De igual modo, la planificación para el autoabastecimiento de alimentos era clave. Con grandes quintas y montes frutales en los que se cultivaban hortalizas y frutas variadas en grandes cantidades (uva, tomate, higo, camote, papa, cebolla, zanahoria, calabaza, ciruela, durazno, naranjas, mandarina,



membrillo, nueces y la lista podría seguir). Un miembro de la familia rural de 75 años lo recuerda explicando que implicó un sacrificio de parte de sus padres, ya que el tiempo dedicado a la construcción y mantención de estas era a “fuerza de pulmón”, una frase que se repite para definir a los trabajos agrícolas a lo largo de los testimonios. Estas se regaban mediante cordones de tierra, por los que se mandaba agua o se baldeaba 3-4 veces por día con ayuda de caballos (Entrevista con R.R., primera generación, octubre, 2023). Las cosechas de estas frutas posibilitaban la producción de mermeladas que duraban años y se convertían en “reservas” que la familia tenía.

Por su lado, las carneadas de cerdos y novillos generaban productos como chorizos, salames, morcillas, codeguines, queso de cerdo, grasa¹⁷ para freír, chicharrón, panceta, bondiola, entre otros. Estos embutidos abastecían a las familias durante todo el año y a todos los iban a participar y ayudar en la misma (Ver anexo, figura 5). Aunque en la contemporaneidad se volvió habitual ir a comprar todo al pueblo, sigue siendo una práctica tradicional que genera previsión en la economía familiar. Dado esto se vislumbra que, a la par de aprovisionar el hogar, ellos/as veían a esta práctica como la transmisión de conocimientos y habilidades para el procesamiento de las carnes. El próximo fragmento tomado de una entrevista con un integrante de la segunda generación lo expresa de la siguiente manera:

“La carneada era medio una tradición, porque se juntaba con algunos parientes, algunos vecinos. En su principio contaban unos tíos que mataban siete u ocho chanchos y se comían dos o tres en la carneada nomás, porque era una forma de juntarse y visitarse. Y también era algo que vos hacías para consumir, que no necesitabas ir a comprar tampoco. Era religioso, se hacía todos los años. Se fueron dejando, porque bueno, la gente se vino al pueblo.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

¹⁷ Incluso con la grasa hacían productos de limpieza como el jabón, que se componía de grasa vieja de cerdo más un líquido que llamaban “alemandi”.



De cara a la llegada de la familia rural estas desplegaron sus tareas productivas, como ya se dijo, se dividieron las responsabilidades entre todos/as los/as integrantes del grupo doméstico. Demostrando una clara división del trabajo, se repartían las tareas del proceso productivo, gracias a ello se lograba mayor eficiencia y producción. Por esa razón era usual que, desde temprana edad, niños/as asuman tareas productivas como parte del aprendizaje familiar. Estos trabajos eran concebidos como formas de colaboración familiar, asumidas con naturalidad y hasta con entusiasmo. Las personas lo visualizaban como un “juego” (Ver anexo, Citas de entrevistas A), pasaba por el hecho de “imitar” a sus padres. Es necesario precisar que, en la mayoría de los casos, los sujetos ingresaban al mundo laboral tras finalizar la primaria, tomando la decisión de trabajar "a la par de sus padres", combinando estudio y trabajo. Al preguntarles a los sujetos con los que se dialogó si hubieran querido terminar la escuela o estudiar alguna profesión sostienen su pasión por el campo y por seguir con las tareas de sus padres. La siguiente cita refleja esto:

“Nosotros vinimos de Entre Ríos con ese afán de trabajar todos. Mi padre trabajaba en la parte de ganadería, mi mamá limpiaba el chalé del patrón y mis hermanos trabajaban en el tractor. Y yo, el más chico, mi primer trabajo, ahí en la estancia Monge, fue trabajar de parquero. Después la familia puso una chanchería, así que era parquero y era chanchero medio día y a la vez me dedicaba a ir a la escuela. Ahí aprendí a manejar un tractor chiquito, así que ahí empezó mi infancia de trabajo. A los 10 años empecé a trabajar de tractorista medio tiempo y cuando terminé la escuela empecé a trabajar tiempo completo.” (Entrevista con R.C., segunda generación, octubre, 2023)

En el plano subjetivo, el trabajo se realizaba, desde la infancia, como una forma de responsabilidad hacia los padres, por respeto y por el deseo de alivianar su carga. Por esto mismo sus decisiones personales y laborales giraban en torno a un beneficio familiar. Esto también explica el compromiso con las tareas de cuidado, especialmente hacia los adultos mayores. Tal como plantea Aguilar (2019), el cuidado es vital e implica tanto acciones materiales como afectivas. La



definición de quiénes son los que reciben y quiénes son los que brindan cuidados¹⁸, y la distribución de estas responsabilidades entre los integrantes de las familias rurales, van dando forma a diferentes esquemas de organización social de los cuidados. Es decir que había roles claramente asignados dentro de la división familiar del trabajo y en la organización de los cuidados en el ámbito doméstico.

Además de las prácticas productivas y domésticas, algunas familias rurales católicas transmitían saberes vinculados a las “curaciones” tradicionales como del: empacho, asoleadura, quemaduras, ojeadura, parásitos, la “pata de cabra”, dolor de muela, recalcadura, incluso curaban la “bichera” de animales, entre otros. Estas prácticas, junto con remedios caseros a base de infusiones y plantas para malestares y lastimaduras, conformaban un entramado de conocimientos ligados a la fe católica (las raíces cristianas del colonialismo), la transmisión intergeneracional y el cuidado. Estos funcionaban como una influencia en las personas brindándoles criterios orientadores para su accionar, promoviendo que sean solidarios entre sí, sobre la base de valorar la caridad hacia el prójimo y el bien común. Este tipo de creencias eran parte de los hábitos familiares. Aunque actualmente se encuentran en proceso de desaparición, en algunos relatos se percibe nostalgia ante la pérdida de ese “don” que no siempre es heredado por las nuevas generaciones.

Lo que respecta a la feminización de tareas en las familias rurales¹⁹ constituye un eje fundamental que merecería, por su complejidad, una investigación específica. Debido a que, desde su niñez, las mujeres eran introducidas a las tareas domésticas como cocinar, lavar, limpiar y planchar, a la vez que eran incentivadas a aprender técnicas de costura, tejido, bordado, dactilografía e incluso, en algunos casos, a participar en labores rurales. En ese marco, en Barrancas, existía la “Escuela del Hogar”, destinada a la formación doméstica femenina, en contraste con la “Escuela de Artes y Oficios”, orientada a

¹⁸ Sin embargo, gran parte de estas tareas no son reconocidas como trabajo ni remuneradas, naturalizándose su carácter gratuito (Aguilar, 2019; Esquivel, Faur y Jelin, 2012).

¹⁹ Vale decir que la herencia operó durante mucho tiempo como un mecanismo de reproducción social profundamente atravesado por relaciones de dominación masculina, donde la transmisión de la propiedad rural recaía casi exclusivamente en los varones (Muzlera, 2009).



los varones. Durante una entrevista, una mujer de la primera generación expresó con pesar el deseo truncado de continuar sus estudios, producto de la negativa por parte de sus padres. Continúa aún hoy en su interior la incertidumbre de qué hubiera pasado si estudiaba, quizás, expresó A.R. de 71 años, esto le hubiese permitido otro estilo de vida u otras oportunidades. La charla a continuación evidencia la diferencia en las posibilidades de elección entre varones y mujeres. Asimismo, da cuenta de una distribución de roles poco convencional, en la que fue criada con mayor cercanía al trabajo rural que su propio hermano:

“A mí nunca me usaron para adentro, yo era para afuera. Porque mi papá quería que yo ande con él, así que yo sabía hacer todas cosas de hombre. En vez de llevar a mi hermano, que era varón, no... él no estuvo nunca en el campo, porque él a los 12, 13, fue a la técnica y ya de ahí decidió. No le gustó el campo... En cambio, a mí me llevaba a todos lados, me acuerdo que me llevaba a hacer alambrado, yo era chica y me hacía hacer una fuerza.” (Entrevista con A.R., primera generación, agosto, 2024)

En definitiva, estos relatos revelan que el rol de las mujeres en el campo abarcaba tanto las tareas de cuidado como también, en muchos casos, labores agrícolas y ganaderas. Si bien su participación no era remunerada, los hombres entrevistados reconocen su trabajo como central, destacando que su retribución llegaba en la división de los beneficios entre los miembros de la familia rural, pues “todo era de la familia”, debido a que se “trabajaba en familia para la familia” (Entrevista con R.R., primera generación, octubre, 2023). Las mujeres trabajaban a la par del hombre, lo reemplazaban para que ellos descansan, conducían tractores, pasaban la rastra y el arado tirado a caballo, mantenían las quintas y cuidaban los animales, ordeñaban, cosechaban papa manualmente, y la lista podría continuar. Su papel multifacético se resume en palabras de R.C. de la siguiente manera: “se dedicaban tanto a la cocina como a tareas del campo como a remendar bolsas, cuidaban la sanidad de los animales, ellas eran los ‘ojos de la limpieza del campo’” (Segunda generación, octubre 2023).

Para terminar con esta arista, la recuperación de las voces de las mujeres reveló la experiencia femenina en el sostenimiento de la familia rural. En la que



se puede advertir cómo esa doble participación en el ámbito agrario y en las tareas domésticas no sólo implicaba un esfuerzo físico constante, sino también un costo emocional difícil de sobrellevar. Ellas mismas expresan las tensiones que atravesaban al dividirse entre el trabajo y el hogar, y el sentimiento de perder momentos significativos con sus hijos/as: “yo del tambo venía corriendo a escuchar si lloraban, iba y venía, iba y venía” (Entrevista con A.R., primera generación, agosto, 2024). En varios casos, los/as niños/as eran enviados a vivir con abuelos/as para acceder a la educación o acompañar a familiares mayores que se quedan sólo en sus hogares. Esto generaba cierta “ausencia” en su crianza y desconocimiento de su desarrollo. La relación entre los padres y los hijos/as entonces estaba atravesada por la actividad productiva, y se vivenciaba así:

“Mi relación con mis padres en un principio se dividió en dos formas distintas: cuando era muy chico la mayoría del tiempo la pasaba con mi madre, mientras que mi padre trabajaba durante el día y algunas veces no tenía la posibilidad de darme la atención o el tiempo para conmigo. Más adelante cuando yo comencé a ayudarlo y luego trabajar con él, nuestro tiempo de padre/hijo se volvió un poco más amplio dando la oportunidad de compartir más cosas.” (Entrevista con A.C., tercera generación, agosto, 2024)

Esto derivó en experiencias de ausencia, delegación y posteriores reencuentros que moldearon la relación entre padres, madres e hijos/as. De este modo, puede observarse cómo la reproducción social de la familia rural no sólo dependía del esfuerzo colectivo en las tareas productivas, sino también de estrategias cotidianas para sostener los lazos afectivos en un contexto de demandas constantes de trabajo. Semejantemente, se destaca la figura de las “parejas rurales”, lejos de ser sólo una unión conyugal, marido y mujer eran un equipo de trabajo. Eran el núcleo inicial de la familia rural y funcionaban como modelo de incentivación para que sus hijos/as tengan una participación activa en la dinámica rural, su meta era dar una suerte de ejemplo que ellos/as seguirían o no. Eran guiados por valores tradicionales y normas de conducta, parte de un entramado moral como: el esfuerzo, el trabajo familiar y el respeto por la tierra y



los animales. Si bien en determinadas tareas la división del trabajo era desigual, en las tareas rurales el trabajo parecería estar menos dividido en la dimensión de género. Estas parejas eran definidas como un “combo”, una unidad productiva (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024).

En otra línea, al llegar los 80’, aumentó la demanda de mano de obra en el ámbito rural, especialmente durante las épocas de campaña. En esos períodos, llegaban al sur santafecino trabajadores provenientes del norte del país, de Entre Ríos y de Santiago del Estero, contratados para realizar tareas específicas como “concuñar” (recolectar) el maíz. Estos trabajadores permanecían durante varios meses, alojados en galpones que les eran provistos por los empleadores. Muchos de ellos, al encontrar mejores oportunidades laborales en la región, decidieron establecerse de forma permanente, formaron sus familias allí y no regresaron a sus lugares de origen. En estas décadas, la vida y el trabajo rural estaban marcados por una diversidad de actores y oficios, como el de los emparvadores, que cortaban con la guadañadora, rastrillaban, amontonaban, levantaban con la horquilla a la chata o acoplado y se hacían así los montones o parva para darle en el invierno alimento a los animales. Cuya tarea fue reemplazada primero por las enfardadoras y, más recientemente, por la producción de rollos mediante tractores y enrolladoras automáticas.

De hecho, antes de la introducción del tractor, el caballo ocupaba un lugar central en la vida rural, no sólo como herramienta de trabajo, sino también como símbolo cultural y emocional. Desde la mirada de los entrevistados, su importancia era tanto productiva como subjetiva: se trataba de un compañero indispensable en las tareas diarias y en los traslados. Las memorias son propias de una primera generación que no contaba aún con otras opciones como medio de transporte, en aquellos tiempos poseían el sulky y/o la jardinera. El vínculo con los animales estructuraba la rutina y la identidad rural, definiéndolo como “el mejor amigo del hombre” -tal como los perros- por su importancia y su conexión con el desarrollo de la historia de vida. Esta figura del caballo fue desplazada progresivamente con la tecnificación del agro. Sin embargo, lejos de ser reemplazado sin más, este persiste como símbolo de una época, un elemento



clasificado como “esencial”, incluso como objeto de afecto y memoria, un símbolo de continuidad y pertenencia:

“Antes se trabajaba todo con los caballos, se araba y sembraba... una cosa indispensable, el que tiene animales lo debe tener sí o sí. Hay gente que no cuenta con animales y lo tienen como una ‘reliquia’. Dependía de lo que vos trabajabas la cantidad de caballos que necesitabas. Iban 5-6 por cada vez que se ataba el arado y se los iba rotando. Cuando se compró el tractor se fueron dejando de utilizar, pero permanecieron igual. Lo que pasa es que ahora te agarran la moto para hacer más rápido.” (Entrevista R.R., primera generación, R.R., octubre 2023)

El avance tecnológico trajo consigo una evolución en cuanto a comodidades y mayor productividad. La compra del primer tractor muchas veces se hacía en sociedad entre hermanos, vecinos o familiares (Ver anexo, figura 6 y 7). Las decisiones de inversión -como esta compra compartida de maquinaria- reflejan estrategias de innovación y colaboración que permitieron sostener la actividad agropecuaria en un contexto de creciente modernización. Esto daba lugar a redes de cooperación que, con el tiempo, podrían derivar en procesos de independencia productiva (Ver anexo, Entrevista B). Por otra parte, es importante señalar que la vida rural se sustentaba en una verdadera “cultura de la experiencia”, conformada por un abanico de saberes prácticos que iban desde la albañilería, la carpintería y la mecánica, hasta el cuidado de animales y el manejo de la maquinaria agrícola. Estos conocimientos, transmitidos de generación en generación, no sólo permitían la autosuficiencia en el ámbito productivo, sino que constituían una forma de capital cultural que otorgaba sentido a las trayectorias familiares y reforzaba los lazos identitarios de la comunidad rural. En este marco, la experiencia adquirida en el hacer cotidiano no sólo funcionaba como recurso para la supervivencia, sino también como herencia simbólica que mantenía vigente un modo particular de habitar y significar el campo.

En consonancia con estas transformaciones, resulta pertinente describir la jornada cotidiana de los trabajadores rurales. Esta comienza muy temprano, con horarios relativamente fijos para algunas tareas, mientras que las demás



actividades suelen extenderse más allá de una jornada laboral convencional. En el mundo rural no existen feriados ni fines de semana, ya que el trabajo está condicionado por las necesidades productivas y el bienestar de los animales. Cuando se trata de labores vinculadas a la ganadería, el día comienza con la alimentación del ganado y el control sanitario de los animales. También se revisa el funcionamiento de los boyeros eléctricos -dispositivos fundamentales en las zonas de pasturas, aguadas y corrales-, ya que una falla en su funcionamiento puede provocar que estos se desplacen fuera de los límites establecidos, se pierdan en los caminos rurales o sufran empaste por el consumo excesivo de forraje. Además, en determinados momentos del año, se realizan tareas específicas como la marcación y señalización de animales -necesaria tanto para el control interno como para la posterior venta en ferias-, y la castración de terneros, comúnmente conocida como la “yerra” (Ver anexo, figura 8).

En pos de facilitar el desarrollo de estas tareas, muchos chacareros optaron por alquilar lotes cercanos a la casa familiar, especialmente aquellos que cuentan con ganado. Estos espacios requieren ser recorridos a diario, utilizando caballos o vehículos livianos para optimizar tiempos. Esta cercanía permite asistir rápidamente ante partos, enfermedades, cambios de pastura, condiciones climáticas adversas, y facilita la logística de traslado de rollos y alimento balanceado, en caso de que la pastura no sea suficiente. Igualmente, cuando los molinos dejan de funcionar y necesitan transportar agua en tanques con los tractores. Del mismo modo, quienes prestan servicios de siembra, fumigación o cosecha también buscan reducir distancias para evitar largos desplazamientos con la maquinaria.

Durante las campañas de trilla, el día comienza con la preparación de la casilla, que contiene las provisiones de alimentos, junto con el acondicionamiento de los elementos necesarios: tractor, carro, repuestos, herramientas y el batán (tanque de gasoil). A ello se suman los camiones que trasladarán los cereales a la cooperativa o al puerto. En el caso de la siembra, la logística es similar: se traslada la casilla, un tractor y un carro cargado con semilla y fertilizante. A esta tarea se



suma la fumigación, que requiere condiciones climáticas específicas, como la ausencia de viento. Por esta razón, suele realizarse en horas de la madrugada.

Todo esto en conjunto iba dando la típica caracterización de los espacios rurales de esta zona, con un hogar y un territorio dispuesto y funcional al uso productivo. Esta forma de organización cotidiana remite a la familia rural tradicional, caracterizada como unidad económica. La producción agrícola involucra a todos sus miembros, y la herencia constituye la base del matrimonio como contrato económico. Las actividades están coordinadas, con un reparto de tareas, donde el deber hacia la familia primaba sobre las aspiraciones individuales. Se unían por una "obligación de solidaridad", no se daba prioridad a la libertad individual, sino a los intereses de la familia (Giddens, 1999/2008; Beck & Beck-Gernsheim, 2003). Como plantea Díaz (1996), ser un sujeto histórico implica estar "sujetado" a las prácticas sociales y discursos de su tiempo. En ese sentido, los imaginarios sociales sobre el rol de cada integrante familiar definían los límites entre lo permitido y lo deseable, moldeando conductas, aspiraciones y formas de vida. Esto claramente permite comprender el entramado complejo que significaba la familia rural que se conformaba en el espacio rural de Barrancas.

3.2 La Metamorfosis del Lazo Social Rural: Memorias de una Sociabilidad en Transformación

La costumbre puede entenderse como una práctica arraigada que se sostiene en el tiempo y se transforma en un modelo de conducta válido y legítimo para una comunidad. Esta se fundamenta en un sentimiento compartido -subjetivo, afectivo- entre sus miembros: una unión de intereses, motivaciones y acciones sociales recíprocas (Weber, 1964/1922). Sin embargo, esta última no debe verse como un simple vestigio del pasado ni como la sombra de la modernidad. Más bien, representa un poder que establece marcos de verdad y acción casi incuestionables, aunque sujetos a transformaciones, subsisten y se restablecen en los ámbitos de la vida (Giddens, 1999/2008). A través de la socialización, los sujetos incorporan valores y creencias que moldean su comportamiento, y este lazo social es lo que mantiene unidos a los individuos entre sí. Como señalaba Durkheim (2007/1893), en los contextos tradicionales prevalecía una solidaridad



mecánica, basada en la semejanza, donde la religión y la tradición actuaban como anclajes de una conciencia colectiva fuertemente compartida entre generaciones.

En este marco, las comunidades rurales históricamente se distinguieron por una intensa interacción y vida social, marcada por encuentros frecuentes entre vecinos, no sólo con fines recreativos, sino también como espacios de debate, cooperación y resolución colectiva de problemas que atravesaban en cada momento. Las familias rurales se reunían con estos, por los que sentían un lazo de confianza mutua, para discutir temas centrales para su vida productiva: el clima, las cosechas, las semillas, la maquinaria, la ganadería. Muchas veces, de estas reuniones surgían acuerdos o “sociedades” para compartir herramientas, alquilar tierras o colaborar en campañas productivas. Este entramado de vínculos puede pensarse también como una expresión del capital social (Bourdieu, 2001/1893), en tanto red estable de relaciones de reconocimiento mutuo, que se manifiesta en la pertenencia a un grupo.

Este capital era clave en la vida rural, redes vecinales como “sistemas de ayuda”, sobre todo cuando los medios de transporte eran escasos, por ejemplo, para llevar a los/as niños/as a la escuela. Las entrevistas recogen con nostalgia la figura del “vecino de antes”: alguien dispuesto a ayudar ante las dificultades. Con el tiempo, estos vínculos comenzaron a debilitarse, atravesaron procesos de ruptura, debido a transformaciones estructurales en el modo de producción y a la progresiva individuación. El paso de una lógica colectiva hacia una más individualista se conectó con la necesidad de contratar mano de obra externa a la familiar, ya que los hijos dejaron de incorporarse naturalmente al trabajo rural. Esto impactó en las formas de socialización, volviéndolas más esporádicas y menos comunitarias. Estas formas de solidaridad siguen vivas y ciertos valores tradicionales persisten y son consideradas por los/as entrevistados/as como parte de “lo que significa ser del campo”.

Con el correr del tiempo, mientras los vínculos vecinales se volvían más esporádicos, otro lugar empezó a cobrar protagonismo en la vida rural: la escuela. Allí no sólo se aprendían letras y números, sino que también se compartían juegos, normas y modos de relacionarse que marcaron profundamente a las infancias de



la primera generación. Porque como lo expresó un entrevistado el espacio rural “era un pueblo... en cada casita tenían siete o hasta ocho hijos” (Entrevista con J.M., primera generación, agosto, 2024). La tercera generación, en cambio, experimentó y se reconoció como minoría en las escuelas del pueblo, lo que generó tensiones identitarias y logísticas (Ver anexo, Entrevista C). Estos relatan cómo asistir a la escuela implicaba desafíos diarios: largas distancias en bicicleta o moto, frío, lluvia y dependencia de un adulto que tenía que estar disponible en los horarios de entrada y salida escolar (mayormente una responsabilidad asumida por las madres).

“Mi experiencia en la escuela rural fue muy buena, a pesar de estar en un sólo salón con chicos de distintas edades y grados. A diferencia de la escuela del pueblo en donde tenía más de dos maestras y los temas eran muchos más avanzados y las formas de enseñanzas eran muy distintas a lo que estaba acostumbrado. Esto me llevó un poco de tiempo para adaptarme y ponerme a la altura de mis nuevos compañeros. Ir a la escuela del pueblo implicaba levantarme mucho más temprano de lo habitual, ya que el vecino que teníamos trabajaba en un corralón y viajaba todos los días, yo lo esperaba con mi bicicleta en el camino de tierra y me llevaba. Luego al terminar las clases volvía en la bici hasta el campo, que está a 8 kilómetros.” (Entrevista con A.C., tercera generación, agosto, 2024)

Por ello, la pérdida de la escuela rural fue sentida como una ruptura profunda por los habitantes de este territorio. Las razones fueron múltiples: la baja densidad poblacional, el deseo de los padres de brindar una educación “de mayor calidad” a sus hijos/as, junto una redefinición del progreso vinculada al ámbito urbano. Este cierre representó también un cambio en los imaginarios familiares - en sus objetivos o proyectos futuros-: los/as hijos/as ya no eran necesarios/as en el campo, sino que se esperaba que se formaran profesionalmente. Se puede decir que estos cambios estuvieron vinculados a que en los espacios educativos los/as niños/as se relacionaron con compañeros/as con otras trayectorias de vida y con intereses vinculados a las tecnologías o al exterior (como conocer ciudades), aumentando el valor de pasar más tiempo en espacios públicos del pueblo. En la



próxima entrevista se revela la experiencia de los padres en cuanto a lo antes dicho:

“Hace un montón de años cerró la escuela rural, no dio oportunidad a que las nuevas generaciones vayan. Por ahí a lo mejor, también vimos que la enseñanza rural a lo mejor no iba a ser la misma que en el pueblo. Los chicos no tenían tantas obligaciones de ayudar a los padres en el campo, entonces se dedicaban más al estudio. Ellos ni tenían que elegir, a mí me dieron a elegir si quería ir a cuidar chanchos o seguir estudiando, y yo me fui a trabajar porque no me gustó nunca estudiar.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

De manera complementaria, si la escuela representaba un nodo de socialización en la cotidianeidad, el domingo condensaba el tiempo excepcional: ese momento en que la comunidad se reencontraba, al margen de las obligaciones laborales, representaba la pausa en la rutina productiva. En el hogar se dedicaban a pasatiempos como: escuchar la radio, que en algunas ocasiones pasaba novelas; veían el televisor en blanco y negro, con unos pocos canales disponibles; escribían cartas a familiares y amigos; es más algunos se inclinaban hacia el aprendizaje de instrumentos (como guitarra, acordeón, armónica, bandoneón). Cuando organizaban reuniones con familiares y vecinos disfrutaban de: juegos de mesa con cartas, como “la taba”, partidos de fútbol o de bochas, entre otras actividades recreativas (Ver anexo, Entrevista D). Algunas veces iban al cine que había en Barrancas o a boliches en los espacios rurales. Estos encuentros fortalecían el lazo vecinal y daban sentido a la pertenencia territorial. Incluso eventos como carneadas o yerras eran celebraciones colectivas, en los que se prestaba a bromas y cuentos, destrezas con los animales, música y baile (Ver anexo, figura 9). En resumidas cuentas, los vecinos y los domingos son dos categorías que podría decirse se relacionan según los relatos de los/as entrevistados/as:

“Frente a la escuela rural, ahí había un boliche, con chapa y madera en los pisos. El ‘Boliche Pagano’ le decían, había cancha de bocha y cancha de fútbol. Y después hicieron pistas, hacían fiestas y bailes. También hubo para el lado de Jorge Calvet un galpón, pero todo de tierra, y ahí se hacían



picnics. Pasaban música, bailaban todos.” (Entrevista con J.M., primera generación, agosto, 2024)

En la actualidad, el debilitamiento de la sociabilidad rural se expresa en una tendencia hacia la resolución individual de los problemas, lo que implica la erosión de aquellas redes de contención que históricamente sostenían el entramado comunitario. Este proceso se articula con el éxodo rural, fenómeno recurrente en la región y determinante en la transformación de las dinámicas de socialización. Sus causas remiten, por un lado, a los cambios estructurales en el agro argentino y a la creciente especialización de las tareas, que redujeron la demanda de mano de obra; y, por otro, a la persistente brecha en el acceso a infraestructuras y servicios básicos en los espacios rurales. A ello se suman factores socioculturales, como la migración juvenil, la inserción laboral femenina en ámbitos urbanos y la reconfiguración de las aspiraciones familiares, expresada en el deseo de los hijos e hijas de que sus padres abandonen el trabajo rural para que “descansen”.

Esto revela que los lazos sociales rurales, antes estructurados en torno a la cercanía, la solidaridad cotidiana y la repetición de prácticas colectivas, han atravesado un proceso profundo de transformación. La vecindad, la escuela rural, las fiestas comunitarias y los vínculos de cooperación productiva tejían una red densa de sentido, sostenida por una lógica de pertenencia territorial. Sin embargo, los cambios estructurales en el agro, la modernización de las formas de vida y el éxodo progresivo hacia lo urbano erosionaron esas formas de sociabilidad, dando lugar a vínculos más fragmentados y a trayectorias vitales más individualizadas. Esta metamorfosis no implica una desaparición total, sino una reconfiguración. En este sentido, se trata de huellas de sociabilidad que, aunque debilitadas, continúan funcionando como referentes de identidad territorial y de pertenencia colectiva.

Como sugiere Giddens (1999/2008), la “modernidad tardía” impone una vida más reflexiva y abierta, donde la identidad ya no está garantizada por la tradición, sino que debe ser construida activamente por cada sujeto. Estos procesos tensionan las formas tradicionales de socialización y ponen en cuestión la cohesión comunitaria, generando presiones que afectan directamente a los



modos de vida rural. Los cambios alcanzan la vida privada y llevan a preguntarse cómo se conciben a sí mismos los actores rurales, qué compromisos morales asumen, cómo forman lazos y se relacionan con los demás. Este contexto de “destradicionalización” abre posibilidades de mayor autonomía y libertad de acción, aunque de manera desigual, con resistencias, incertidumbres y decisiones difíciles que a menudo derivan en crisis en el ámbito familiar y comunitario.

3.3 La Reestructuración del Trabajo y la Identidad Rural Frente a la Capitalización Agraria

El debilitamiento de los lazos comunitarios y el éxodo rural no pueden pensarse de manera aislada, sino en estrecha relación con las transformaciones que experimentó el mundo del trabajo agrario. La progresiva capitalización del agro no sólo reconfiguró la estructura productiva, sino que también impactó en las formas de vida, en las expectativas familiares y en la identidad rural misma. De hecho, la percepción de las familias rurales sobre el actual escenario -definido conceptualmente como “nueva ruralidad”- se encuentra atravesada por estos procesos que han ido desestructurando de manera progresiva muchas de sus prácticas tradicionales. En este marco, diversos autores señalan la existencia de una “crisis de la agricultura familiar”, caracterizada por la coexistencia de una agricultura altamente excluyente con estrategias de subsistencia orientadas a resistir frente a condiciones cada vez más adversas (Neiman, 2010).

En presencia de esta presión estructural, se diversificaron las fuentes de ingreso, por ejemplo, muchos chacareros se dedican simultáneamente a la agricultura y la ganadería, alquilan algunas de sus tierras o brindan servicios agrícolas. Todo ello con el objetivo de minimizar riesgos, sostener un nivel de vida aceptable, garantizar su reproducción familiar, y, en algunos casos, simplemente conservar la propiedad de la tierra. Este fenómeno no puede comprenderse sin considerar el contexto de globalización que transformó radicalmente el mundo del trabajo y la subjetividad de los actores rurales, creando un mundo de ganadores y perdedores, con una creciente desigualdad. En palabras de Giddens (1999/2008), estamos ante una “sociedad del riesgo”, en la cual los peligros ya no son percibidos como inevitables, sino como probabilidades que



deben gestionarse, es una dinámica movilizadora de una sociedad con un compromiso activo con el futuro.

En este marco, la agricultura intensiva, anclada en el modelo capitalista, se rige por una lógica en la que la eficiencia, la velocidad y la rentabilidad constituyen mandatos ineludibles. Desde esta perspectiva, el retorno a modelos tradicionales se vuelve prácticamente inviable. El punto de inflexión fue la incorporación masiva de la soja transgénica, que operó como un catalizador de transformaciones estructurales y marcó rupturas significativas en las dinámicas laborales del agro. Como señala Villulla (2010), su expansión no sólo modificó el cultivo predominante, sino también las herramientas empleadas y los tiempos que regulan la jornada rural. A partir de su consolidación, el trabajo se desligó de los ritmos humanos y naturales para someterse a los imperativos de la productividad. Este cambio se expresa, por ejemplo, en que hoy se siembra y cosecha incluso bajo condiciones meteorológicas adversas; se utilizan varias máquinas de manera simultánea; se reducen los tiempos de descanso y alimentación; y se prioriza “no perder tiempo” por sobre cualquier otro aspecto.

Este mandato de eficiencia y de intensificación del trabajo genera consecuencias tanto materiales como simbólicas: deterioro de caminos rurales, mayor riesgo de accidentes, desgaste físico y emocional de los trabajadores y daños frecuentes en la maquinaria. De este modo, la lógica productivista reemplaza paulatinamente el vínculo histórico con la tierra por una relación instrumental orientada casi exclusivamente a la rentabilidad, desplazando a la ganadería como eje productivo -tal como se señaló en el primer capítulo. Se impone así un orden en el que lo urgente prima sobre lo importante y donde la satisfacción por el trabajo realizado cede ante la presión constante de “no perder”. La productividad deja de ser un mero criterio técnico para transformarse en una exigencia permanente que atraviesa la vida laboral y penetra en la dimensión humana (Ver anexo, Entrevista E). Esto hace que tomen decisiones productivas como las siguientes:

“Siempre nos dedicamos a la agricultura y la ganadería, ahora estos últimos años fue agricultura solamente, porque la ganadería se me hacía



medio imposible atender. Por ahí se me complicaba, entonces me dediqué al cultivo de cereales. La soja fue un clic que cambió un montón de cosas, incluso se alquilaron campos, se vendieron, cambió el sistema de trabajo y el sistema de vida. La ganadería si bien se siguió teniendo mientras que se pudo, pero necesitaba más tiempo para atenderlo. El animal hay que estar todos los días por el agua, por los potreros, por la comida, hay que estarle más encima. Entonces la soja fue más ‘liberal’.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

La presión productivista no puede comprenderse de manera aislada, sino en articulación con las condiciones estructurales que regulan el acceso a la tierra. En este punto, el sistema de arrendamiento vigente se convierte en un engranaje central de la transformación del agro familiar, al trasladar el riesgo productivo y económico enteramente sobre los pequeños productores. Mientras en el pasado los acuerdos de arrendamiento se basaban en porcentajes de la producción -lo que suponía una forma de riesgo compartido-, con el avance del modelo sojero se impuso el pago anticipado en quintales de soja. Este mecanismo, causante del endeudamiento y fundición de algunas empresas rurales familiares, elimina el riesgo para el propietario, trasladando toda la incertidumbre al productor que alquila. Desde comienzos de los 2000, con la soja como nuevo patrón de referencia (Iorio y Mosciaro, 2013), se consolidó así una forma de relación contractual que no sólo incrementa el endeudamiento -por el pago por adelantado, combinado con la volatilidad de los precios y el aumento del costo de los insumos, lo cual acelera procesos abandono de tierras-, sino que erosiona la capacidad de reproducción social de las familias rurales. Como advierte Bourdieu (2011/1970), la mercantilización de la tierra transforma un bien históricamente ligado a identidades y vínculos comunitarios en un simple activo financiero, intensificando la lógica instrumental que ya se visibiliza en la esfera productiva.

En continuidad con el análisis sobre la reestructuración del trabajo agrario y la capitalización productiva, la investigación permitió identificar un entramado complejo de nuevos actores sociales que configuran el mundo rural actual. Este escenario se organiza en torno a lo que puede denominarse “cadenas



agropecuarias” (Gras y Hernández, 2013), en las que intervienen múltiples sujetos más allá de la figura clásica del trabajador rural o del chacarero. Un cambio significativo en este marco fue la decisión de ciertos empleadores de registrar formalmente a sus trabajadores, motivados no sólo por exigencias legales sino también por la preocupación por el “daño moral” que implicaría, dentro de una localidad pequeña, ser percibido como un mal empleador. Este aspecto muestra cómo, en comunidades como Barrancas, el trato hacia los trabajadores se encuentra mediado por formas de control social comunitario, es valorado socialmente, y de capital simbólico que operan como reguladores de la práctica.

Paralelamente, conforme el agro se tecnificó y capitalizó, emergieron nuevos perfiles laborales: camioneros, trabajadores de silos, técnicos en fumigación, operarios de maquinaria, prestadores de servicios de rollo o molienda, camioneros, trabajadores de silos y cortadores de malezas, entre otros. Este conjunto de figuras expresa la diversificación del trabajo rural y da cuenta de una ruralidad pensada como espacio de articulación entre saberes especializados, servicios y nuevas formas de ocupación. De esta forma, la noción de nueva ruralidad se materializa en un entramado heterogéneo de sujetos y prácticas que excede las categorías tradicionales de chacarero y peón.

En este entramado, la diversificación de actores no se limita a la incorporación de nuevos oficios y servicios, sino que también se profundiza en la relación con profesionales especializados. La figura del ingeniero agrónomo y del veterinario, mencionados de forma recurrente por las familias entrevistadas, se ha vuelto indispensable en la dinámica rural contemporánea. Los primeros aportan recomendaciones sobre semillas, fertilizantes y agroquímicos, además de orientar en la selección de proveedores y en el manejo técnico de la tierra; mientras que los segundos cumplen un rol clave en los sectores ganaderos aún vigentes, desde diagnósticos sanitarios hasta prácticas específicas como cesáreas, vacunaciones o sugerencias sobre razas y circuitos de comercialización. A ello se suma la relevancia de los mecánicos, tanto en el mantenimiento y reparación de la maquinaria agrícola como en el asesoramiento sobre repuestos y empresas proveedoras. De este modo, el mundo rural aparece configurado por una red de



interdependencias en la que confluyen actores de distinta procedencia, revelando una ruralidad cada vez más tecnificada y articulada en torno a saberes especializados.

Conjuntamente aparece una nueva dimensión de trabajo menos visible pero central: el ámbito administrativo y contable. Los titulares de las explotaciones familiares deben contratar contadores para sobrellevar lo que denominan la “burocracia rural”, que comprende una extensa red de impuestos, retenciones, trámites legales y planificación fiscal. Estas decisiones, si bien involucran actores externos, continúan siendo supervisadas por las familias, que no delegan completamente el destino de su producción, aunque reconocen la creciente complejidad del entorno y la necesidad de un apoyo profesional en su gestión. Desde este punto de vista, el diálogo constante entre saberes tradicionales y conocimientos técnicos especializados constituye un rasgo distintivo del “nuevo espacio rural argentino”. La valoración del asesoramiento profesional convive con la centralidad de la experiencia práctica y del conocimiento empírico, configurando una ruralidad donde lo técnico no sustituye, sino que se entrelaza con la herencia cultural de las familias. En este marco, la segunda y tercer generación -que continúa con esta “herencia laboral de responsabilidades”- reconoce que, a pesar de los años, siguen motivados a aprender y cuentan esta experiencia de la siguiente manera:

“En el transcurso de tu vida, desde que vos arrancaste, a veces puede haber errores, es una ‘prueba error’. Yo sin tener más que la primaria siempre me gustó aprender. Porque el ingeniero viene y te saca de una duda, pero después la misma experiencia ya te va llevando. Yo creo que el mejor ingeniero de tus cosas tenés que ser vos. Hay productos nuevos, cosas peligrosas que vos tenés que saber usar y ser responsable de cómo hacer el trabajo. Son tecnologías que ya han venido para quedarse. Por eso todo te va llevando a aprender, a estudiar y hay gente capacitada también para que te enseñe.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Otro de los ejes que emergieron con fuerza a lo largo de este estudio tiene que ver con dos preocupaciones centrales expresadas por quienes llevan décadas



desempeñándose en el mundo agropecuario: ¿quiénes continuarán con el legado familiar en el campo? y ¿qué pasará con la vida rural tal como la conocieron?. Estas preguntas condensan una incertidumbre profunda sobre el presente y el futuro del “campo santafesino” en un escenario marcado por la capitalización del agro y la transformación de sus estructuras tradicionales, que también modificaron las identidades rurales. En Barrancas, muchas familias perciben que su territorio ha sido “invadido” por nuevos actores que no forman parte de la comunidad local ni poseen experiencia campesina. La figura de los “de afuera” aparece con vigor en los relatos como un marcador identitario, que los propios actores rurales utilizan para trazar fronteras simbólicas entre quiénes son “de campo” y quiénes no lo son. Esta distinción no se limita a una simple oposición entre lo local y lo externo, sino que expresa un proceso más amplio de redefinición de pertenencias, donde la herencia, la memoria colectiva y el conocimiento empírico se enfrentan a la irrupción de lógicas empresariales y financieras, en un escenario crecientemente heterogéneo.

Desde una lectura territorial e histórica, estas mutaciones no sólo afectan el trabajo rural -marcado ahora por la diversificación, la flexibilidad y la tercerización de servicios-, sino también las microeconomías familiares y las identidades colectivas. Dan lugar a procesos de movilidad unidireccionales que reflejan la direccionalidad del desarrollo: del campo al pueblo, del pueblo a la ciudad, de las ocupaciones agrícolas a los trabajos urbanos. Lo que antes era percibido como un estilo de vida transmitido de generación en generación hoy aparece amenazado por una lógica de acumulación que prioriza el rendimiento económico por sobre la pertenencia territorial. El valor simbólico de “ser del campo” se encuentra así en tensión frente a la figura emergente del “productor empresario”, que, aunque opera en el mismo espacio, no comparte ni la historia ni los valores tradicionales del trabajo agrario. Este desencuentro se traduce en una diferenciación simbólica clara en los relatos locales: no todos los productores rurales son percibidos como iguales. Mientras unos son reconocidos como “gente de campo”, portadores de memoria, experiencia y continuidad familiar, otros son definidos como quienes simplemente ven en el agro una oportunidad de inversión, cuya relación con la tierra se reduce a una lógica de explotación y renta (Ver



anexo, Entrevista F). Los “colonos”, como se denominan a sí mismos, revelan un malestar intergeneracional, al expresar tanto la preocupación por el futuro del legado familiar como la crítica a los nuevos modos de acumulación:

“Yo no digo que no estudien, pero que no abandonen si los padres le dejaron algo. Tienen las herramientas, tienen todo, lo podrán seguir trabajando y ellos dirigirlos. No darlo a trabajar a otros, oportunistas, esos grupos de contratistas que te alquilan el campo, que vienen de afuera y te agarran y trabajan mil o dos mil hectáreas y no tienen ni un empleado. Así se termina la gente de campo, no queda nadie. Campesinos que puedan comprar campo ya no quedan, pueden comprarlos médicos, gente así que lo hacen trabajar” (Entrevista con R.R., primera generación, octubre, 2023)

Considerando todo lo anterior, puede afirmarse que se ha producido una reducción significativa en la demanda de mano de obra rural. La incorporación de maquinaria de última generación y el avance tecnológico en las tareas agropecuarias sustituyeron muchas funciones humanas, derivando en la desaparición de numerosos puestos de trabajo. Paralelamente, se incrementó la necesidad de trabajadores con formación técnica y profesional, lo que genera un nuevo criterio de exclusión para quienes no cuentan con dicho capital educativo. Resulta que la primera generación es la que más reconoce que el conocimiento empírico -antes transmitido intergeneracionalmente como un saber legítimo- ya no resulta suficiente para enfrentar los desafíos contemporáneos del mundo agrario. En consecuencia, quienes trabajaron toda su vida en el campo encuentran crecientes obstáculos para reinserirse laboralmente en otros rubros, mientras que aquellos que permanecen lo hacen bajo una reconfiguración de sus jornadas marcada por la pluriactividad, el empleo parcial y las changas. Estos ajustes responden también a las nuevas metas individuales que emergen en el seno de las familias rurales, en un contexto atravesado por desigualdades en el acceso a bienes, servicios y proyectos de vida. Dicho en las palabras de los entrevistados partes de la segunda generación atravesados por estos requisitos laborales:



“Yo creo que se fue perfeccionando la maquinaria y no las personas. Entonces, la maquinaria superó a la persona, porque son cada vez más sofisticadas y se necesita gente con estudios para manejarlas. O sea que la maquinaria ha progresado mucho más que la gente. Antes se podía trabajar aprendiendo por la experiencia que bajaba de los padres y abuelos. Hoy ya necesitan más estudios. Ahí hay diferencias, lo que le enseñamos a nuestros hijos con nuestra experiencia no es suficiente. Sí sirve también, pero son dos cosas distintas.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

Las condiciones actuales en las que se desenvuelven los productores agropecuarios reflejan un escenario de profunda incertidumbre, donde convergen factores estructurales y contingentes. A la presión ejercida por el modelo productivo capitalizado se suman la volatilidad de los precios internacionales, fenómenos climáticos extremos y la aparición de plagas, virus y malezas resistentes, elementos que escapan al control individual y evidencian la fuerte dependencia del sector frente a decisiones macroeconómicas y del clima. En este contexto, las unidades productivas enfrentan riesgos que pueden traducirse en la pérdida total de cosechas o ganado, reducción de personal, endeudamiento o incluso la desaparición de la explotación, cuando se recurre a créditos para solventar contingencias. La experiencia concreta de los productores muestra que, pese a la información y la previsión, la estrategia disponible consiste en apostar a la rentabilidad de la inversión, aun frente a la incertidumbre estructural. Las experiencias ante los requisitos de la lógica productiva actual se reflejan con claridad en los relatos:

“Hay que tener cierta cantidad de hectáreas para que sea rentable y también la división de herencias ha hecho que cada vez sea más difícil poder subsistir con pequeñas hectáreas. De todos modos, la parte impositiva no ayuda a que alguien quiera permanecer, porque no hay diferencias. Ayudaría que, si tengo poco pago menos, distintos índices de pago, evitaría por ahí que se hayan ido tantos. Hoy en día con eso tampoco volverían,



porque se ha ido desarraigando tanto que es más difícil volver a permanecer.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

“Los abuelos que vinieron de Italia venían a producir alimentos, o sea que no estaban tan equivocados. Hoy el campo argentino produce para muchos millones gracias a esos viejos que vinieron a mover las tierras en esa época. También en ese momento lo hacían por necesidad, porque no tenían para comer, hoy lo hacen por conveniencia, todo negocio.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

Este relato permite analizar un desplazamiento en las motivaciones y en la identidad productiva: de una práctica vinculada a la necesidad vital y al abastecimiento alimentario, hacia una lógica orientada a la rentabilidad económica y a la inserción en el mercado global. La evocación de los “abuelos italianos” funciona como una memoria de legitimación, pero también como contraste con la percepción de un presente en el que el trabajo rural se asocia crecientemente a un negocio despersonalizado, menos vinculado a un proyecto de vida familiar. En este contexto adverso, se vuelve aún más visible la importancia simbólica del territorio como espacio de identidad, pertenencia y herencia familiar. Pese a las múltiples dificultades, los entrevistados que continúan en la actividad sostienen que sólo abandonarían el campo por razones de enfermedad, edad avanzada o imposibilidad económica concreta. Aun así, reconocen la importancia de incentivar a sus hijos/as a acceder a la educación formal, priorizando la libertad de elección frente a la continuidad obligatoria en la explotación familiar. En los testimonios se evidencia cómo las decisiones familiares responden a la conciliación entre la actividad productiva y las necesidades educativas de los hijos/as:

“Realmente el campo tuvo muchas épocas jodidas que no daban ganas. Por eso te digo, tenés que ser muy del campo y querer mucho el campo, porque también a veces las presiones impositivas, vos trabajar y que te cobren tantos impuestos, tantas cosas que te sacan. Y por eso los mismos padres, que se vinieron al pueblo, han optado porque sus hijos estudien y hagan otra cosa.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)



“Nos vinimos al pueblo en el año 90’, hace 30 años, y seguí trabajando en el campo aún teniendo la casa acá. Venirse del campo fue por los hijos, que era imposible traerlos todos los días a la escuela. Más adelante yo puse un empleado para poder hacer las cosas, porque hay cosas que necesita más de una persona para hacer. Ella [la esposa] me ayudó un montón de años, pero a ella la necesitaban más los chicos que yo en el campo.” (Primera generación, R.D., septiembre, 2024)

Pese a las dificultades y los cambios estructurales que atraviesa el agro familiar, muchos de los/as entrevistados/as destacan que su esfuerzo fue “compensado”. Esta percepción se vincula tanto a logros materiales -acceso a vivienda propia, vehículos, educación de sus hijos/as, vacaciones- como a recompensas simbólicas asociadas al reconocimiento social y familiar de su trabajo. Estos avances fueron posibles, en parte, gracias a la formalización del trabajo rural en las últimas décadas, que habilitó derechos laborales previamente negados y proporcionó cierta estabilidad económica. La regularización laboral permitió a las familias proyectar a mediano y largo plazo, apostando a la educación terciaria o universitaria de sus hijos/as, y contribuyó a fortalecer el capital social y cultural de las nuevas generaciones (Ver anexo, Entrevista G). La importancia de este logro se refleja en los relatos de los protagonistas. R.C. (segunda generación) manifiesta:

“Yo tenía una meta: ayudar a mis viejos. Así que gracias a esos trabajos que hice de muy chico, íbamos guardando la plata y logramos comprar una casita en el pueblo, en Maciel. Entonces como que me siento satisfecho en no haber estudiado, simplemente haber trabajado para ayudar a mis viejos a comprar la casita. Eso creo que fue una de las grandes recompensas.” (Octubre, 2023)

De manera complementaria, G.R. (segunda generación) enfatiza la dimensión intergeneracional de este reconocimiento:

“Y por ahí mi papá se jubiló y ya tiene que descansar. Demasiado sacrificio ya hizo todo el tiempo para encaminar las cosas, y ahora nosotros los más



jóvenes tratamos de mejorar, sobrellevar y seguir la misma herencia de gente de trabajo. Porque no hay que olvidarse que nuestro abuelo también ha hecho un sacrificio bárbaro para llegar a comprar esas tierras que nosotros estamos trabajando ahora. Hay que valorar mucho porque hoy aun trabajando un montón comprar una tierra es medio inalcanzable. Y los abuelos con ese aradito -que lo reparaban ellos con la ‘fragua’- llegaron a tener estos campos propios.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Finalmente, estos testimonios permiten reconocer que la transformación del espacio rural argentino ha tenido una fuerte incidencia en la vida cotidiana, las trayectorias laborales y las identidades familiares rurales. La nostalgia por el pasado, los cambios en la organización productiva, la incorporación de tecnologías, el desplazamiento simbólico de quienes no “son del campo”, la incertidumbre del futuro y el deseo de continuidad atraviesan esta coyuntura histórica. El modelo productivo dominante ha ido dejando atrás la figura del pequeño productor familiar, desestructurando las bases del trabajo rural tradicional y generando nuevas formas de habitar, representar y vivir el campo. Esto implicó una transformación en la idea de progreso y en las formas de realización individual, marcando una ruptura con los objetivos heredados de la familia rural. Desde una perspectiva teórica, estos procesos evidencian cómo la modernización y la capitalización del agro no sólo reorganizan la producción y el trabajo, sino que también resignifican los lazos comunitarios, la identidad territorial y las expectativas de continuidad generacional, articulando desafíos materiales y simbólicos en la construcción de la “nueva ruralidad”.

En síntesis

A partir de lo analizado en los relatos de quienes experimentaron las transformaciones del agro, desde una mirada situada y social, es posible reflexionar que los hechos históricos no sólo configuran estructuras abstractas, sino que se vuelven tangibles en los comportamientos, las decisiones y trayectorias que las personas y que las familias rurales construyen para el desarrollo y continuidad de su historia. En este capítulo se exploraron las razones



por las que las personas llegaron a la vida rural, cómo fue su cotidianidad en las distintas etapas del desarrollo agropecuario, cómo se alteraron sus costumbres, qué prácticas mantuvieron, cuáles transformaron o abandonaron, y cómo evalúan hoy esos cambios.

Consecuentemente se pone en valor la memoria como herramienta para comprender las formas actuales de vivir y pensar lo rural, y para reconstruir las principales reconfiguraciones que experimentaron estos actores sociales. En las que se evidencia una transición desde formas de sociabilidad tradicionales, marcadas por el trabajo familiar y la cohesión comunitaria, hacia vínculos más fragmentados, mediados por la individuación y las nuevas exigencias del sistema productivo. A través de sus historias de vida, emergen sentidos de pertenencia, mandatos familiares, formas de organización doméstica y relaciones de género que se resignifican ante los cambios. Por ende, la familia, como primer núcleo de sociabilización, permitió reconocer la existencia de un “saber rural” -un aprendizaje por medio de la experiencia, la “prueba-error”, la observación e imitación- transmitido intergeneracionalmente. Es decir que el conocimiento se construía desde una “cultura de la experiencia”.

Tras atravesar procesos de rupturas y continuidades, las familias rurales reconfiguran actualmente su relación con los espacios rurales y, en muchos casos, con lo urbano, ya sea residiendo allí o considerando esa posibilidad. La primera generación ha transferido tierras, maquinarias y responsabilidades productivas a sus herederos; algunos han tercerizado trabajos, otros han optado por alquilar sus campos o mantener pequeñas producciones de autoconsumo. Hoy, observan cómo sus hijos/as y nietos/as crecen con mayores libertades y oportunidades para decidir su destino, dentro o fuera del campo. Esto se entrelaza con transformaciones estructurales de la economía, cambios culturales y la expansión de proyectos personales impulsados por la globalización.

En este contexto, la segunda y tercera generación busca reversionar la herencia recibida a los desafíos contemporáneos para gestionar la empresa rural en un entorno marcado por la incertidumbre. Asimismo, los relatos evidencian el surgimiento de una identidad colectiva que se construye a partir de un “nosotros”



diferenciado y de la delimitación de los “otros”, percibidos como invasores del espacio rural actual. En síntesis, el pasado y el presente coexisten en un horizonte de tensión: los legados heredados conviven con la redefinición de la vida rural y la necesidad de equilibrar continuidad, innovación y autonomía. Esta reflexión permite comprender la ruralidad contemporánea como un espacio de negociación entre memoria, identidad, capital social y estrategias de supervivencia económica, donde la construcción del “ser del campo” se redefine constantemente.

Capítulo 3: Transformaciones Actuales en las Familias Rurales: Estrategias, Rupturas y Sostenimientos Comunitarios.

El capítulo anterior, a partir de una periodización de experiencias de la agricultura familiar pampeana, permitió comprender los procesos de persistencia, las dinámicas de reproducción social, la diferenciación entre grupos y la importancia de las redes de apoyo en el territorio. Sobre esta base, el presente capítulo se estructura en torno a dos objetivos específicos de la investigación, abordados de manera articulada debido a su estrecha interrelación: el análisis de las estrategias desplegadas por las familias rurales y el reconocimiento del capital social y cultural presente en sus trayectorias.

En primer lugar, se indaga en las biografías de las familias rurales para identificar las estrategias -económicas y domésticas- que las distintas generaciones implementaron frente a las transformaciones estructurales del agro. Estas estrategias permitieron persistir, redireccionar o incluso fortalecer las empresas rurales familiares, ajustándose a las exigencias de la modernización. La reorganización familiar implicó modificaciones en la dinámica cotidiana y en los roles tradicionales, procurando preservar la unidad del grupo y mejorar la calidad de vida, a la vez que se consideraban los proyectos e intereses personales de las nuevas generaciones. En este marco surge la denominada “generación del quiebre”, que, según Meccia (2020), vivió una “metamorfosis biográfica” marcada por redefiniciones identitarias familiares. Entre estas estrategias, la pluriactividad se destaca como una técnica moderna de reproducción social: la



combinación de actividades agrícolas con trabajos asalariados urbanos permitió diversificar ingresos y reducir la dependencia exclusiva del trabajo agropecuario, generando transformaciones significativas tanto en la estructura familiar como en los sentidos atribuidos a la vida rural.

En segundo lugar, se analizó la presencia de capital social y cultural en las trayectorias desarrolladas en estos espacios. Este enfoque permite comprender la realidad social a partir de las significaciones y representaciones que los actores construyen, constituyendo el “mundo social concebido” (Meccia, 2020). Los capitales incorporados en cuerpos y prácticas forman parte del *habitus* rural y son recursos fundamentales para resistir procesos de expulsión del agro. A diferencia de los bienes materiales, el capital cultural no se transmite automáticamente, sino que se construye a lo largo del tiempo, muchas veces de manera inconsciente, mediante la experiencia, la práctica y la socialización. La búsqueda de estrategias para continuar en el tiempo activa redes sociales clave para sostener la vida en el campo: los vínculos entre familias, vecinos e instituciones locales funcionan como facilitadores frente a los desafíos del contexto actual adverso, con alternativas al éxodo rural y a la pérdida de la herencia productiva. Estos procesos de transformación se desarrollan en un contexto en el que los roles del Estado y del mercado han cambiado. Las instituciones que conforman el entramado rural se ven tensionadas por las demandas de los actores locales, quienes exigen un papel más activo del Estado como mediador y garante de derechos, y como facilitador de la continuidad de los lazos sociales y de la solidaridad comunitaria. Esta situación evidencia la invisibilización de pequeños y medianos productores, así como de muchos habitantes rurales, cuyas voces y necesidades no son plenamente consideradas en las decisiones estructurales que impactan sus modos de vida.

4.1 Reconfiguraciones en las Familias Rurales de Barrancas: Pluriactividad y Género

Con la consolidación de la nueva modernidad agraria se redefinieron las reglas de juego y las condiciones de reproducción del modelo agroexportador. Este proceso implicó reestructuraciones profundas en la vida cotidiana, económica y social de las familias rurales, que debieron desplegar diversas estrategias para



sostenerse en el tiempo, transformando a la vez sus lógicas de organización doméstica y su relación con el trabajo. Diversas perspectivas teóricas advierten que, desde inicios del siglo XXI, los cambios estructurales habrían erosionado la configuración de la familia tradicional. En este sentido, Beck y Beck-Gernsheim plantean que una de las principales rupturas se produce cuando la familia deja de funcionar como “unidad laboral y económica”, dando paso a un proceso de individuación que flexibiliza los vínculos, redistribuye las responsabilidades familiares y modifica la transmisión intergeneracional de las formas de vida (2003).

Ante estos cambios, emergieron dinámicas de reconfiguración y resistencia que se expresaron tanto en las prácticas agropecuarias como en la pluriactividad rural. Las familias comenzaron a articular nuevas combinaciones entre el trabajo agrícola, las actividades no agrarias, el empleo urbano y las redes sociales de apoyo. Paralelamente, se consolidaron formas asociativas dentro de la propia comunidad rural, orientadas a enfrentar colectivamente los riesgos e incertidumbres del contexto, así como las problemáticas inherentes a los espacios rurales. En ese marco, dichas estrategias funcionaron como mecanismos de amortiguación frente a la creciente inestabilidad que atraviesa al mundo rural. En ciertos casos, incluso, constituyeron oportunidades para que los pequeños productores familiares pudieran sostener la propiedad de sus medios de producción, conservar sus tierras y mantener un modo de vida vinculado al territorio.

En el caso de los trabajadores rurales, algunos lograron conservar sus empleos bajo nuevos empleadores a partir de procesos de sucesión en empresas agropecuarias; otros migraron hacia nuevos puestos dentro del mismo sector o hacia ocupaciones urbanas, mientras que un número significativo accedió a la jubilación rural. Sin embargo, las condiciones para poner en práctica estas estrategias no fueron homogéneas. La pluriactividad y la diversificación de ingresos estuvieron mediadas por factores como el acceso a oportunidades laborales, los niveles educativos, la capacidad de movilidad, las aspiraciones individuales y la disponibilidad de redes de capital social, todos ellos atravesados



por dinámicas históricas y contextuales cambiantes. De este modo, se evidencia que las posibilidades de resistencia frente al modelo capitalista no se distribuyen de manera equitativa, sino que están profundamente condicionadas por desigualdades estructurales y contingencias locales, que actúan como condicionantes.

Por su parte, los trabajadores rurales también desplegaron estrategias complementarias. En ciertos casos, los empleadores les permitían -a partir de lazos de confianza- criar animales en la propiedad, que luego eran comercializados, como bovinos, cerdos, ovejas o chivos. Otros recurrían a la caza y venta de especies silvestres -perdices, liebres, palomas monteras, patos silvestres-, así como al aprovechamiento de recursos como pieles de iguana, lana de cordero o cerda de caballo. Es más, muchos debieron sumar trabajos temporarios o de medio tiempo, tanto en el ámbito rural como urbano, desempeñándose en jardinería, corte de pasto, albañilería u otras “changas”, con el fin de alcanzar los ingresos necesarios para el sostenimiento del hogar.

La pluriactividad se expresó inicialmente en los hogares rurales a través del trabajo de las mujeres -esposas e hijas de trabajadores rurales-, quienes desempeñaron un papel central en el desarrollo de estrategias económicas alternativas, especialmente en los primeros momentos de transición productiva. Mientras los varones permanecían ligados al trabajo rural de jornada completa, ellas comenzaron a desplegar actividades de venta, trueque y producción doméstica: cría de pollos, patos, conejos y gansos; recolección y comercialización de frutas, verduras y huevos, así como la elaboración de conservas y otros productos caseros (Ver Anexo, figura 10). Estas prácticas se sostenían en localidades agrarias como Barrancas gracias a redes de confianza y reciprocidad entre vecinos, donde el conocimiento directo de la producción -transmitido por el “boca en boca”- y el prestigio del “producto de campo” en espacios urbanos, valorado como más sano y natural, favorece su circulación en mercados locales informales. Paralelamente, a partir del cuidado de sus propios hijos/as, muchas mujeres ampliaron su participación ofreciendo servicios de limpieza o de cuidado de personas en hogares del pueblo, lo que no sólo les permitió diversificar los



ingresos familiares, sino también avanzar hacia mayores márgenes de autonomía económica.

Este ingreso complementario no sólo aportó al sostenimiento del hogar, sino que también abrió un margen de decisión en torno a gastos personales o destinados a los hijos/as, configurando nuevas posibilidades de autonomía en la vida cotidiana. Considerando esto, más que un recurso económico secundario, puede entenderse como un ejercicio de agencia femenina, que permitió intervenir activamente en la organización material y simbólica del grupo familiar. En aquellos casos en que el acceso se dio a empleos registrados, las mujeres rurales lograron incorporarse a esquemas de protección social, con derechos laborales y capitales simbólicos derivados de su integración al trabajo formal. Este proceso no sólo significó una mejora en términos de seguridad y reconocimiento social, sino que también facilitó la expansión de redes más allá del ámbito exclusivamente rural, habilitando nuevas oportunidades y sentidos de pertenencia. Sin embargo, muchas residen aún en el campo y asumen las tareas domésticas y de acompañamiento a los trabajadores rurales, lo que evidencia la persistencia de la doble jornada laboral y la vigencia de los mandatos de género que estructuran la vida social en el medio rural.

En síntesis, las transformaciones impuestas por la modernización agraria no implicaron la desaparición de las prácticas tradicionales, sino su reconfiguración dentro de un marco de mayor complejidad y precariedad. Las familias rurales, lejos de quedar reducidas a la pasividad frente a los cambios estructurales, se constituyen como actores que resignifican sus prácticas en diálogo con las exigencias del presente, muchas veces atravesadas por desigualdades de género, clase y territorio. La pluriactividad, la diversificación de ingresos y las redes de confianza emergen como formas de capital social y cultural que garantizan la continuidad de la vida en el campo aún en escenarios de crisis, de creciente inestabilidad y fragmentación del mundo rural. Cabe destacar que la experiencia rural no puede ser comprendida únicamente desde las lógicas de mercado o desde los impactos de la modernización, sino también desde la agencia



cotidiana de los sujetos que, a través de estrategias múltiples, sostienen la reproducción social y cultural de la ruralidad.

4.2 La “Generación del Quiebre”: Del Campo Heredado al Futuro Elegido

Este apartado se centra en las experiencias de vida de la tercera generación de familias rurales, cuyas trayectorias se encuentran atravesadas por los contextos económicos, sociales y culturales propios de la modernidad agraria avanzada. Durante la década de 1990, como señalan Aranguren e Iran Veiga (2013), se observó un fenómeno creciente: los hijos e hijas comenzaron a formarse en otros oficios y a orientarse hacia profesiones externas al ámbito rural. Este cambio responde, en gran medida, al modelo de concentración agropecuaria, que redujo significativamente las posibilidades de permanencia en la producción y en el territorio, al hacerla cada vez más vulnerable y menos rentable. En consecuencia, se debilitaron tanto las bases materiales como simbólicas que tradicionalmente sostenían la continuidad familiar en los espacios rurales, generando una tensión entre la herencia recibida y las nuevas opciones de vida disponibles para las generaciones jóvenes. Como se expuso previamente, estas transformaciones impulsaron la incorporación de asalariados externos a las unidades productivas, desplazando progresivamente el modelo de explotación basado en la mano de obra familiar. Este cambio reconfiguró los roles y responsabilidades para la reproducción al interior de los grupos familiares, afectando el compromiso cotidiano con las tareas de la explotación y disminuyendo la producción destinada al autoconsumo. Como desenlace, comenzó a producirse una pérdida de saberes transmitidos intergeneracionalmente, ligados a la experiencia práctica en la vida rural.

Este proceso dio lugar a una creciente heterogeneidad de trayectorias, enmarcadas en dinámicas de individuación y complejización que ponen en tensión la idea de un “reemplazo generacional” asegurado décadas atrás. Mientras algunos/as jóvenes lograron desvincularse del ámbito familiar mediante la educación o la migración, otros/as quedaron excluidos/as por no poder responder a las crecientes exigencias del trabajo agropecuario moderno. La diferenciación entre quienes accedieron a mayores niveles de formación y quienes no refuerza



las desigualdades en las posibilidades de permanecer en el campo, aunque sea bajo nuevas modalidades. Ante la falta de relevo generacional, muchos chacareros optaron por la contratación de trabajadores transitorios como estrategia para sostener la producción. Las voces recogidas en las entrevistas expresan con claridad esta tensión, reflejando que, lejos de un tránsito lineal, el presente de las familias rurales se caracteriza por la coexistencia de trayectorias divergentes, atravesadas tanto por proyectos de movilidad social individual como por la persistencia de obligaciones ligadas a la herencia y la continuidad familiar.

Por lo expuesto, la tercera generación aparece como aquella que estableció una relación más dinámica, flexible y crítica con el espacio rural y con las tradiciones heredadas. Desde sus propias experiencias vitales, fueron quienes impulsaron transformaciones en los modos de vivir, trabajar y producir en el espacio rural. Como se señaló anteriormente, la escolarización en instituciones urbanas, el contacto con nuevas trayectorias e intereses, así como la posibilidad de imaginar futuros diferentes, habilitaron la construcción de horizontes de sentido más amplios: algunos vinculados al agro, pero desde otras posiciones profesionales y con nuevas expectativas. En este marco, uno de los motores centrales del éxodo rural fue la apuesta educativa de las familias -en especial de los sectores de clase media rural- que concibieron la formación como una inversión estratégica para garantizar mejores condiciones de vida a sus hijos e hijas. Algunas de estas “nuevas identidades profesionales” retornaron a la localidad, involucrándose en tareas de asesoramiento agronómico, técnico o en la gestión empresarial familiar, aunque no sin tensiones. Esta nueva generación reconoce y valora el esfuerzo de sus antecesores, pero al mismo tiempo aspira a mayores niveles de comodidad, autonomía y reconocimiento. De este modo, mientras ciertos jóvenes intentan transformar los esquemas productivos heredados, otros deciden distanciarse del mandato familiar para trazar su propio camino. El siguiente fragmento ilustra esa tensión intergeneracional, en la que se confrontan las formas de trabajo del pasado con los nuevos proyectos vitales que orientan la continuidad o el distanciamiento de la vida rural:



“Mi viejo ya estaba cansado por su edad. Tuvimos una charla con él, porque yo sentía que, si me quedaba haciendo el trabajo de mi tierra, más o menos como él lo hizo, no iba a tener la posibilidad de hacer mi carrera en el aspecto profesional e iba a quedar medio ‘atado’ a lo que hicieron ellos toda la vida. Y no sé, capaz que también haber escuchado tantas quejas y problemáticas, a mí me facilitó decidir que no quería estar sólo en eso. Entonces fue decisión de continuar en alquiler y yo poder seguir con mi carrera profesional. El día de mañana puede llegar a cambiar eso, pero creería que nunca lo haría como lo hizo mi viejo.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

Esta tensión permanente entre el deseo de honrar la herencia familiar y la necesidad de trazar un proyecto propio configura un verdadero dilema moral. Se trata de un conflicto en el que ninguna de las opciones parece plenamente legítima: continuar con el mandato heredado implica resignar aspiraciones personales, mientras que alejarse de él puede percibirse como una ruptura con los valores transmitidos. En muchos casos, el apego afectivo al espacio rural se mantiene como un “deseo platónico”, que no siempre encuentra una traducción práctica en la vida cotidiana. La búsqueda de equilibrio entre legado y autonomía redefine las características tradicionales de la familia rural y abre interrogantes sobre su reproducción futura. Por ello, puede afirmarse que el presente está marcado por la emergencia de una “generación del quiebre”, autodenominada así por los propios protagonistas, quienes reconocen estar en el umbral de un cambio decisivo:

“Es difícil convencerse si está bien o no irse, uno trata de hacer otra cosa sin irse, es un poco eso de decir ‘estoy’, no es que me olvidé de esto. En mi caso, estoy profesionalmente relacionado al 100% al rubro, vos [entrevistadora] estás haciendo un estudio y terminaste buscándole la vuelta para que se adapte tu carrera a tus raíces. Ser ‘Generación del Quiebre’ es que: hasta nuestros viejos no había alternativas prácticamente, sí existía gente que con la edad de mis viejos se fue a estudiar y tuvo otra vida y nunca se relacionó con el campo. Pero en este caso nos tocó a nosotros hacer en nuestra familia esa diferencia. También hay un deseo de



uno de decir escucha no quiero que pase eso y tal vez dure una generación más. Pero ahí ya es muy difícil transmitir esos valores que vos ya vas perdiendo, los tenés pero no los tenés al 100%.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

Este proceso puede comprenderse a partir de lo que Beck y Beck-Gernsheim (2003) conceptualizan como la emergencia de la “familia posfamiliar”, en el marco de una sociedad atravesada por la individualización. Se trata de un escenario en el que predominan formas de organización sustentadas en decisiones personales, proyectos vitales diferenciados y tensiones constantes en torno a la división del trabajo y a las expectativas familiares. En este contexto, la vida se convierte en una “biografía de riesgo”: cada elección -desde el oficio hasta la pertenencia territorial- se configura como una apuesta marcada por tensiones, contradicciones e incertidumbres (2003). Incluso quienes logran posicionarse como referentes o “cabezas” de la empresa familiar reconocen las dificultades que implica introducir innovaciones, aplicar nuevos conocimientos o alterar la lógica productiva heredada. La convivencia intergeneracional en el trabajo no aparece, entonces, como un proceso lineal, sino como un entramado de resistencias, negociaciones y aprendizajes cruzados, tal como lo ilustra la siguiente anécdota de un entrevistado:

“Una vez mi viejo después de que me hizo una consulta, hicimos un pozo, vimos la tierra y todo, llamó a otro ingeniero a ver qué opinaba. Pero esto me ayudó a entender cuál es un poco mi camino, me di cuenta de que querer innovar o ya querer hacer algo diferente iba a ser difícil. Entonces eso me ayudó a que yo trate de continuar mi camino profesional medio por fuera, más allá de que estemos relacionados en el rubro.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

En estas trayectorias se cristaliza un punto de inflexión: algunos deciden alejarse definitivamente del campo, convencidos de que esa fue la mejor opción en función de sus deseos personales, mientras que otros permanecen intentando armonizar sus aspiraciones individuales con las exigencias del sistema económico y las demandas familiares. Una estrategia recurrente en este marco consiste en



arrendar las tierras para producción agrícola o ganadera, lo que permite sostener el vínculo con lo rural sin asumir de manera directa las exigencias del trabajo agrario. En este proceso adquiere especial relevancia la experiencia de A.C., hijo de trabajador rural que eligió no continuar con el oficio heredado. Su testimonio permite analizar cómo la trayectoria familiar se articula con la toma de decisiones y con la autopercepción de pertenecer a una “generación de quiebre”:

“Yo estuve en el campo hasta los 20 años, conseguí un trabajo en una fábrica de bombas y cilindros de frenos y, a su vez, estudiaba un profesorado de tecnología por la tarde/noche. Esto se dio por el apoyo de mis padres a estudiar una carrera o tener un trabajo mejor remunerado y menos sacrificado que el que ellos hacen desde jóvenes. Creo que soy una generación de quiebre y me siento bien al serlo. Si bien también, no descarto la oportunidad de volver a trabajar en el ámbito rural si tuviera que hacerlo. Es un trabajo como cualquier otro con sus pro y contras. De ellos aprendí a ser humilde, tener una disciplina en el trabajo y en el esfuerzo por las cosas, distintos conocimientos y valores que aún tengo y que algunos los fui moldeando a mi manera, pero sin olvidarme de mis raíces.” (Entrevista con A.C., tercera generación, agosto, 2024)

En síntesis, la “generación del quiebre” representa un punto de inflexión en la historia de las familias rurales: rompe con mandatos que durante décadas rigieron la vida rural y abre nuevas posibilidades de autonomía y decisión sobre los proyectos de vida. Tanto mujeres como varones disponen hoy de mayor capacidad para definir su presente y futuro, acompañados por una búsqueda identitaria centrada en preguntas como “¿quién soy?” y “¿qué quiero?”. La experiencia de A.C. ejemplifica cómo estas trayectorias combinan la valoración de los aprendizajes heredados con la construcción de horizontes propios, mostrando que permanecer o desvincularse del trabajo rural son decisiones atravesadas por dilemas morales y negociaciones constantes. En este escenario, la biografía se configura como un espacio de constante debate, reflexión y reformulación, en función de las metas laborales, afectivas y vitales de cada sujeto. Lo rural deja de ser únicamente un lugar de destino inevitable y se



convierte en un referente identitario que acompaña, tensiona y resignifica las trayectorias individuales. Así, la continuidad y la ruptura coexisten, articulando la herencia familiar con la posibilidad de proyectar futuros elegidos, en consonancia con la noción de “familia pos familiar” y de “biografía de riesgo” que Beck y Beck-Gernsheim (2003) plantean en el contexto de la modernidad individualizada.

4.3 Facilitadores Sociales e Institucionales Frente a los Desafíos de la Vida Rural Contemporánea

Las familias rurales, ya atravesadas por los procesos de modernización agraria y las tensiones intergeneracionales analizadas en los apartados previos, se enfrentan a múltiples obstáculos para garantizar la continuidad de su vida cotidiana y la reproducción social de sus unidades familiares. En este apartado se identifican los facilitadores que permiten enfrentar las condiciones adversas impuestas por la modernización agropecuaria. Entre ellos, las redes de apoyo comunitarias se destacan por brindar contención afectiva, escucha activa y estrategias colectivas orientadas a la supervivencia y al desarrollo en el territorio. Estas redes posibilitan sostener la vida rural en contextos caracterizados por la inestabilidad económica, la incertidumbre y la exclusión estructural que definen la coyuntura contemporánea (Meccia, 2020).

La emergencia de estos espacios de apoyo se inserta en un marco en el que las expectativas individuales, proyectos de vida autónomos y deseos personales transforman la vida familiar en un ejercicio constante de coordinación, negociación y equilibrio. Como señalan Beck y Beck-Gernsheim (2003), cuando la familia se convierte en una pequeña “empresa” de supervivencia, resulta necesario planificar, distribuir tareas, asumir nuevos roles y reorganizar responsabilidades, apropiándose de rutinas distintas de las heredadas. De esta manera, la unidad familiar deja de ser un espacio rígido y tradicional, para constituirse en un ámbito dinámico donde se disputan sentidos, se reconfiguran relaciones y se reconstruyen formas de solidaridad, constituyendo un elemento central para la resiliencia frente a los desafíos contemporáneos del mundo rural. Sin embargo, esta transición no se produce sin tensiones. El debilitamiento de identidades colectivas tradicionales, de vínculos comunitarios estables y de



sistemas de pertenencia consolidados genera incertidumbre respecto al futuro de las comunidades y de los espacios rurales. Las representaciones de igualdad, participación y arraigo territorial que anteriormente reforzaban la cohesión social comienzan a diluirse, evidenciando las tensiones entre tradición y modernidad. En este escenario, resulta fundamental revalorizar las prácticas sociales y los vínculos afectivos que aún persisten, considerándolos formas de resistencia cotidiana frente a las lógicas desagregadoras del sistema económico dominante.

De acuerdo con Rozas Pagaza (1998), las crisis de reproducción de las relaciones sociales alienadas -aquellas naturalizadas y no cuestionadas- pueden abrir la puerta a procesos de transformación. Estos momentos de ruptura activan capacidades críticas, promueven la auto-reflexión y habilitan la generación de prácticas nuevas, más conscientes y orientadas a la acción. Desde esta perspectiva, los desafíos actuales no sólo implican riesgos, sino que también constituyen oportunidades para fortalecer la agencia de las familias rurales, promoviendo decisiones estratégicas y colectivas frente a un contexto marcado por la incertidumbre. Como advertía Durkheim (2007/1893), en sociedades cada vez más complejas, las creencias compartidas se fragmentan y los rasgos comunes tienden a desaparecer; de allí surge la necesidad de repensar nuevas formas de cohesión social que no dependan exclusivamente de la tradición, sino que se construyan a partir de la articulación de intereses comunes, experiencias compartidas y voluntades colectivas activas.

A pesar de los recursos comunitarios que aún sostienen la vida rural, resulta evidente que las familias no pueden, por sí solas, abordar la complejidad de los problemas que atraviesan. La magnitud de las transformaciones sociales, económicas y políticas ha generado desafíos que superan la capacidad de contención de las redes familiares o vecinales. En este contexto, se vuelve imprescindible la intervención activa del Estado, de las instituciones locales y de los/as profesionales del campo social. Es necesario diseñar políticas públicas compensatorias que reconozcan la especificidad de lo rural, habiliten canales de participación y fortalezcan el tejido comunitario; estas herramientas no sólo



funcionarían como mecanismos de contención, sino también como motores de transformación y desarrollo sostenible de las comunidades rurales.

Este análisis plantea preguntas clave para la reflexión crítica: ¿existe una vacancia institucional respecto a las estrategias destinadas a acompañar las demandas rurales? y ¿qué respuestas se están ofreciendo -o no- desde las políticas sociales, educativas y económicas?. Tales interrogantes son fundamentales para pensar alternativas que frenen la continuidad del éxodo rural y eviten, en el peor de los casos, la desaparición de la familia rural como actor colectivo. Asimismo, surge la cuestión de los proyectos futuros de estas familias: desde un pasado que las interpela por el esfuerzo, la lucha y los valores heredados, muchas expresan el deseo de generar impacto mediante la transmisión de su historia, sus reclamos y su identidad. En este sentido, la conformación de asociaciones rurales podría constituir una vía para visibilizar sus demandas, amplificar sus voces y fortalecer los lazos comunitarios frente a las contingencias de un contexto económico adverso -devaluación, inflación, inestabilidad cambiaria, entre otros-. Tal vez allí resida una oportunidad de empoderamiento colectivo de un sector históricamente invisibilizado y postergado, capaz de transformar su experiencia en un recurso estratégico para garantizar la continuidad y la vitalidad de la vida rural.

4.3.1 Donde no Llega el Estado, Llega el/la Vecino/a: la Trama Social del Mundo Rural

El mundo rural, además de sus particularidades históricas, sociales, culturales y ecológicas, presenta una lógica propia en cuanto a las formas de relación entre sus habitantes y con la sociedad en general. Constituye un espacio vital al que las personas otorgan significado y que, a su vez, les proporciona identidad. Esta identidad se expresa en las narrativas construidas a partir de las memorias rurales, es decir, en la manera en que los sujetos relatan, interpretan y transmiten sus historias de vida (Gómez, 2001). Se trata de una construcción personal y colectiva, forjada en la experiencia y articulada en torno a los rasgos que distinguen al sujeto rural de otros grupos sociales. Dicho proceso se sustenta en la definición de un “nosotros” -el grupo de pertenencia- y un “otros”, configurando fronteras simbólicas que se establecen mediante la interacción



social. En este marco, la tradición cumple un rol legitimador: constituye un universo de significaciones compartidas donde las experiencias cotidianas remiten a un orden percibido como anterior a los individuos y al grupo mismo (Fairstein, 2013). La tradición funciona, así como canal de transmisión de pautas de convivencia, normas y valores, ofreciendo a las nuevas generaciones un legado identitario que articula continuidad y sentido en la vida rural.

En este marco, las familias rurales disponen de un valioso capital social y cultural, constituido tanto por los saberes, habilidades y valores incorporados por los sujetos como por la estructura comunitaria que facilita relaciones de confianza, reciprocidad y cooperación. Estas redes se consolidan a partir de la interacción frecuente entre vecinos, familiares y actores locales, configurando un entramado relacional que sostiene la vida rural y refuerza la identidad colectiva (Gómez, 2001; Rosas-Baños, 2013; Bourdieu, 2001/1893; 1970/2011). Sin embargo, estas formas de capital han experimentado tensiones crecientes durante la última década, como consecuencia de transformaciones estructurales que han afectado la disponibilidad de redes de apoyo y de recursos relacionales. Los grupos domésticos, por lo tanto, transitan simultáneamente momentos de ruptura biográfica y de reorganización, adecuándose a escenarios sociales y normativos en constante cambio. En este contexto, el trabajo adquiere un valor doble: no sólo como fuente de recursos materiales para satisfacer necesidades, sino también como espacio socializador que genera vínculos, aprendizajes y sentidos compartidos, consolidando identidades colectivas en el ámbito rural (De Carli y Raffaelli, 2008).

Estas relaciones se sostienen principalmente en los lazos de vecindad y parentesco, que constituyen recursos esenciales para afrontar colectivamente las dificultades cotidianas. Sin embargo, en los últimos años han emergido tensiones respecto a la responsabilidad sobre el mantenimiento de la infraestructura, la movilidad, el acceso a servicios básicos y, en términos generales, la calidad de vida en el ámbito rural. Ante la ausencia de respuestas institucionales adecuadas, estas funciones suelen ser asumidas por los propios habitantes, a pesar de contribuir con impuestos que no se traducen en mejoras concretas. Un ejemplo es



la “tasa vial rural”, un tributo municipal establecido por la Ley Provincial N° 13.010 (2003) -estableciendo el Impuesto Inmobiliario Rural en la Prov. de Santa Fe- que grava a los productores rurales según la cantidad de hectáreas para financiar el mantenimiento de caminos de tierra, cuya administración recae en los municipios. La experiencia de A.R., de primera generación, ilustra cómo estas cargas recaen de manera directa sobre quienes residen efectivamente en los espacios rurales:

“Ahora hay más arreglos de camino en algunos sectores, aunque es complicado cuando llueve mucho. Algunos dueños te dicen ‘yo no estoy en el campo’ porque están en Rosario o en Buenos Aires, no les importa. Cuando decían [desde la Comuna] que iban a hacer ripios teníamos las reuniones, venían y no sabían en dónde es el campo, lo heredaron, pero ellos no le dan importancia, entonces se cobran el porcentaje del alquiler y listo. La cosa es que no pasó nada, nadie quiso hacer más, no le importó a nadie, porque no había gente de campo que vivía en el campo.” (Agosto, 2024)

Este escenario evidencia una invisibilización sistemática de las demandas rurales por parte de las autoridades locales. En la cotidianeidad de las familias, la movilidad constituye una necesidad crítica para el acceso a la educación, la salud, el trabajo, el transporte de la producción agropecuaria e incluso para la adquisición de bienes básicos para el hogar. A ello se suma la precariedad del servicio eléctrico, afectado tanto por fenómenos naturales -tormentas, vientos fuertes- como por la falta de mantenimiento de líneas con más de treinta años de antigüedad. La interrupción del suministro impacta directamente en la vida diaria, provocando pérdidas de alimentos y obstaculizando tareas educativas de niños/as y adolescentes (como es el caso de esta investigación muchas veces detenida por la falta de luz). Frente a estas contingencias, recae sobre las familias la responsabilidad de implementar soluciones alternativas, como el uso de generadores a gasolina o la instalación de sistemas de energía solar, con el fin de sostener la rutina laboral y doméstica. Otra manifestación del deterioro de la relación entre lo urbano y lo rural es la utilización indiscriminada de caminos



rurales como basurales, generando microbasurales a cielo abierto, lo que pone en evidencia el escaso reconocimiento del espacio rural como territorio habitado, cuidado y valorado por quienes lo viven.

La creciente preocupación por la seguridad en los espacios rurales se evidencia en el aumento de robos y faenadas ilegales en los últimos años. Ante la limitada presencia de instituciones de seguridad, como la Guardia Rural “Los Pumas” -que tienen por misión prevenir delitos relacionados con la vida rural, realizando patrullajes en los caminos rurales y las rutas de acceso-, los propios vecinos organizan estrategias de vigilancia: algunos productores contratan puesteros, mientras que otros recurren a la comunicación constante entre vecinos para alertarse de movimientos sospechosos, como vehículos extraños merodeando en el territorio -estrategias locales de autoprotección y cuidado del patrimonio-. Esta situación no sólo refleja la insuficiencia del accionar estatal, sino que también evidencia una transformación en los lazos de confianza y cooperación históricamente sostenidos. Las entrevistas intergeneracionales muestran que la solidaridad tradicional, basada en la palabra y el apoyo mutuo, se encuentra tensionada, generándose una creciente desconfianza incluso entre vecinos de larga data.

A pesar de estos cambios, y retomando los postulados de Giddens (1999/2008), puede sostenerse que lo que mantiene cohesionadas a estas comunidades es la confianza activa: un tipo de vínculo social que, aun reconociendo desacuerdos, desigualdades y tensiones, se funda en la presuposición de derechos compartidos y en experiencias comunes que atraviesan a sus miembros. No todo ha cambiado: los vecinos continúan constituyendo la principal red de apoyo, quienes ofrecen escucha, contención y colaboración frente a las adversidades de la vida rural y ante la limitada presencia del Estado. Persisten valores éticos basados en la cercanía cotidiana, la transparencia en las acciones y la reputación social, que configuran, en las localidades agrarias, una economía moral particular, diferenciada de las lógicas individualistas predominantes en los grandes centros urbanos. Estos elementos evidencian que, a pesar de la modernización, la fragilidad institucional y las tensiones generadas por las



transformaciones estructurales, las familias rurales y sus comunidades conservan recursos simbólicos y sociales fundamentales para sostener la vida y la cohesión en el territorio.

4.3.2 Estado, Comunidad y Territorio: Tensiones Institucionales en la Ruralidad Contemporánea

La actual etapa de crisis, incertidumbre y fragmentación social se desarrolla en un escenario signado por la transformación del paradigma que regula las relaciones entre Estado y mercado. En este aspecto, las familias rurales quedan sujetas a la lógica de la agroexportación, que profundiza los procesos de exclusión y concentra la riqueza en la estructura agraria. Esta dinámica no sólo redefine las condiciones materiales de existencia, sino que también genera tensiones identitarias en torno al trabajo, el capital y las formas de protección social. Al mismo tiempo que avanza la privatización y concentración de tierras, emergen políticas públicas de carácter redistributivo y proteccionista, muchas de ellas resultado de luchas sociales que lograron visibilizar nuevas demandas y posicionarlas en la agenda estatal.

La acción estatal, marcada por su carácter oscilante, ha incidido de formas diversas en el ámbito rural a lo largo del tiempo: desde etapas de mutua indiferencia hasta momentos de conflicto abierto que alcanzaron el plano nacional, pasando también por instancias de cooperación ligadas a necesidades compartidas, materializadas en medidas como la provisión de créditos o la reducción de cargas impositivas. Tal como sostiene Rozas Pagaza (1998; 2010), el Estado moderno puede comprenderse como un sistema de seguridad orientado a ofrecer garantías sociales que disminuyan la incertidumbre vital y cubran los riesgos propios de la vida en sociedad. Bajo esta perspectiva, se erige en un actor central en la resolución de la cuestión social -es decir, de aquellos problemas vinculados con la distribución de la riqueza y la búsqueda de equidad-, desplegando programas de asistencia y políticas de desarrollo dirigidas a pequeños y medianos productores (1998; 2010). En este contexto, tanto el Estado como el derecho se instituyen como instancias reguladoras de la vida social, al establecer normas que protegen derechos fundamentales, entre ellos los del trabajador rural



y la dignidad humana. No obstante, junto a estas regulaciones formales persisten marcos de sociabilidad que continúan guiándose por la costumbre, lo que recuerda, siguiendo a Durkheim (2007/1893), que la vida colectiva no se agota en lo jurídicamente instituido.

A lo largo del tiempo, las familias rurales han recurrido a diversos apoyos institucionales que se fueron incorporando de manera progresiva en sus trayectorias, particularmente a través de la educación y la participación en espacios colectivos. Estas instituciones, que durante décadas organizaron la vida comunitaria, hoy se ven atravesadas por tensiones derivadas de los desafíos contemporáneos. Como advierte Giddens (1999/2008), resultan insuficientes para dar respuesta a las nuevas demandas sociales si no logran desprenderse de las influencias tradicionales que las vuelven rígidas. En este escenario adquieren centralidad dos instituciones claves: la cooperativa y la comuna.

La Cooperativa Agrícola-Ganadera “La Unión Ltda.”, con más de setenta años de trayectoria en Barrancas, ha sido un actor clave en la vida productiva y comunitaria de la localidad. Esta nació de la propia iniciativa de la comunidad rural, ocupó históricamente un lugar decisivo como espacio de encuentro, cooperación y sostén. En sus orígenes ofrecía servicios técnicos que incluían la asesoría de ingenieros agrónomos y la presencia de veterinarios, fundamentales en un contexto en que la ganadería tenía un lugar protagónico. Entrevistados y entrevistadas de distintas generaciones coinciden en señalar su papel como reguladora del comercio cerealero y como instancia de “respaldo” y “protección” frente a los abusos del mercado privado. En palabras de un productor de la primera generación, su función era “salvar a los productores de empresas privadas, que se llevan el cereal a su gusto” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024).

Sin embargo, los cambios estructurales del agro han desdibujado su propósito inicial. Actualmente, gran parte de los relatos la perciben más cercana a una empresa que a un espacio de confianza y capacitación para los trabajadores rurales. Con ello se advierte un alejamiento respecto de los valores fundacionales de equidad y apoyo mutuo, dando lugar a un funcionamiento condicionado por las



lógicas del mercado, aunque es una realidad que cada vez más se tiene que comportar como una empresa para poder subsistir. Como señala un productor de tercera generación, su impacto social se ha restringido a sectores con mayor poder adquisitivo, lo cual contrasta con el ideal originario de igualdad y cooperación (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024). Se retoma la percepción de los/as entrevistados/as acerca de esta:

“Antes se unían todos los colonos para tener un lugar en común, para entregar su cereal, si un vecino estaba con problemas, los vecinos lo ayudaban. Hoy no es más la cooperativa que formaron nuestros abuelos, que era algo para juntarse toda la familia del campo y entregar el cereal ahí. Una cooperativa o un Puerto en Rosario es casi lo mismo, es algo comercial, no es más como antes que todos trabajaban en conjunto, cambió y creo que si no se le busca la vuelta van a tender a desaparecer las cooperativas. Yo quiero vender un camión de cereal directo a puerto y levantó un teléfono, llamó y lo mando directo a puerto, y no necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

La cita condensa un cambio de paradigma: de la cooperación como sostén comunitario a la competencia y la autonomía individual, en un escenario en el que la posibilidad de vender directamente a los grandes puertos reduce la necesidad de mediación institucional. Sin embargo, los testimonios también advierten que, pese a la pérdida de su carácter asociativo, las cooperativas continúan siendo fuente de empleo y un recurso económico relevante para las comunidades locales. Al respecto, los relatos permiten reconocer un proceso de institucionalización atravesado por lógicas neoliberales y mercantilistas, que no sólo impactan en el modelo económico, sino que también reconfiguran las instituciones tradicionales, debilitando su dimensión social y generando mayores procesos de invisibilización y marginación en los sectores rurales.

En segundo lugar, resulta pertinente considerar el papel de la Comuna de Barrancas, como otra institución clave en la configuración de la vida rural contemporánea. A diferencia de la cooperativa -atravesada por dinámicas de



mercado-, la comuna constituye el principal espacio político-administrativo de representación local, donde se ponen en tensión las demandas de los habitantes del campo con las políticas estatales más amplias. Esta ocupa un rol central en la gestión del territorio, pues se va conformando una creciente tensión en el cinturón periurbano entre los lotes de soja o de pastura de animales y la expansión urbana. Su accionar refleja tanto las limitaciones estructurales de un Estado con escasos recursos para atender la especificidad rural, como también las expectativas comunitarias de contar con un organismo cercano que articule servicios, infraestructura y reconocimiento territorial. Sin embargo, en las entrevistas aparece una marcada desconfianza hacia las autoridades comunales, producto de experiencias previas de inacción o indiferencia, lo cual desalienta la organización colectiva y desplaza las soluciones hacia la ayuda mutua entre vecinos o en la individualidad, como lo sintetizan las siguientes citas:

“La comuna debería tener por lo menos la consideración, por la gente que todavía sigue estando en el campo, de mantener los caminos como corresponde. Porque en muchos casos cuando viene la época lluviosa queda aislado, por la falta de mantenimiento. Uno entiende que el combustible está caro, que todas las cosas están caras, pero hay mucha falta de obra. Esto hace que la gente que está en el campo por ahí piense en irse.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

“Me parece que la comuna no ayudó tanto al campo, quizás se dedicó más a lo urbano, hacer las calles pavimentadas, avanzar en esos servicios. Yo particularmente muchos beneficios de la comuna no tuve, a lo mejor no tiene responsabilidad de hacerlo. En el caso de los caminos, yo trato de mantener los alambrados limpios, que no vengán los árboles, porque tapan los caminos y arruinan los alambrados.” (Entrevista con R.D., primera generación, septiembre, 2024)

Esta desvinculación institucional ha contribuido al progresivo desarraigo de las nuevas generaciones respecto a los territorios rurales. La tercera generación, en particular, ha sido testigo del debilitamiento del vínculo tradicional con los hogares y espacios de producción, priorizando las oportunidades que ofrecen los



entornos urbanos. Al mismo tiempo, emergen nuevas formas de significar lo rural, no ya únicamente como territorio productivo, sino como un espacio de contacto con la naturaleza y de construcción de estilos de vida alternativos. Este fenómeno se inscribe en las tendencias de la denominada “nueva ruralidad”, en la que algunos habitantes optan por residir en espacios rurales sin dedicarse directamente a la agricultura o la ganadería, buscando, en cambio, experiencias que contrasten con la dinámica urbana. Los/as propios/as entrevistados/as reflexionan sobre esta nueva tenencia de la siguiente forma:

“Vivís en el campo, pero terminas haciendo tantas cosas en el pueblo que ya ni nombrás que sos del campo. ¿Para qué vamos a ir al campo?, si todo está en el pueblo, todas las comodidades. Actualmente se terminan haciendo barrios nuevos privados en los espacios rurales, se está urbanizado esa parte, pero con ciertas similitudes al campo. Se está tornando esa tendencia de gente que prefiere vivir en lugares que tienen aspectos rurales, pero no es el campo, no son compatibles.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

Esta reflexión sobre la nueva relación de las familias con el espacio rural pone de relieve cómo la desvinculación institucional y la transformación de lo rural como territorio productivo generan nuevos sentidos y prácticas de vida. La cita de L.D. evidencia que, para muchos jóvenes, residir en el campo ya no implica necesariamente involucrarse en las tareas agrícolas tradicionales; en cambio, se priorizan las oportunidades y comodidades del ámbito urbano, configurando una forma de ruralidad más orientada al estilo de vida que a la producción directa.

En definitiva, la mirada crítica que las familias rurales dirigen hacia instituciones como la cooperativa y la comuna revela no sólo el deterioro de los vínculos entre los actores sociales y sus estructuras representativas, sino también la necesidad de reconfigurarlas desde abajo, tomando como punto de partida los saberes y experiencias que circulan en la vida cotidiana. Estas instituciones podrían, si logran recuperar sus raíces solidarias, convertirse nuevamente en facilitadoras activas para enfrentar la fragmentación social y la incertidumbre rural contemporánea. El desafío no consiste únicamente en restituir lo perdido, sino en



proyectar nuevas formas de organización y participación que respondan a las necesidades reales de las familias rurales, respetando su diversidad generacional, territorial y cultural. Este escenario plantea un interrogante crucial: ¿sería posible reconstruir estas instituciones para ofrecer a las familias rurales un espacio asociativo que reivindique su identidad y actúe como ámbito de socialización y articulación de demandas?. De concretarse, se abriría un espacio en el que confluyan historias de vida, relaciones interpersonales y estrategias colectivas, permitiendo recomposiciones permanentes y consolidando una agenda propia de necesidades. En un contexto marcado por la lógica individualista y la invisibilización de lo rural, impulsar esta transformación constituye, sin duda, un acto profundamente revolucionario, innovador y transformador para la localidad

En síntesis

Este capítulo exploró las estrategias desplegadas por las familias rurales para resistir y persistir frente a las transformaciones estructurales del agro moderno, las cuales generaron profundas reconfiguraciones subjetivas y tensiones intergeneracionales. Estas intensificaron la necesidad de desarrollar nuevas prácticas, tanto productivas como domésticas, para garantizar la subsistencia económica y la continuidad del grupo familiar. La ruralidad contemporánea se presenta como un entramado complejo, donde emergen nuevas relaciones entre lo rural y lo urbano, acompañadas por cambios poblacionales derivados del éxodo rural y por inversiones familiares en educación. La pluriactividad, la reorganización del trabajo doméstico, las redes comunitarias de apoyo y la reformulación de los proyectos familiares configuran nuevas formas de habitar los espacios rurales.

La diversificación de ingresos y la reconversión ante los escenarios laborales cambiantes constituyeron estrategias clave para la estabilidad de las unidades productivas familiares. Estas prácticas reflejan la capacidad de flexibilidad, descomposición, redefinición y reintegración que deben asumir las familias para enfrentar las tensiones entre la estructura agraria tradicional y las demandas del presente. En consecuencia, las trayectorias de las distintas generaciones evidencian un quiebre histórico, donde ya no está asegurada la



continuidad del trabajo familiar. De este modo surge la denominada “generación del quiebre”, que encarna la ruptura con los mandatos tradicionales de herencia rural, sin perder del todo el sentido de pertenencia territorial. Lejos de homogeneizarse, las experiencias de las familias rurales se diversifican: conviven el deseo de mantener la herencia productiva con la necesidad de construir proyectos propios; la memoria de la comunidad solidaria con las nuevas formas de individuación y conflicto; la persistencia de redes vecinales con el debilitamiento de las instituciones de representación.

En este contexto, el capital social y cultural emerge como soporte fundamental, otorgando sentido de pertenencia y redes de apoyo que permiten sostener la reproducción familiar en escenarios de incertidumbre. Si bien esta “solidaridad rural” se ha debilitado, aún persiste y demanda ser reconstruida y fortalecida, adaptándola a las condiciones de la ruralidad contemporánea y a los rasgos de las sociedades modernas. La ausencia de políticas públicas específicas que reconozcan y acompañen la realidad de los habitantes rurales contribuye a sentimientos de desarraigo, desprotección y pérdida de identidad territorial, debilitando el tejido social. En síntesis, las familias rurales se reinventan constantemente, tensionadas entre la herencia y el futuro elegido, entre exclusión y creatividad colectiva, y entre permanencia y transformación de sus lazos comunitarios y territoriales.



Reflexiones finales

El recorrido de esta investigación permitió responder al problema planteado: comprender cómo las transformaciones de la modernidad agraria impactaron en la vida cotidiana de las familias rurales de Barrancas y qué estrategias desplegaron para sostener su reproducción social. Los objetivos - analizar rupturas y continuidades intergeneracionales, reconstruir trayectorias familiares y explorar sentidos de pertenencia territorial inmersos en la nueva ruralidad- se cumplieron mediante un enfoque cualitativo-biográfico que restituyó la voz de tres generaciones atravesadas por procesos de herencia, permanencia y cambio, con dinámicas territoriales y familiares que estructuran la vida rural contemporánea.

La reconstrucción histórica mostró que la ruralidad de Barrancas se configuró a partir de la colonización, la inmigración y la expansión agroexportadora, procesos que instituyeron una identidad local marcada por el trabajo agrícola y un entramado productivo. Esta permitió situar los procesos de cambio en un entramado económico, político y social más amplio, visibilizando cómo las transformaciones estructurales del agro argentino dejaron huellas profundas en la organización del trabajo rural, las estrategias familiares y los sentidos de pertenencia territorial. Cada etapa impulsó reconfiguraciones dentro del hogar, redefiniendo roles y aspiraciones. Las historias de vida recogidas ofrecieron una lectura "desde abajo", dando cuenta de los significados atribuidos e interpretados por los propios sujetos a estos cambios.

Sin embargo, las entrevistas revelaron que la modernización agropecuaria y la “sojización” produjeron efectos desiguales: liberaron a las familias de labores físicas intensas, pero al mismo tiempo generaron concentración de tierras, precarización laboral y éxodo rural. Este doble rostro de la modernidad confirmó la hipótesis inicial: la reproducción social de las familias rurales se sostiene en un equilibrio frágil entre estrategias de resistencia y riesgos de exclusión. Las familias enfrentan crecientes dificultades para sostenerse en el medio rural, así recurren a combinaciones de actividades no agrícolas o a la migración hacia lo urbano.



Se constató que los efectos no fueron homogéneos, evidenciando un costo inequitativo, en un contexto macroeconómico adverso y expulsante. La fragmentación social, el vaciamiento de políticas públicas sensibles al mundo rural y la creciente concentración de la riqueza agraria profundizan las desigualdades -que se naturalizan-, pero no logran borrar del todo los lazos que aún hoy permiten resistir y proyectar una vida digna en los espacios rurales. Por otro lado, la investigación también dio cuenta de los efectos del neoliberalismo y de las políticas macroeconómicas en la configuración del “campo argentino”, elementos que condicionan a las familias rurales y exceden a sus decisiones o aptitudes individuales o familiares. Es así como generaron procesos sociales complejos, con impactos diferentes, muchas veces irreversibles, sobre la estructura social y económica de los espacios rurales.

Mientras algunas familias lograron reconvertirse mediante estrategias de reorganización familiar, como la pluriactividad, el autoabastecimiento o la reconfiguración de sus roles internos, otras enfrentaron procesos de exclusión, pérdida de tierras y desempleo. La investigación evidenció que la noción tradicional de familia rural como unidad productiva homogénea resulta insuficiente para captar la heterogeneidad actual. Ya que las trayectorias analizadas muestran una constante redefinición de los roles de género y generacionales, una creciente autonomía de los sujetos respecto de los mandatos heredados, y una diversificación de sus proyectos de vida, especialmente en los jóvenes. El acceso a la educación, la apropiación de bienes culturales y las aspiraciones personales son claves en este proceso de transformación, todo esto da una pequeña mirada de la complejidad a la hora de encuadrarlos en un concepto y describir las vivencias de este grupo social.

Las entrevistas revelaron que estas estrategias que desplegaron, algunas propias de la especificidad local, no sólo apuntaron a su subsistencia y a la gestión de los riesgos, sino también a sostener la identidad familiar, la cooperación comunitaria y el capital social acumulado. La solidaridad vecinal, los sentimientos de reciprocidad y los vínculos intergeneracionales persistieron como pilares fundamentales, aún debilitados continuamente por la lógica individualista. Se



mantienen mediante la resignificación de los lazos de cooperación y la búsqueda de nuevos sentidos de habitar lo rural. Las redes de apoyo vecinal funcionan como sostén ante la desprotección institucional y la incertidumbre actual. Un entramado relacional que, a pesar del avance del individualismo, del debilitamiento institucional y de la percepción de abandono o invisibilización por parte del Estado, aún resuelve lo que las políticas no alcanzan a cubrir.

Desde una mirada situada y relacional, se observaron elementos de continuidad que no remiten a una mera repetición del pasado, sino a procesos activos de reconstrucción simbólica que muestran la capacidad de las familias de Barrancas para recrear vínculos de cooperación, sostener memorias colectivas y proyectar horizontes posibles. Esto contribuye a mantener vivas las identidades territoriales, aún en medio de la adversidad. La “generación del quiebre” constituye el nudo más visible de estas tensiones, al optar por trayectorias educativas y laborales desvinculadas del agro, redefiniendo sentidos de pertenencia y proyectos de vida. Allí se observan con claridad las rupturas y continuidades: mientras la primera y segunda generación se organizaban alrededor del mandato familiar y la producción agraria, los más jóvenes reconfiguran su relación con lo rural.

Las rupturas no implican necesariamente pérdidas absolutas, sino reformulaciones de sentidos y prácticas que abren paso a nuevas configuraciones de la existencia rural. Esta perspectiva resulta indispensable para pensar políticas públicas sensibles a los territorios y para superar los estereotipos que reducen al mundo rural a una categoría fija y homogénea. Las unidades familiares de Barrancas, pese a los embates de la modernidad agraria, continúan actuando como sujetos activos. Son protagonistas de su historia, portadores de saberes y memorias valiosas, capaces de interpelar las formas tradicionales de entender la vida rural y de proponer alternativas posibles, y dispuestos a construir sentidos colectivos. La ruralidad no es un resto del pasado, sino un espacio en permanente tensión, disputa y reinterpretación.

Finalmente, esta tesina se propuso contribuir conocimiento al campo del Trabajo Social y de las Ciencias Sociales sobre la ruralidad contemporánea en el



sur santafesino. Esta abre una puerta para observar la complejidad de las vivencias de las familias rurales, aportando un enfoque biográfico que permitió acceder a dimensiones invisibilizadas en los relatos oficiales. Cada historia permitió acceder a facetas que la mirada de la investigadora, por sí sola, no alcanzaba a percibir. El hecho de que los/as entrevistados/as expresaran sorpresa por ser consultados/as acerca de sus propias vivencias revela el lugar marginal que aún ocupan en las agendas de investigación y políticas públicas. En el transcurso de la comunicación se notó esta sensación de que “a nadie le importa” lo que pase en los espacios rurales. Esta constatación refuerza la necesidad de construir conocimientos comprometidos, que restituyan voz a quienes suelen ser silenciados y así interpelar los imaginarios homogeneizantes sobre “lo rural”.

En conclusión, los hallazgos muestran que las familias rurales pampeanas son actores sociales heterogéneos, con agencia y capaces de redefinir estrategias, sostener identidades y resignificar sus vínculos con el territorio en un contexto de profundas transformaciones. Desde el Trabajo Social, este aporte resulta fundamental para pensar intervenciones críticas que fortalezcan las capacidades organizativas, amplíen derechos y acompañen procesos de arraigo y desarrollo local. El desafío consiste en incorporar con mayor profundidad las problemáticas rurales en las agendas públicas y promover políticas sensibles a los territorios, tendiendo puentes entre el Estado y las comunidades rurales. Finalmente, se debe acompañar a quienes hoy encarnan la “generación del quiebre”, atravesada por mandatos familiares y proyectos personales. La pregunta que queda abierta es si lograrán construir un punto medio entre ambos polos. Este interrogante invita a continuar indagando sobre las múltiples configuraciones de la ruralidad en la región pampeana y reafirma el desafío del Trabajo Social de acompañar críticamente estos procesos en clave de justicia social y territorial.

Referencias bibliográficas

Aranguren, C. e Iran Veiga (2013). Estrategias de reproducción social en la agricultura familiar pampeana. Asuntos de familia en la agricultura moderna. En S. Cloquell, P. Gasselin y M. Mosciaro (Eds.), *Adaptación y transformaciones de*



las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI (1a ed., pp. 191-222). Ediciones Ciccus.

Aguilar, P. (2019). Pensar el cuidado como problema social. En G. Guerrero, K. Ramacciotti y M. Zangaro (comps). *Los derroteros de cuidado*, (pp. 19-30). Universidad Nacional de Quilmes.

Albadalejo, C. y Bustos Cara, R. (2008). Algarrobo o el fin del pueblo chacarero. En P. Rodríguez Bilella y E. Tapella (Eds.), *Transformaciones globales y territorios* (pp. 61-93). Buenos Aires, Argentina: La Colmena.

Albanesi, R., Nogueira, M., y Propersi, P. (2013). La gestión territorial de las localidades urbano-rurales en el sur santafesino. En Gasselin, P., Cloquell, S., y Mosciaro M. (Compiladores), *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI*, (Págs. 71-90). Ediciones CICCUS.

Balsa, J. (2006). El desvanecimiento del mundo chacarero, *Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988*. Bernal, Argentina: UNQ.

Barsky, O. y Dávila, M. (2008). *La Rebelión del Campo. Historia del conflicto agrario argentino*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). Hacia una familia posfamiliar. De la comunidad de necesidades a las afinidades electivas. En *La Individualización: El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (pp. 165-186). Editorial Barcelona: Paidós Estado y Sociedad

Belini, C. y Korol, J. (2012). Historia Económica de la Argentina entre los siglos XX y XXI. *Siglo veintiuno editores*.

Bonfanti, F. (2015). Análisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones en américa latina y en argentina. Una mirada hacia la realidad industrial actual en Argentina. *Revista Geográfica Digital*, Año 12. N° 24. IGUNNE. Facultad de Humanidades. UNNE. Resistencia, Chaco.



Bourdieu, P. (2001). "Las formas del capital". En *Poder, derecho y clases sociales* (Bernuz Beneitez, J. trans.). 2a Edición. Editorial Desclee de Brouwer. (131-164) (Trabajo original publicado en 1893)

Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social* (Gutiérrez, A., trans.). 1a Edición. Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1970)

Castro Ríos, A. (2012). Familias rurales y sus procesos de transformación: estudio de casos en un escenario de ruralidad en tensión. *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*. VOL. 11, N° 1. Universidad Católica del Maule, Chile.

Carballeda, J. (2013) "La intervención Social en los escenarios actuales. Una mirada al Contexto y el Lazo Social". *Margen: Revista de Trabajo Social*, N°68.

Cloquell, S.; Albanesi, R.; De Nicola, M. y otros. (2005). Agricultura y agricultores. La consolidación de un nuevo modelo productivo. *Revista de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Agrarias*. UNR. Año V - N° 8. (29-40).

Cloquell, S. (2013). Familias rurales; límites y posibilidades en el escenario de la Region Pampeana Argentina en el nuevo orden mundial de la agricultura. En Gasselin, P., Cloquell, S., y Mosciaro M. (Compiladores), *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI* (pp. 19-42), Ediciones CICCUS.

Croquell, H., Gasselin, P., & Mosciaro, M. J. (Eds.). (2013). *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI*. Ediciones CICCUS.

D' Angelo, M.L. y Peretti, G. (2011). Soja, tambos y despoblamiento rural en el dpto. Castellanos. Santa Fe. Argentina. *Revista Geográfica de América Central*, vol. 2. Universidad Nacional Heredia, Costa Rica.

De Carli, B., y Raffaelli, M. (2008). Éxodo rural, cambios demográficos e identidad territorial: Patricios, un caso de estudio. En V Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata, Argentina. *Memoria Académica*, pp.1-19.



Díaz, E. (1996). El imaginario social y las características de la ciencia. En *La ciencia y el imaginario social*. 1a ed., Buenos Aires. Editorial Biblos. (pp. 11-21)

Dolcera, Nigro y Wechsler, (Coord. Alcobre) (2015). Historia: la argentina y el mundo (siglos XVIII a XX). 1er Edición, *Tinta fresca*. Serie Nuevas Miradas. Buenos Aires.

Duck, C. y Inda, G. (2006). La teoría de la estratificación social de Weber: un análisis crítico. *Revista Austral de Ciencias Sociales*.

Durkheim (2007). *La división del trabajo social* (C. Posada, Trans.). Colofón S.A. México. (Trabajo original publicado en 1893)

Esquivel, V., Faur, E., y Jelin, E. (2012). Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y estado. En *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado*, 1a ed. - Buenos Aires: IDES, (pp.11-43). Unicef.

Fairstein, C. (2013). “Ser Campesino” como el desarrollo de un nuevo tipo de trabajador rural. Análisis de los participantes de la Red de Turismo Campesino de la Provincia de Salta – Argentina. *Trabajo y Sociedad*, N°20, pp.293-308. NB - Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt-Conicet).

Ferrer, A. (Colab. Rougier, M.) (2021). *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. 1a ed., Fondo de Cultura Económica. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Giarracca, N. y Teubal, M. (2006). Democracia y neoliberalismo en el campo argentino. Una convivencia difícil. En Grammont, H. (Comp.), *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*, 1a Edición, (pp.69-94). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires.

Giddens (2008). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas* (P. Cifuentes, Trans.). Taurus Pensamiento. México. (Trabajo original publicado en 1999).

Gómez, S. (2001). ¿Nueva Ruralidad? Un aporte al debate. *Estudios Sociedade e Agricultura*. Disponible en



https://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/brasil/cpda/estudos/dezessete/gom_ez17.htm

Gras, C. y Barbeta, P. (2004). "Trabajo y organización laboral en las pequeñas y medianas explotaciones de la región pampeana". *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, N°21. (Pág. 33-53).

Iorio, C. y Mosciaro, M. (2013). El comportamiento de los productores del sudeste bonaerense frente a los cambios de contexto. Una mirada económica. En S. Cloquell, P. Gasselin y M. Mosciaro (Eds.), *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas al inicio del siglo XXI*, 1a ed., (pp. 153-190). Ediciones Ciccus.

Kornblit (2007). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas. En *Metodologías cualitativas en ciencias sociales*, Editorial Biblos. Buenos Aires.

Lattuada, M. (2013). Transformaciones en el asociativismo rural. Estrategias de resistencia y adaptación ante cambios de contextos económicos y políticos. En Gasselin, P., Cloquell, S., y Mosciaro M. (Comp.), *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas a inicios del siglo XXI*, (Págs. 43-70). Ediciones CICCUS.

López Castro, N. (2012). *Persistencia en los márgenes. La agricultura familiar en el sudoeste bonaerense* [Tesis doctoral]. Ediciones CICCUS-CONICET. Buenos Aires.

Meccia, E. (2020). *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*. Ediciones UNL; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eudeba. Colección Cátedra.

Mendizábal, N. (2007). Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa. En Vasilachis de Gialdino (coord.) *Estrategias de Investigación cualitativa*. Editorial Gedisa S. A, pp. 65-105.

Muzlera, J. y Salomón, A. (2022). *Diccionario del Agro Iberoamericano*. 4ta Edición. TeseoPress Design



Muzlera, J. (2009). *Chacareros del Siglo XXI, herencia, familia y trabajo en la Pampa Gringa*. Imago Mundi. Buenos Aires.

Neiman, G. (2010). Los estudios sobre el trabajo agrario en la última década: una revisión para el caso argentino. *Mundo Agrario*, vol. 10, N° 20. Centro de Estudios Histórico Rurales. Universidad Nacional de La Plata.

Neiman, G. y Bardomas S. (2001). Continuidad y cambio en la ocupación agropecuaria y rural de la Argentina. En: *Trabajo de campo. Producción, tecnología y empleo en el medio rural*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS, pp. 11-30.

Páez Martínez, Del Valle Idárraga, Gutiérrez Ríos y Ramírez-Orozco (2016). *La familia rural y sus formas de diálogo en la construcción de paz en Colombia*. Ediciones Unisalle. CLACSO. Universidad de La Salle.

Rodríguez Gómez et al. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Ediciones Aljibe, Málaga. España

Rosa-Baños, M. (2013). Nueva Ruralidad desde dos visiones de progreso rural y sustentabilidad: Economía Ambiental y Economía Ecológica. *Polis. Revista Latinoamericana*. Disponible en <https://journals.openedition.org/polis/8846>

Rozas Pagaza, M. (1998). Vida cotidiana, saber cotidiano. Conceptos claves en la intervención profesional. En *Una perspectiva teórica metodológica de la intervención en trabajo social* (1a ed., pp. 35-56). Espacio editorial. Buenos Aires.

Rozas Pagaza, M. (2010). La intervención profesional un campo problemático tensionado por las transformaciones sociales, económicas y políticas de la sociedad contemporánea. *O Social em Questão*, núm. 24, pp. 43-54.

Sautu, R. (Comp.) (2007). *Práctica de la investigación cuantitativa y cualitativa. Articulación entre la teoría, los métodos y las técnicas*. 1ra Edición, LUMIERE. Buenos Aires.

Schettini, P., Cortazo, I. (2015). Algunos aspectos generales del análisis de datos cualitativos. En *Análisis de datos cualitativos en la investigación social*.



Procedimientos y herramientas para la interpretación de información cualitativa. Libros de Cátedra. Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de la Plata. Edulp.

Scribano, A. (2008). Historia, relatos de vida e historia oral. En *El proceso de investigación social cualitativo*. Prometeo Libros. Buenos Aires.

Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Taurus, Buenos Aires.

Tsakoumagkos, P. (2013). Agricultores Familiares y Agriculturización Bonaerense. El caso de San Andres de Giles (provincia de Buenos Aires). En Gasselin, P., Cloquell, S., y Mosciaro M. (Compiladores), *Adaptación y transformaciones de las agriculturas pampeanas a iníciales del siglo XXI*, (Págs. 91-130). Ediciones CICCUS.

Villulla, J.M. (2010). Las cosechas récord y sus trabajadores “invisibles”: los asalariados agrícolas y el contratismo de servicios en la pampa húmeda. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* N° 33. (pp. 129-151)

Villulla, J. M. (2015). *Las cosechas son ajenas: Historia y presente de los trabajadores rurales tras el agronegocio*. Editorial Cienflores, Buenos Aires.

Villulla, J. M. (2017). Los sonidos del silencio. Formas de resistencia de los obreros asalariados en la agricultura pampeana argentina. *Revista NERA*. Presidente Prudente. Año 20, N°. 35. (pp. 41-64)

Villulla, J.M. (2020). Los trabajadores agrícolas pampeanos a principios del siglo XXI. Situación, características y tensiones de una mayoría social invisibilizada. *Estudios Rurales*. Publicación del Centro de Estudios de la Argentina Rural. Vol. 10, núm. 19. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

Weber, M. (1922). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (Trans. Medina Echavarría, Roura Farella et. al.). Fondo de cultura económica. (Trabajo original publicado en 1964)



Anexo

Figuras

Figura 1

“Tractor Fahr-Modelo 70 con rastra y rabasto en la Labranza Convencional”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1986.

Figura 2

“Tractor Deu Modelo 86, primera maquinaria comprada sin uso. Primer fumigador –Releico- de la familia rural”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1990.



Figura 3

“Cosechadora Vassalli 900 Lider y primer auto descargable comprado por la empresa rural familiar”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1995.

Figura 4

“Fotografía familiar en el hogar rural que formaron en Barrancas los migrantes italianos”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1959.



Figura 5

“Carneada familiar de cerdos para su autoabastecimiento”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 2008.

Figura 6

“Cosechadora Vassalli 900 Lider-Modelo 86, comprada a sociedad”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1992.



Figura 7

“Niños/as y su madre junto al primer tractor que adquirieron”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1956.

Figura 8

“Yerra entre familiares y vecinos”.



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1965.



Figura 9

“Algunos miembros de la primera y segunda generación entrevistada, junto a unos parientes que fueron a visitarlos, posando en el tractor y la rastra disco doble”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 1986.

Figura 10

“Mujeres trabajando para la venta de pollos pechugas en la localidad”



Nota. Imagen de elaboración propia. Barrancas, 2005.



Entrevistas

Entrevista A

“Hoy sería un trabajo o explotación infantil, pero nosotros antes, si vos veías a tu mamá que estaba haciendo algo, le ayudabas, si veías a tu papá, le ayudabas. Que se yo te nacía hacerlo. Y aparte a mí que me gustaba...la familia toda trabajaba, porque si bien mi papá iba al tractor, mi mamá se quedaba y atendía la quinta y los animales, y bueno, nosotros andábamos por detrás, llevábamos un baldecito más chico, pero también andábamos ayudando. Todos trabajábamos, sin decir ser un empleado, para la familia, ya te enseñaban también, te acostumbrabas a trabajar, no precisaban decirte. Era un juego hacer un trabajo, te divertías de esa forma.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Entrevista B

“Muchos años atrás era bastante duro el trabajo de campo, era sacrificado, eran muchas más horas que ahora, mi padre hacía todo a caballo, no había tractores. Después, cuando se compró el primer tractor, usado, ya se había avanzado. Lo habían comprado a sociedad, mi papá y el hermano. Además, tenían el campo pegado uno del otro y se los prestaban. Después de ahí se saltó a comprar uno cada uno. Y de ahí se separaron las herramientas, cada cual trabajó lo suyo, cada cual tenía su familia.” (Entrevista con R.D., Primera generación, septiembre, 2024)

Entrevista C

“En la escuela rural terminas haciendo amigos y vas teniendo la ‘sociedad de la escuela’, que está más relacionada al entorno que uno tiene, distinta a la del pueblo. En el caso de los del campo, cuando van a la escuela del pueblo son los menos, es la minoría. La educación rural obviamente tenía que ver con el entorno de estar trabajando ya de chicos. La escuela era ir un rato, aprender cosas básicas, pero en sí todo el conocimiento de



generación en generación era más laboral.” (Entrevista con L.D., tercera generación, julio, 2024)

Entrevista D

“Nos reuníamos con los compañeros que íbamos a la escuela rural, un domingo en un lado, un domingo en otro, jugábamos a la pelota o a las bochas. No había mucho para hacer porque al otro día tenías que ir a la escuela. También se hacían bailes de vecinos, se juntaban en una casa y poníamos música, el que no tenía un tocadiscos, tenía la radio. Ahora quedaron muchas taperas de la gente que antes vivía en el campo, y te da un poco de tristeza.” (Entrevista con R.R., primera generación, octubre, 2023)

Entrevista E

“Los tiempos han cambiado, los abuelos trabajaban de la salida del sol a la entrada del sol y capaz que en todo el día araban una o dos hectáreas y estaban contentos. Hoy hay herramientas que hacen una locura y nosotros a veces no estamos conformes. Es tanto lo que se ha puesto que tiene que ser hoy y no se disfruta ningún trabajo. Como que la gente cada vez está más desesperada, a la gente también se la tiene muy presionada. Y bueno, esos son cambios que para mí fueron para mal.” (Entrevista a G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Entrevista F

“Lo que pasa es que hoy se ha llenado de empresarios rurales que nunca tuvieron campo. Los que realmente son gente de campo son los que se han dedicado toda la vida al campo. Pero hoy está lleno de gente que es productora agropecuaria solamente porque tenía plata, salió a alquilar un campo y terceriza todo con alguien que hace servicio y así se terminaron los colonos, los que realmente eran los que sabían de la tierra. Y ese tipo de gente cuando esto es negocio lo hace, cuando esto no es negocio se va y chau el campo, como que no tiene una raíz de que siempre hizo eso, hace



eso porque conviene, mañana le conviene hacer papa, entonces sembrará papa.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Entrevista G

“Entiendo que las cosas van cambiando, que ya, por supuesto, lo que pasó, pasó y yo no quiero arar a caballo como mi abuelo y todo tiene que ir progresando y mañana o pasado mis hijos tendrán otra idea. También uno tiene que saber que cada persona tiene un pensar distinto. No porque yo sea productor agropecuario quiero que mi hija o mi hijo sea productor agropecuario, lo que si uno quiere es que estudien, que sepan que las cosas no te las regala nadie. Porque a nadie, ni a mi papá, ni a mi abuelo, ni a mí, ni a todos los que trabajamos en esto, nada es gratis, todo tiene sus costos.” (Entrevista con G.R., segunda generación, mayo, 2024)

Leyes

Ley de Enfiteusis de 1826. Por la cual, durante la presidencia de Rivadavia, se distribuyó tierras fiscales mediante arrendamientos a largo plazo. 18 de mayo de 1826.

Ley N°817 Inmigración y Colonización de 1876. Por la cual, bajo el gobierno de Nicolás Avellaneda, se promovió la llegada de inmigrantes europeos al país, otorgándoles tierras y facilidades para su radicación. 6 de octubre de 1876.

Ley N°3367/1079 Sistema Municipal 1896. Por la cual el gobierno de Santa Fe reconoció la conformación del distrito de Barrancas y creó su primera Comisión de Fomento.

Ley N°11.747 de 1933. Por la cual, bajo el gobierno de Agustín P. Justo, se creó la Junta Nacional de Carnes para regular la producción y comercialización del sector. 7 de octubre de 1933.

Decreto N°31.864 de 1933. Por la cual se creó la Junta Nacional de Cereales con el objetivo de intervenir en los mercados granarios. Publicada en el Boletín Nacional el 13 de diciembre de 1933.



Ley 11.729 de 1934. Por la cual se reguló el trabajo comercial e industrial, excluyendo al trabajo agrario. Publicada en el Boletín Oficial el 26 de septiembre de 1934.

Ley 12.789 Estatuto de Cosechadores de 1942. Por la cual se promulgó el primer marco legal para los trabajadores rurales estacionales. Régimen de trabajo de braceros para las labores agrícola, ganadera, minera y forestal o de cualquier naturaleza. Publicada en el Boletín Nacional el 26 de octubre de 1942.

Ley 28.169/44 Estatuto del Peón del Campo de 1944. Por la cual se establecieron derechos laborales fundamentales para trabajadores rurales permanentes. Publicada en el Boletín Oficial el 18 de octubre de 1944.

Ley 13.020 de 1947. Por la cual se reguló el Empleo Transitorio de las cosechas. Publicada en el Boletín Nacional el 06 de octubre de 1947.

Ley 21.680/56 de 1956. Por la cual se creó el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, con el fin de desarrollar y transferir tecnología al sector rural. Publicada en el Boletín Oficial el 10 de diciembre de 1956.

Ley 20744 de Contrato de Trabajo de 1974. Por la cual se establecieron las bases legales para las relaciones laborales en el sector privado, regulando los derechos y obligaciones de trabajadores y empleadores. 20 de setiembre de 1974.

Decreto Nacional 1.096 de 1985. Por la cual se creó un nuevo signo monetario denominado AUSTRAL. Publicada en el Boletín Nacional el 17 de junio de 1985.

Ley 25.191 de 1999. Por la cual se creó el Registro Nacional de los Trabajadores Rurales y Empleadores, formalizando el empleo agrario. Publicada en el Boletín Oficial el 30 de noviembre de 1999.

Ley Provincial de 13.010 de 2003. Por la cual se promulgo el Impuesto Inmobiliario Rural, se establece el régimen de descentralización administrativa tributaria de impuestos provinciales y se dispone que el impuesto inmobiliario rural será administrado por los municipios. 3 de febrero de 2003.



Ley 26.727 Régimen Nacional de Trabajo Agrario de 2011. Por la cual se reemplazó el Estatuto del Peón Rural y se ampliaron derechos laborales del sector agrario. 27 de diciembre de 2011.

Resolución N° 33 de 1990. Por la que el INTA en conjunto con el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación promulgaron la “Promoción de la Autoproducción de Alimentos (ProHuerta)”, para mejorar la seguridad y la soberanía alimentaria de la sociedad.